

trasta con la intensa movilización política, desarrollo cultural, floración ideológica y utópica, y cambio en los roles de los intelectuales. Los legitimadores incondicionales y críticos pasaron a ser los intelectuales liberales, republicanos y socialistas, con diversas fluctuaciones en 1933 y 1934. Concretamente en los intelectuales liberales (cuyo ejemplo más expresivo era Ortega) se produce un proceso de desencanto con respecto al curso que tomó la república. Si al final de la era monárquica Ortega resumía la situación de las fuerzas intelectuales y políticas de la izquierda en el grito Delenda est Monarchía, entrado ya el bienio derechista (1933-35) atacaba duramente a los políticos republicanos centrando la causa de los problemas en la cuestión nacional catalana, y en las fuerzas más activas de la derecha y la izquierda. Ortega concluía a fines de 1933 en la necesidad de renacer de una juventud enérgica que desplazara a la generación anterior, proposición que, de una u otra forma, contenía elementos pre-fascistas y que probablemente fué recogida por líderes e ideólogos del fascismo español como José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma Ramos.

Los intelectuales conservadores jugaron el rol de disidentes, sin ninguna utopía especial definida (con la excepción del modelo fascista de la Falange y el catolicismo corporativista de Gil Robles) sino ideológicamente vueltos al pasado anterior a la última etapa de la monarquía (siglo XIX) e incluso más allá, a la monarquía absoluta de los primeros Austrias y los Reyes Católicos. Como señala Pinilla, "cada organización política tenía poder suficiente para lle-

var al país al abismo, pero no tenía bastante poder para construir una nueva sociedad" (1972: 68). El intenso conflicto que precede a la guerra civil (y la propia guerra) puede seguirse a través de la lucha ideológica entre los intelectuales políticos y las organizaciones de los partidos.<sup>10</sup> En los círculos intelectuales liberales e izquierdistas la elaboración fué intensamente ideológica en el sentido gramsciano de elaboración de ideologías orgánicas base de modelos utópicos muy claros (república con ejecutivo fuerte, vía española al socialismo, dictadura del proletariado, modelo de sociedad anarquista etc.),<sup>11</sup> mientras que en los círculos de intelectuales conservadores alineados en el bloque nacional la elaboración ideológica produce básicamente una mentalidad "anti" (anti-comunista, anti-separatista, anti-masónica)<sup>12</sup> preferentemente reaccionaria, base también de una anti-utopía.<sup>13</sup> Es evidente, sin embargo, que el carácter progresivamente negativo de los modelos ideológicos en liza se extiende también a ciertos intelectuales y líderes de la izquierda integrada en el frente popular (antifascismo, anticlericalismo, antimilitarismo), sobre todo a partir del bienio derechista y, agudamente, desde la primavera de 1936.

Cuando estalla la guerra civil el 18 de Julio de 1936 todo hace suponer que el papel de los intelectuales comienza a ser relativamente marginal si lo comparamos con el poder que empiezan a adquirir las otras élites: políticas, militares, y religiosas. La guerra como fenómeno global altera radicalmente el cuadro de alianzas intelectuales produciendo en cada figura intelectual influyente una crisis profunda.

da que se reflejará en sus actitudes, escritos y percepciones divergentes de la Guerra y el futuro de España, y el significado del régimen emergente. Ortega que había anunciado un año antes del comienzo de la guerra su silencio público se autoexilia desde el primer momento. D'Ors se adherirá inmediatamente al bando nacionalista así como Perez de Ayala. Unamuno, destituido de su cargo por el gobierno de la República, se reintegra en el lado nacionalista, ante el temor de un desbordamiento anarquista en el lado republicano. Pero pronto el incidente de Unamuno con Millán Astray en la celebración del Día de la Raza en el paraninfo de la Universidad de Salamanca expresa más que una anécdota aislada de conflicto entre los intelectuales y el poder, la imposibilidad de integración en el nuevo régimen de todo intelectual que no era legitimador incondicional. El discurso de Millán Astray en este acto fué un ataque a los nacionalismos catalán y vasco en la línea anti que definimos más atrás, finalizado con el grito !Viva la muerte! La respuesta de Unamuno resumía la actitud del intelectual liberal y profetizaba el desencanto de una futura generación:

Acabo de oír el grito necrófilo y sin sentido de !Viva la muerte! Esto me suena lo mismo que !Muera la vida! Y yo, que me he pasado toda la vida creando paradojas que provocaron el enojo de los que no las comprendían, he de decirles con autoridad en la materia que esta ridícula paradoja me parece repolento [..] Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Vosotros estais profanando su sa-

grado reciento [7] Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta, pero no convenceréis porque convencer significa persuadir, y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pedirnos que penseis en España.<sup>14</sup>

Otros intelectuales como Baroja caerán en un escepticismo existencial despreciando a ambos bandos contendientes. La actitud de Baroja quedará reflejada en el laconismo escéptico con que presta juramento en su reingreso en la Real Academia de la Lengua en la primavera de 1938, e incluso en su vida intelectual y privada después de la Guerra Civil (Baroja, 1941). Cuando el régimen decide activar la política cultural abriendo de nuevo las Reales Academias lo hace bajo el control de una institución cultural estatal como el Instituto de España (1938). La primera asamblea plenaria de este instituto reunió a todos los académicos residentes en la zona franquista. El juramento de reingreso (probablemente redactado por D'Urs que fue nombrado secretario perpetuo del Instituto) era el siguiente: "Señor Académico: ¿Juráis en Dios y en vuestro Angel Custodio servir perpetua y lealmente al de España, bajo imperio y Norma de Tradición vivo; en su catolicidad, que encarna el Pontífice de Roma; en su continuidad, hoy representada por el Caudillo, Salvador de nuestro pueblo?"<sup>15</sup> El general Jordana al tomar juramento a Baroja le preguntó: "¿Usted jura o promete?". La respuesta lacónica de Baroja fue: "lo que sea costumbre".<sup>16</sup>

En general la actitud que caracteriza a los intelectuales liberales durante la Guerra Civil es un silencio que contrasta con las épocas inmediatamente anteriores. Por necesidades de supervivencia, las actitudes fueron el silencio o el exilio personal. Y esta actitud se extiende incluso a los liberales que permanecieron en la zona republicana. Así, Madariaga en principio no se identifica con ninguno de los bandos contendientes, reintegrándose a su cátedra de Oxford. Más tarde tomará partido por la República. En este sentido es expresiva la tirantez entre Azaña y Claudio Sanchez Albornoz ante la aceptación de Albornoz de impartir cursos en Francia, en plena guerra, como queda reflejado en las Memorias de Azaña (1968). Gregorio Marañón se autoexilia en Francia para más tarde, al final de los cuarenta, volver a España y aceptar el régimen.

En general la producción ideológica, periodística y de propaganda correrá a cargo de los intelectuales plenamente identificados con la contrarrevolución (Jimenez Caballero, D'Ors, Pemán, Sanchez Mazas etc.), y de los intelectuales identificados con la República desde el primer momento (como Antonio Machado, quien a principios de 1939 se refugia en Collioure -Francia- para morir a los pocos meses) y con el proceso revolucionario (Araguistain, Alberti etc.). Otros como Federico García Lorca son asesinados en los primeros meses de la Guerra simbolizando una agresividad específica de los grupos fascistas contra los intelectuales de la República.

La Universidad después de la guerra pierde sustancialmente a figuras intelectuales que participaron en el proceso republicano como Ortega, Barañón, Jimenez de Asúa, Besteiro, del Río Ortega, Sanchez Albornoz, Castro entre otros, conservando básicamente sus cuadros de profesorado que en general eran apolíticos o estaban integrados en el bloque nacional.

Para el intelectual los procesos revolucionario y contrarrevolucionario van adquiriendo fisonomías distintas e incluso ambiguas y contradictorias como lo prueba el caso de Menendez Pidal en sus declaraciones a Bohemia (La Habana, circa 25 de febrero de 1939) sobre la naturaleza del nuevo régimen. Lo que es claro es que con la guerra civil el pluralismo intelectual se rompe quedando la vida intelectual fraccionada entre los que la mantendrán en el extranjero y los que poco a poco intentarán reconstruirla en el interior.

Después de la Guerra civil el resultado no podía ser otro que la hegemonía de los grupos que detentaban el poder real (ejército, Iglesia, ciertos sectores propietarios de los medios de producción y de la tierra, clases con una mentalidad religiosa, sólida sin ser machajónicas, como la clase media tradicional) y el intento de lanzar a la sociedad española a la búsqueda de un pasado imaginario que se retrotraía más allá del siglo XVIII. El resultado para la vida intelectual fue de ruptura radical y discontinuidad, con cargo a los intelectuales (republicanos) de ser

los que habían provocado la crisis en la sociedad española que lleva a la Guerra Civil. Julián Amo y Chalmión Shelby (1950) en un extenso trabajo bibliográfico sobre la producción de los intelectuales españoles en Norteamérica y América Latina entre 1936 y 1945, recogen la cifra de 517 personas con una obra escrita que abandonaron el país entre 1936 y 1939. Si a ellos agregamos los emigrados a países del continente europeo, podremos tener una idea de hasta qué punto puede hablarse de discontinuidad intelectual y cultural al comenzar el año 1940. Finalmente, puede decirse que la actitud de los intelectuales que se quedan en el interior del país (después de 1940) oscilará entre el apoyo incondicional al poder y una actitud de aceptación del régimen como poder inevitable que se irá poco a poco transformando en aversión ante la hegemonía de la Iglesia y la retórica fascista.

El esquema básico de los períodos intelectuales en relación con la evolución de las estructuras políticas del régimen y el desarrollo económico español después de la Guerra Civil se ofrece en la Tabla 3.1.<sup>17</sup> Los rasgos básicos de los inputs y outputs de esos períodos, de las relaciones de hegemonía ideológica y declive, de radicalización de los intelectuales políticos y cambio, es lo que vamos a delinear a continuación.

Tabla 3.1  
**PERIODOS INTELLECTUALES, POLITICOS Y SOCIOECONOMICOS  
 EN ESPAÑA: 1936-1975**

	Procesos en la estructura económica (b)	Procesos en el régimen político	Períodos intelectuales (e)	
1940	MILITARIZACION (36-39)	JUNTA MILITAR (37-39) (Cruzada)(a)	EXILIO (36-39)	1940
	RECONSTRUCCION (40-45)	DICTADURA (40-47) (Imperio)	IMPERIO (40-45)	
1950	AUTARQUIA (46-54)	AUTORITARISMO (d) CONSTITUYENTE (48-59)(e) (Nacionalismo)	DEJENCANTO (46-50)	1950
			REVISION(51-56)	
1960	DESAGRARIZACION (55-64)	AUTORITARISMO TECNOCRATICO (60-70)(e) (Desarrollismo)	HIBERNACION (57-62)	1960
			IDEOLOGIZACION (63-68)	
1970	INDUSTRIALIZACION (65-73)	FUNCIONARIATO (71- ) (c) (Semipluralismo)	OPOSICION (69-74)	1970
	TERCIARIZACION (74- )			
1980				1980

Notas:

(a) La palabra situada entre paréntesis identifica la ideología dominante en cada período del régimen

Fuentes:

(b) Amando de Miguel, Manual de estructura social de España. (Madrid: Tecnos, 1974): p. 40

(c) Amando de Miguel, Yo, crítico. (Madrid: Edicusa, 1974): pp. 225-229.

(d) Juan J. Linz, "An Authoritarian Regime: Spain", pp. 251-283 y 374-381 en Erik Allardt e Yrjö Littunen (eds.) Cleavages, IDEOLOGIES AND Party Systems. (Helsinki: The Westmarck Society, 1964): 225-271

(e) Elaboración propia.

## Una de las dos Españas

En la etapa inmediatamente anterior a la guerra civil hay más de dos Españas en agudo conflicto. Las causas de las tensiones que desembocan en una larga etapa de lucha armada (1936-1939) vienen prologadas por una pluralidad de estructuras de división (cleavages de clase y dominación política) y problemas irresueltos (agrario, regional, religioso) que se heredan de la Restauración de 1874, con diferente juego de los antagonismos en cuanto al origen y causas inmediatas de la guerra. Pero cuando un sector importante del ejército recurre a las armas para tratar de dar una solución al conflicto, lo hace aglutinando los grupos (partidos políticos) instituciones clave, y elementos de apoyo y legitimación (Iglesia, medios de comunicación, ideologías y valores) del Bloque Nacional, expresión política fiel de la clase media tradicional urbana y rural, de los grandes propietarios de la tierra y de un sector importante de la burguesía nacional (especialmente la burguesía vasca). El mapa de fuerzas contendientes exhibe (si no lo es) el modelo de una lucha armada de clases, entendiendo bien que ese modelo no se reduce sólo a un conflicto bi-clasista, a la división clásica entre burgueses y proletarios. La economía destruida o puesta al servicio del aparato militar queda bajo el control del Gobierno de Burgos, una junta militar, y justificada por una ideología aglutinante: lo que se vino a llamar "la Cruzada". El período que va de 1940 a 1945 es desde un punto de vista

económico de reconstrucción sobre dos bases: el reestablecimiento del sistema de relaciones de producción y propiedad anterior a la república y el intento de dotar al nuevo régimen de unos controles sobre el desarrollo industrial nacional.<sup>18</sup> El régimen, por los grupos sociales de que emerge, por las condiciones en que lo hace, y por su alineamiento a un sector de los contendientes de la segunda guerra mundial (Alemania e Italia), se consolida en una dictadura (1946-1947). El Estado intenta reproducir al principio ciertos rasgos de los modelos totalitarios alemán e italiano (partido único, movilización e ideologización intensa, configuración jerárquico-castrense de sus estructuras) configurandose luego en un aparato político "autoritario" en función de la heterogeneidad de los grupos que constituyen su base (monárquicos, carlistas, católicos, falangistas etc.). Juan J. Linz ha señalado que la ideología típica del liderazgo político en esta época aparece más bien como una mentalidad, una imagen creencial-emocional basada en una mezcla de valores militares de orden y jerarquía con valores de religiosidad tradicionales.<sup>19</sup>

Ahora bien, a un nivel de los grupos de intelectuales políticos que legitiman al régimen en esta etapa, podría hablarse de una ideología básica, cimentada en dos elementos clave: el caudillaje y la construcción de un modelo social que podríamos denominar, con la expresividad del lenguaje de la época, como "imperial", en el cual las ideologías falangistas de Patria y jerarquía, integración, nacionalización, y proyección "universal", constituyeron su base junto con ciertos elementos ideológicos del conservadurismo.

me católico y monárquico.

Todos los observadores y analistas de la vida cultural e intelectual española en ese período <sup>20</sup> coinciden en la idea de que el nuevo Estado que surge de la guerra civil provoca un período de ruptura y discontinuidad con la vida intelectual de los años de la república y la anterior, desarticulando su estructura cultural, imponiendo controles estrictos sobre la producción escrita y las personas, a lo que puede sumarse la marcha al exilio entre 1936 y 1939 de una mayoría de los círculos y cuadros intelectuales republicanos (de los más moderados a los más radicales).

Ridruejo expresa de la siguiente forma el mapa ideológico que se rompe y el panorama ideológico que cubre el período de lo que aquí hemos denominado Imperio:

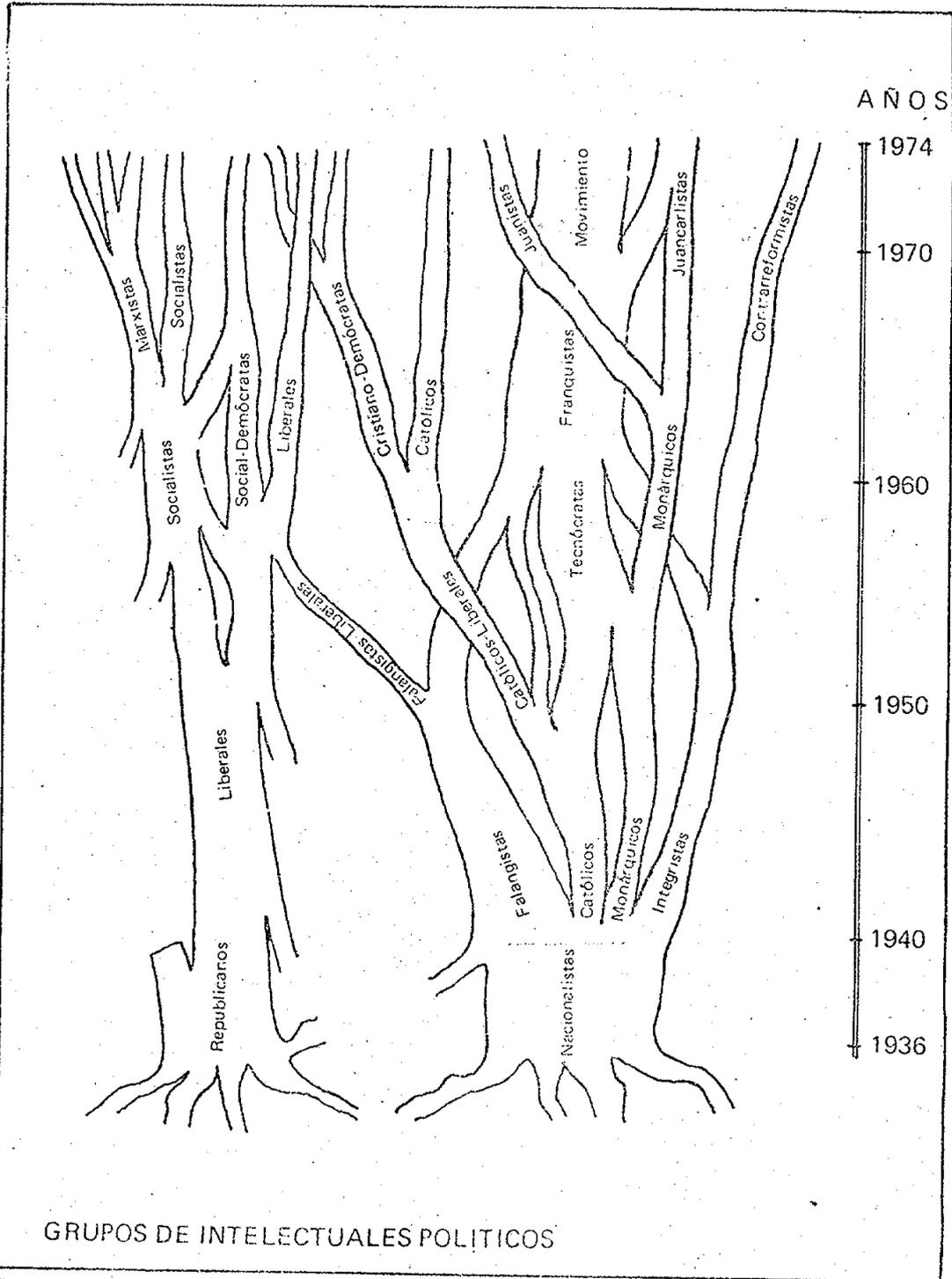
Con la liquidación de la guerra civil el cuerpo intelectual fué en España hecho añicos. Gran parte de los científicos, profesores, escritores y artistas con los que España contaba, hubieron de emigrar. Otros fueron desplazados. Los restantes quedaron bajo la campana neumática de una hipótesis loca: la de restablecer un firmamento credencial sin contradicciones, homogéneo, inspirado en el dogma católico y en el idealismo nacionalista del régimen, con pretensiones de perfecto ajuste al suelo de la realidad social española. (1962: 166)

Es pues, este período, el de más homogeneidad externa entre los intereses de las clases que soportan el régimen, los intelectuales políticos (como hacedores de la ideología y la legitimidad) y el aparato estatal. Aparentemente, una de las dos Españas, es decir un bloque de intereses y mecanismos político-ideológicos sólido, aparece como hegemónico sobre la sociedad global. Los intelectuales políticos aparecen conectados en cuatro rasas principales, en torno a los grupos políticos del bloque nacional: falangistas (con varias líneas en conflicto claramente definidas, como hedillistas, grupo Escorial y grupo franquista), monárquicos, católicos relacionados con las antiguas Juntas de Acción Popular (JAP) y la Confederación española de derechas autónomas (CEDA), y los que llamaremos integristas. La evolución de estos grupos de intelectuales, sus conexiones y la situación de los intelectuales políticos en general, en estos últimos 39 años se expresa en el Gráfico 3.1. Hemos intentado dibujar un cuadro expresivo de la evolución temporal, transvasos y afluencias ideológicas, sin asumir, en principio, causalidad alguna entre los grupos, partiendo de unos troncos intelectuales precisos entre 1930 y 1940.

El régimen, a través de su política cultural y los círculos de intelectuales políticos intenta la estructuración de una "ciencia" y "cultura" nacionales y para ello crea el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1940) y más tarde su órgano de expresión--la revista Arbor (1944)--en manos preferentemente de grupos católicos e integristas (pre-tecnócratas). Por otro lado el Institut

Grafico 3.1

TENDENCIAS IDEOLÓGICO-POLÍTICAS EN ESPAÑA (1936-1975)



Fuente: Véase el texto

de Estudios Políticos (1941) con la Revista de Estudios Políticos (1941) aparecen como los primeros círculos intelectuales con la función específica de elaborar y difundir la racionalidad política del régimen e incorporar corrientes ideológicas homologables con los totalitarismos alemán e italiano.<sup>21</sup> Quizás el contraste en el sólido "universo credencial" a que se refería Ridruejo lo produce tímidamente la fundación de la revista Escorial<sup>22</sup> (1940-1950) meses antes de la fundación del Instituto de Estudios Políticos. Escorial es el círculo originario del grupo de falangistas más tarde liberales que (vease Gráfico 4.1) se desgaja hacia 1955 definitivamente de la falange oficial para pasar a círculos estrictamente liberales y socialdemocráticos. Intentaba en el campo de la literatura y de ramas concretas del pensamiento (no estrictamente político como la historia) la conciliación de ciertas tendencias liberales, como las generaciones del 98 (Unamuno, Machado)<sup>23</sup> y del 17 (Ortega) con el papel de rehabilitar la vida intelectual bajo el régimen. Como señala en su Manifiesto Editorial, Escorial intentaría ser una revista de "convocatoria" y "profesional de cultura y letras", superadora de divergencias ideológicas y con el propósito de que "nadie venga a hacer aquí apologías líricas del régimen o justificaciones del mismo". Del círculo Escorial surgen algunos intelectuales políticos que provocan las primeras disensiones con la ideología oficial y más tarde con el propio régimen. Entre los intelectuales políticos legitimadores, influyentes en esta época cabe citar a Corts Grau, Javier M. de Bedoya, Carlos Ruiz del Castillo, Alfonso García Valdecabras, y Legaz Lacabرا

en el Instituto y la Revista de Estudios Políticos; a Juan Beneyto, Francisco Javier Conde, Julián Pemartín, y José María Pemán como teóricos clave de la ideología del Estado y la doctrina del caudillaje y también conectados con el anterior círculo; a Pedro Laín Entralgo, Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Pedro Mourlane entre otros, en el círculo de Escorial; y, finalmente, a Calvo Serer y Florentino Pérez Embid como intelectuales tradicionalistas (menendezpelayistas) influyentes en el círculo de la revista Arbor.

En general las ideologías de este período--y los conflictos potenciales entre los grupos--pueden seguirse a la perfección a través de los editoriales y artículos en los tres círculos citados, pero los ensayos representativos, bien publicados en esta etapa o bien con influencia en ella, fueron El Nuevo Estado Español de Juan Beneyto (1939), Qué es la nueva de Julián Pemartín (1940), La Contribución a la doctrina del caudillaje de Francisco Javier Conde (1942) e incluso el temprano libro de Ernesto Gimenez Caballero, Genio de España (1952). Habría que citar una importante producción ideológica en forma de artículos en la Revista de Estudios Políticos, Escorial, y Arbor de García Valdecasas, Sedoya, Corts Grau, Fernández Miranda, Calvo Serer, Ridruejo, y Laín. Ahora bien, a modo de hipótesis avanzáramos que la producción de los intelectuales políticos de los orígenes del régimen puede decirse que es inferior en cuanto a la cantidad, amplitud de temas y calidad, que la de los intelectuales exiliados, como puede observarse con los datos de trabajo bibliográfico de Amo y Shelby (1980).

En general, puede decirse que las elaboraciones ideológicas de los intelectuales en este período, de las declaraciones oficiales de principios, es agresivamente antirrepublicana (algunas veces con calculados rasgos antiintelectuales) y, sobre todo, su rasgo sobresaliente es su desproporcionado idealismo atemporal (imperio, era azul, populismo, armonía estética) en contraste con la situación de marasmo y autarquía económica, dependencia (de las potencias del eje italoalemán), debilidad e indefinición institucional e incluso aislamiento y pobreza cultural, por la ruptura provocada con la España anterior. De esta coyuntura no sólo iban a surgir tensiones y conflictos entre el poder y los círculos intelectuales, sino un cierto ambiente de pesimismo, frustración y desencanto ante la actitud abiertamente restrictiva del poder, el papel privilegiado de la Iglesia en el plano del control de la educación, y la retórica de ciertos intelectuales incondicionales.

#### Desencanto

La etapa que comienza con el año 1946 es para España una etapa de autarquía económica, escasez y fracaso de las primeras medidas de reconstrucción nacional (en la industria y agricultura)<sup>24</sup> agravado por el aislamiento internacional en que queda el régimen con la caída de las potencias

del Eje. El régimen pasa, utilizando el concepto de Linz, a una etapa de autoritarismo que podríamos denominar "constituyente" en la medida en que busca su legitimidad exterior en un mundo dominado ahora por las democracias europeas con la hegemonía de los Estados Unidos de América, y su eficacia interna para desarrollar el país y consolidarse institucionalmente no sobre bases totalitarias y, obviamente, rechazando la democracia liberal.<sup>25</sup> Los efectos de la propia guerra y el conflicto e insatisfacción interna de los grupos que constituyen la base política del régimen repercuten en la única fuente de su legitimidad que, por el momento, fué la guerra civil. Determinados círculos intelectuales y políticos falangistas (Escorial), monárquicos (ABC), católicos (ACN de P) e integristas (Arbor) muestran una cierta disconformidad, que no trasciende de las áreas del poder, con respecto a la estructura institucional y políticas concretas del régimen que culminará (como respuesta interior y exterior) en el Referendum de 6 de Julio de 1947 fecha en que se somete a aprobación la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado. Desde un punto de vista ideológico-jurídico se elaboran los conceptos de Estado o Monarquía Católica, Social y Representativa, y Democracia Orgánica acordes con la forzada política de autarquía y la inexistencia de unas relaciones económicas exteriores como fuentes de desarrollo y acumulación. El carácter autoritario del régimen tomará elementos nacionalistas, corporativos y protoconocráuticos para elaborar su ideología, legitimidad y eficacia, alineándose poco a poco internacionalmente a las potencias vencedoras, y apoyándose directamente en el entendimiento

clave con el Vaticano y la Iglesia católica.

A partir de 1948 se produce un claro proceso de desencanto en círculos concretos de intelectuales políticos. La razón de ello es que no fueron realizadas ninguna de las utopías propuestas por los ideólogos del bloque nacional. La ensoñación estética de los falangistas más creativos, los intereses de monárquicos y católicos y el giro hacia atrás que proponían los integristas choca ahora con el muro granítico del pragmatismo y compromisos de la élite en el poder e incluso con la dura realidad de marasmo en que se encuentra la sociedad española. La razón política inmediata de todo ello es que la variedad de grupos e intereses que, bajo el liderazgo militar, decide realizar la guerra compite por una hegemonía y posee--explícita o tácitamente--unos medios y un modelo para realizarla. La "superestructura necesaria", en terminos gramscianos, es un compromiso ideológico y táctico aglutinante de esas fuerzas. El resultado, un régimen autoritario con juego relativamente amplio para esos grupos, un sistema de turno político cercano al modelo canovista, con énfasis en un poder personal e centralizado más que en estructuras caciquiles; de ahí el desencanto. Ciertas polémicas entre ideólogos del régimen, el abandono de antiguas alianzas, lenguajes, formas, y la no hegemonía ideológica definitiva de uno de los grupos competidores constituyen indicadores de un proceso de deslegitimación intelectual y fraccionamientos ya irreversibles. Pedro Laín expresará en su España como problema en 1949, de una forma no abierta, este desencanto, cuando describe los

problemas de dos generaciones (la cuya y la anterior de 1927):

La mía, amigos, es una generación sangrienta y espiritualmente astillada. Los mayores de la generación, cuyo espíritu se había formado durante la calma de 1923 a 1929, pudieron refugiarse... en la casa que todos tenían recién hecha sobre las hermosas tierras de la inteligencia y del arte. Los demás, carentes de refugio, con el alma semiformada, vimos complicada nuestra personal deficiencia con el imperativo de una opción dramática: a un lado, la afirmación católica y nacional; a otro, la pura negación de esos principios o la afirmación de otros que los excluían a limine. Cada cual eligió lo que su propia biografía le hizo creer preferible (Lain, 1949, II: 445).

El creciente conflicto ideológico se produce entre intelectuales falangistas liberales de Escorial que conectan con los católicos liberales de la ACH de P y del Instituto de Cultura Hispánica (dirigido en aquella época por Joaquín Ruiz Giménez) partidarios de una apertura y conciliación, y los integristas católicos del CSIC y Arbor partidarios de un integracionismo--como señalé Riquer--"excluyente" por parte del Régimen. Un primer dato de este conflicto está representado directamente en la polémica de Calvo Sotelo con Antonio Tovar e indirectamente con Lain que reactualiza, en esa época, una vieja cuestión intelectual: el problema de España.<sup>26</sup>

Los círculos intelectuales que se forman en esta época, aunque aparentemente integrados en la estructura del régimen, no muestran ya ese sólido "universo credencial" de la primera época "azul mahón", como refiere Amando de Miguel (1972: 295-299). Así, nos encontramos con círculos como el Instituto de Cultura Hispánica y la revista Cuadernos Hispanoamericanos--1948--(promovida inicialmente por Florentino Pérez Embid), dirigidos por católicos (algunos de ellos más tarde liberales) como Joaquín Ruiz Giménez, con el auge de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (Alberto Martín Artajo, Fernando María Castiella, ambos tercero y cuarto ministros de Asuntos Exteriores del Régimen y artífices de la política exterior), y el auge de revistas como Índice sobre temas políticos (1945) e Insula (1946) sobre temas literarios (ésta sin vinculaciones claras con el régimen), y en las que colaboran, en nuestra terminología, intelectuales legitimadores críticos, cuyo papel no encaja del todo en la ortodoxia oficial.

Un dato importante para entender las conexiones y desarrollo de la vida intelectual de esta etapa es la vuelta de José Ortega y Gasset a España en 1945 precedido de Marañón, Pérez de Ayala y Alvarez Builla que de una u otra forma junto con Azorín, Menéndez Pidal, Baroja, y Dámaso Alonso reestablecen, por primera vez después de la guerra, la continuidad del pensamiento e ideología liberales. Ortega junto con Julián Marías (que ya tuvo un papel intelectual activo en el período anterior como escritor y estableciendo contactos entre falangistas liberales como Laín y el grupo

de Ortega) dirigirá el Instituto de Humanidades (1940) que por un corto período de tiempo (dos cursos, es decir de 1940 a 1950) aglutina a intelectuales como Caro Baroja, Lafuente Ferrari, Dámaso Alonso, y Julián Marías; algunos de ellos constituyen junto con Aranguren, Garagorri, Laín, Marevall, Díez del Corral, y Ortega Spottorno el núcleo inicial que volverá a publicar--ya en 1963--la Revista de Occidente.

En general, este período es de distensión y tránsito del anterior. A consecuencia de los primeros indicios de distensión y desencanto entre los intelectuales, se va a producir un intento de "revisión" y "conciliación" con la etapa anterior que marcará definitivamente las líneas intelectuales y políticas de los períodos siguientes.

### ¿Revisión o liberalización?

En Noviembre de 1950 la Asamblea General de la ONU decide acabar con el bloqueo diplomático al régimen. Comienza, pues, una etapa de relaciones política-económicas y diplomáticas a través de la Santa Sede y del Gobierno de los Estados Unidos<sup>27</sup> con el mundo occidental que decidirá cambios sustanciales en la estructura económica y el propio régimen político. El incremento de las inversiones y ayuda exterior hizo realizable la aplicación de los planes in-

dustriales nacionales. Aunque la ideología oficial parte aún del modelo de desarrollo agrario para España, lo cierto es que a partir de 1954 comienza un proceso de desagrarización irreversible. La necesidad de mano de obra debido al crecimiento industrial inicia la despoblación de las zonas agrarias y los movimientos migratorios interiores sin una planificación previa, lo que produce nuevos fenómenos de superpoblación, chabolismo, crisis de la estructura urbana de servicios (sanitarios, educativos etc.). El aparato burocrático-político montado sobre las necesidades de la autarquía tiene que evolucionar dando juego alternativo a los grupos que constituyen su base. Entre 1947 y 1960 a la hegemonía falangista inicial, sucederá la llegada de los grupos católicos al poder y, luego, después de la crisis (universitaria, intelectual, y laboral) de 1956, el acceso al poder de los tecnócratas.<sup>28</sup>

Quizás debido a todo ello, el período intelectual a partir de los años cincuenta atraviesa por dos etapas definidas: una primera (1951-1956) que para ciertos grupos de católicos conservadores fué la etapa revisionista del régimen y para ciertos intelectuales católicos liberales la de liberalización; la segunda etapa (1957-1962) implica otro giro hacia atrás de la política cultural oficial para poder controlar el conflicto intelectuales-poder cada vez más manifiesto con la pluralización y radicalismo consiguiente de aquellos.

Respecto de la primera etapa, el punto de vista ca-

tólico no liberal sobre el equipo ministerial de Ruiz Giménez y la presencia en los rectorados de Salamanca y Madrid de Tovar y Pedro Laín se encuentra en un trabajo de Fontán sobre el papel de los católicos en la vida universitaria española. Señala Fontán, en 1961:

El nuevo equipo descubrió prontamente su programa político de revisionismo. Practicamente toda la labor de la etapa anterior iba a ser sometida a una revisión total del planteamiento de la guerra: los vencedores de 1939 debían no asimilar a los vencidos sino pactar con ellos una tregua. En la época de ensueños imperiales de Escorial Rinduejo y Laín Entralgo habían propugnado una integración total, falangista, de la vida intelectual y política española. Ahora despertaban abogando por una eliminación de los contrastes entre la luz y la sombra, disueltos en una 'habitable penumbra', donde se alinearán juntos los proyectos de España de Benavente Pelayo y de Ortega y Gasset, el catolicismo militante de San Ignacio de Loyola y el antijesuitismo furioso de Unamuno. (Fontán, 1961: 110 y 115)

La posición crítica de Fontán es una muestra del conflicto entre intelectuales católicos liberales (ahora cercanos al poder) y exfalangistas liberales (con puestos clave en la vida universitaria) por un lado, e intelectuales conservadores de Arbor y el grupo de la editorial Rialp (como Calvo Serer, Pérez Ambid y el propio Fontán) que a su vez se

esciindirán, a partir de 1962 en una línea tecnocrática (representada por miembros y simpatizantes del Opus Dei) y una línea liberal que dará origen al grupo del Diario Madrid (1964).

Para otros intelectuales políticos la etapa del ministerio de Ruiz Gimenez implicó una liberalización débil de la vida intelectual, pero, en cualquier caso, la posibilidad de expresión de un pluralismo ideológico y creciente actividad intelectual y universitaria y, dato importante, la posibilidad de establecer relaciones con los intelectuales republicanos que trabajaban en el exilio. Así, Aranguren dá el contrapunto a la posición de Fontán (aunque ambos coinciden en lo contradictorio de la situación) en el siguiente texto:

Con muchas reservas y desde fuera unos, con entusiasmo y espíritu de colaboración otros, como Laín y Tovar, el ministerio de Ruiz Gimenez vemos hoy que fué la única genuina esperanza de abertura brindada por el sistema [..] nunca, como entonces, se llegaron a tocar los límites mismos del sistema, apurando al máximo el juego de su reducida elasticidad. La Política Liberal [..] llena de buena voluntad, pero ecléctica, indecisa y, en definitiva, débil, con una debilidad intrínseca a la situación política y a sus posibilidades mismas, por debajo y por encima de la energía de los liberalizadores, habría requerido, para su feliz remate, que en vez de proponerse aislada y vacilante, se hubiese ins-

crito en un firme marco de política general completamente diferente. (Aranguren, 1969b: 95)

El papel y actividades de Aranguren, Tierno, Ollero, Marías, Vicens Vives, Arboleya y muchos otros intelectuales demoliberales en aquella época indica la existencia de un relativo pluralismo en cuanto a las especialidades intelectuales (filosofía, ciencias sociales, historia), y en cuanto al surgimiento de "estilos de pensamiento" diferentes, y de polémicas sobre el papel del intelectual en la sociedad española y sus relaciones con el poder.<sup>29</sup>

Como decíamos, en esta época se restablece la conexión entre los intelectuales políticos progresistas y los intelectuales en el exilio. Y es sintomático que este hecho y la rehabilitación definitiva de los intelectuales del 98, los del 14 y del 27 no se realiza sólo por un afán de conexión o búsqueda de raíces, sino para entender la situación de los propios intelectuales interesados y su qué hacer ante la situación del régimen, y el momento político del país. En todo el espectro ideológico la efervescencia es grande. Citamos algunos círculos que aglutinan nuevos intelectuales: la cátedra de Derecho Político de la Universidad de Salamanca crea un boletín que durante diez años (1954-1964) tiene un papel influyente en la vida intelectual española a través de su director Enrique Tierno Galván. En círculos de católicos conservadores Rafael Calvo Serer crea la "Biblioteca del Pensamiento Actual" en la editorial Rialp a través de la cual puede seguirse perfectamente la producción intelectual de los católicos conservadores o in-

tegristas después de la guerra civil como el primer Calvo Serer, el primer Fontán, Francisco Elías de Tejada, y Rafael Gamba, entre otros. Los ensayos sociopolíticos de esos años muestran: de un lado el intento de los intelectuales políticos de incorporarse a la vida intelectual europea. Así por ejemplo el libro de Aranguren Catolicismo y Protestantismo como Formas de Existencia (1952) intenta la comprensión del fenómeno protestante europeo preludio de sus preocupaciones por otras líneas intelectuales (como el marxismo). Tierno Galván publica en 1955 sus Notas sobre el Barroco y Sociología y situación en una etapa de transición que Marichal denomina neotacitista.<sup>31</sup> Por otro lado, se observa una floración de obras de intelectuales integristas y/o falangistas que intentan ofrecer su modelo ideológico por donde podría discurrir el régimen a raíz de los nuevos cambios, o explicar la situación de la época. Así, por ejemplo, pueden ser citados: Rafael Calvo Serer, Teoría de la Restauración (1952) (en que Calvo Serer expone su modelo monárquico tradicional y desarrollista a la vez), Rafael Gamba, La Monarquía Social y Representativa (1954), Francisco Elías de Tejada, La Monarquía Tradicional (1954) y Manuel Fraga Iribarne, La Crisis del Estado (1955).

Esta etapa se cierra en 1956 con diversos sucesos en la vida intelectual madrileña que se encadenan unos con otros hasta dar lugar a la reacción oficial. Así pueden citarse, el Congreso de Escritores Jóvenes (1956) con Dionisio Ridruejo como uno de sus organizadores (ya situado en posiciones de izquierda), y diversas manifestaciones y

enfrentamientos de estudiantes progresistas con la fuerza pública y estudiantes falangistas. El resultado visible fué la salida de Ruiz Gimenez del Ministerio de Educación y su equipo (los rectores Laín y Tovar como más representativos). En suma, un dato más de la incompatibilidad entre el falangismo y catolicismo liberales y el pragmatismo autoritario del Régimen.<sup>32</sup>

### Hibernación

En el período que aquí llamamos de hibernación la vida cultural e intelectual vuelve a ser objeto de los controles anteriores a 1952, pero la actitud crítica de algunos de los intelectuales políticos es ya irreversible. Una razón estructural de esto último habría que buscarla en la cada vez mayor situación de dependencia exterior del régimen y en la evolución de las interrelaciones entre los intelectuales españoles con sus colegas exiliados o extranjeros. Pero hay una razón inmediata clara: el pragmatismo autoritario del régimen está pasando de una etapa vacilantemente constituyente a encontrar la fórmula que le produce más estabilidad, legitimidad (para ciertos sectores de la población) y eficacia: la tecnocracia y el desarrollismo.<sup>33</sup> Este carácter constituyente del régimen es la resultante práctica de una tensión permanente de fuerzas contradicto-

rias (económicas, políticas, intereses de clase, o ideológicas) que están en la base misma del Estado. El régimen franquista busca desde sus primeros comienzos (y visiblemente a partir de la caída de los fascismos después de la II Guerra Mundial) su integración en el sistema capitalista occidental, aglutinando a fracciones muy concretas de la burguesía empresarial (la burguesía industrial vasca, la burguesía catalana, parte de la burguesía catalana), de la burguesía terrateniente, y de las clases medias, pero permaneciendo hegemónico el aparato de poder sobre las líneas de clase. Desde un punto de vista ideológico, aunque el régimen se instituye en reino (1947) o se autodenomina democracia orgánica, estas no parecen ser sino formas institucionales e ideológicas producto del pragmatismo autoritario estratégico que define la naturaleza de los regímenes bonapartistas: legitimidad populista, hegemonía sobre las (fracciones de) clases como producto de un empate histórico de intereses, fortalecimiento del papel del Estado, autoritarismo básico, representación semicorporativa, integración orgánica de la Iglesia, revaluación del papel del ejército, y buena dosis de anti-intelectualismo calculado. Por último el llamado espíritu del 18 de Julio, podría ser comparado con las idées napoléoniennes descritas por Marx en el 18 Brumario (1852).<sup>34</sup>

Podría decirse que, a partir de 1960, el régimen es ya un autoritarismo tecnocrático. Aunque el comienzo visible de esta etapa no fué precisamente un comienzo feliz. El Plan de Estabilización de 1959 no es un plan de desarro-

llo, sino una medida de política económica dependiente para equilibrar el pleno empleo (fomentando la emigración exterior) con el aumento rápido de inversión de capitales extranjeros, la productividad industrial y la modificación sustancial de las estructuras de la etapa autárquica. La estructura económica está en su punto álgido del proceso de desagrarización. En lo que respecta a los objetivos de una sustancial parte de los intelectuales políticos la situación ha sido descrita así por Elías Díaz:

De la crisis del 55, y marginada también por las tendencias desideologizadoras del desarrollismo tecnocrático, surgía también una clara actitud de oposición y una crítica intelectual de sentido ya explícitamente democrático [...] no se pretendía una ruptura o un corte total [...] una revolución violenta o una nueva guerra civil [...] lo que se intentaba era asumir históricamente esos hechos y, a su vez, superarlos, hacerlos irrepetibles (1973b: 134).

Ciertamente el espectro ideológico de los intelectuales abarca ya posiciones cristiano-democráticas, liberales, social-democráticas e incluso socialistas, pero las polémicas y ataques oficiales o paraoficiales en este período se dirige contra dos grandes síntesis culturales--como dijo Aranguren--de la etapa anterior: liberalismo y catolicismo y liberalismo y falangismo. El libro del dominico Santiago Ramírez La filosofía de Ortega y Gasset (1958), el artículo de Pedro Laín "Los católicos y Ortega" (1958), y el

libro de Julián Marías, El lugar del pelirrojo. Una cuestión disputada en torno a Ortega (1953c). El segundo dato indicativo de este período de hibernación viene dado por el libro de Carrero, La Guerra Española y el Trust de cerebros publicado en 1961 y que constituye un duro ataque contra los exfalangistas liberales del círculo Escorial como Laín, Tovar, Conde, Ridruejo y contra liberales como Aranguren, Marías, y Ruiz Gimenez. Otros trabajos como La fuerza creadora de la libertad de Calvo Sotelo (1958) indican ya un nuevo proceso de desencanto en ciertos intelectuales de esta línea.

Como señala Morodo "la 'cultura de hibernación' va dando paso, lentamente, a una 'cultura de despegue'. El proteccionismo cultural tiende a ser, afortunadamente, sustituido por el libremercado cultural" (1965b: 31). La etapa en que la vida española entra de lleno está protagonizada por los tecnócratas y la ideología desarrollista de un lado, y por la política semiliberalizadora de Fraga desde el Ministerio de Información. Es una etapa de intensa producción ideológica, y paralelamente de nuevo retroceso político y radicalización intelectual. Estos rasgos dan la clave de la hegemonía más larga de un grupo--el de los tecnócratas--en la historia del régimen, hasta el momento actual. En resumen, esta etapa se cierra con una primera derrota política de los intelectuales liberales que el régimen podía tolerar.

## Ideologización y Oposición

A partir de los años 60 el régimen comienza a abandonar su ideología corporativista estrictamente nacionalista y defensiva para buscar su consistencia ideológica en el desarrollo, la participación, la paz y estabilidad, la reforma educativa etc., elaborando así todo un cuerpo ideológico-legislativo que va de los Planes de desarrollo (1962-1975) a la Ley Orgánica del Estado (1967). Previamente se había promulgado la Ley de Prensa (1966) en que se dejaba atrás la censura previa y se trataba de regular el "contraste de pareceres" en los medios de comunicación. Más tarde, entre 1968 y 1972, tres instrumentos legislativos clave van a tratar de completar la adaptación del aparato estatal a los nuevos cambios profundos que experimenta el país: la Ley de Educación (1970), La Ley Sindical (1971) y un Anteproyecto --que no prospera legislativamente hasta 1975-- sobre la regulación del asociacionismo político en el marco legal del Movimiento (Ley <sup>de</sup> de Asociaciones, 1975). Pero quizás el hecho político de mayor relevancia sea el intento de dotar al régimen de una salida de continuidad estable nombrando sucesor a la Jefatura del Estado a título de Rey al príncipe Juan Carlos de Borbón (1969), mecanismo sucesorio que comienza a funcionar--como primer ensayo--el 13 de Julio de 1974. No vamos a entrar aquí en la trama política de este período. Sólo señalar que durante este largo período la hegemonía ideológica y política está protagonizada por una--para España--nueva élite política cada vez más relacio-

nada con la burguesía industrial y financiera y la clase media nueva: los tecnócratas. La razón de esta hegemonía durante un largo período que finalizará en 1972 (con el nombramiento de Carrero Blanco como Presidente del Gobierno) habría que buscarla en que la ideología y estrategia de los tecnócratas favorecieron más pragmáticamente que ningún grupo anterior la estabilidad, legitimidad (desarrollismo), y relaciones exteriores (intentos de integración en el mercado capitalista europeo) del régimen. El régimen llega en esta etapa a encontrar una identidad definida, y aunque los problemas de lucha interna por la hegemonía entre los grupos del régimen<sup>35</sup> impiden a los tecnócratas la realización de todos los planes políticos y, al final, su mantenimiento en el poder, toda esta etapa es quizás la de más coherencia institucional, y por ello la de más complejos problemas de salida del régimen.

Justamente esta etapa del régimen que Linz define como de semilibertad y movilización de una semiposición es la etapa de mayor floración ideológica, de aparición de nuevos círculos intelectuales en los medios de comunicación, y la vida universitaria de surgimiento de nuevas líneas de intelectuales políticos (marxistas, socialistas) y de arraigo definitivo de los modelos de las ciencias sociales en la vida intelectual.

Tres rasgos clave que podrían definir este período del que preferentemente se ocupa nuestro análisis de los intelectuales políticos actuales son: (a) su ideologización;

(b) el paso de los intelectuales políticos (incluyendo hasta los que están en una línea monárquica juanista) a posturas de abierta oposición al régimen, cuando no al sistema global; y (c) el desarrollo de nuevos modelos de análisis de la realidad con la penetración de las ciencias sociales en sus diversas líneas intelectuales.

El rasgo de ideologización coincide con el inicio en 1964 de la polémica sobre el fin de las ideologías<sup>36</sup> y el proceso de radicalización con el surgimiento de nuevos círculos intelectuales, el protagonismo cada vez mayor de una nueva generación de intelectuales nacida en plena guerra civil: los intelectuales políticos que tienen entre 30 y 40 años de edad a partir de 1965 y que San Miguel llama "la generación democrática de 1936";<sup>37</sup> y las conexiones y anclaje de estas líneas de intelectuales con los grupos de la oposición política que, aún con grandes problemas de organización y eficacia, consigue una cierta constituency interior a partir de 1962. La estructura social, tendencias ideológicas, y relaciones con el poder de los intelectuales de este período quedan analizadas en las páginas que siguen.

### Notas del capítulo 3

1. Sanz del Río (1814-1869) es el inspirador intelectual del grupo krausista español a su vuelta a España en 1844 después de una etapa de estudios en Bruselas con Ahrens, y en Heidelberg con dos discípulos de Krause: Roeder y Leonhardi. La Institución Libre de la Enseñanza contó con personas clave en la vida intelectual y política como Gumersindo de Azcárate, Fernando de Castro, Francisco Giner de los Ríos, Manuel Bartolomé Cossío, Adolfo Posada, José Castillojo, y Alberto Jimenez Frau. También Maranges, Canalejas, Salmerón y Revilla, entre otros líderes políticos, estuvieron estrechamente relacionados con este círculo intelectual que inspiró su ideología y programas políticos. Sobre el tema del papel intelectual de los institucionistas pueden verse: Elías Díaz (1973a), Lopez-Morillas (1955), Tuñón de Lara (1971a, 1971b), Jobit (1935), Cacho (1963), Gomez Lollada (1966) y Jimenez Frau (1948).

2. Para Tierno Galván (1971) el regeneracionismo social de Costa no es un sistema intelectual o filosófico-político

trabado, sino una ideología coherente surgida de la España rural que capta intelectualmente la situación y papel de las oligarquías rurales y estructurales caciquiles, pero no los procesos de industrialización periférica que se operan en España y el surgimiento de los movimientos obreros. Esta concepción crítica y unidimensional de la estructura social española ofrecerá la base de posteriores líneas ideológicas contradictorias. La tesis costista de la "despensa y la escuela" condicionará la ideología progresista y republicana española del siglo XX dándole un cierto tono castizo. La solución del "cirujano de hierro" contiene un elemento prefascista o autoritario que será recogido por la ideología autoritaria de las derechas españolas. Costa aparece así, contradictoriamente, como una mezcla de intelectual orgánico y tradicional, en el sentido gramsciano, legitimando los intereses de una clase media rural con la solución política de un poder fuerte y autoritario. En Costa no consigue articularse o definirse una solución global a los intereses de las distintas clases del Estado-Nación al no captar la dialéctica burguesía-proletariado. Sobre la ideología y el papel intelectual de Joaquín Costa vease Perez de la Dehesa (1966), Tierno (1971), y Tuñón de Lara (1971a).

3. Sobre el tema del papel intelectual y político del catalanismo, sobre todo en sus orígenes hasta 1930 vease Solé-Tura (1967), Jutglar (1968), Vicens Vives et al. (1959), Vicens Vives (1961), y Pierre Vilar (1962).

4. En general, esta idea se advierte explícitamente en la lectura de los textos políticos de los intelectuales clave de esta generación. Vease especialmente la colección antológica de los escritos de Antonio Machado, A la altura de las circunstancias (Madrid: EDICUSA, 1971) edición preparada por Aurora de Albornoz. Un interesante testimonio aunque fraccionado, contradictorio, e inevitablemente subjetivo son las Memorias de Baroja (1941). Para una evolución global del papel de esta generación y su contexto social veanse Blanco Aguinaga (1970), Leín (1970b), Lopez Morillas (1972), Madariaga (1955), Macozu (1966), Perez de la Dehesa (1966, 1970), Terrón (1969), Tuñón de Lara (1971a), y Granjel (1959, 1966).

5. José Ortega y Gasset, Vieja y nueva política (Madrid: Revista de Occidente, 1963). Aquí Ortega aparece como el intelectual deslegitimador de las instituciones políticas conservadoras en la más pura tradición liberal. Dice Ortega explícitamente en la obra citada en 1914: "Yo os diría que nuestra bandera tendría que ser ésta: 'la muerte de la Restauración'. Hay que matar bien a los muertos" (p. 32).

6. La revista España promovida y dirigida por José Ortega y Gasset sale en enero de 1914. Será uno de los círculos intelectuales clave que aglutinará a buena parte de los liberales y socialistas de la generación de 1914. Estamos ante los intelectuales orgánicos legitimadores del orden socio-político republicano que se instauraría en España en abril de 1931. El consejo de redacción de la revista España

estaba compuesto además de Ortega por Ramón Pérez de Ayala, Luís de Zulueta, Eugenio D'Ors, Martínez Sierra, Ramiro de Maeztu, y Guixé. Entre sus colaboradores clave destacan: Díaz del Moral, Santiago Casares Quiroga, Fernando de los Ríos, Antonio Machado, Luís Aracquistain, Manuel Azaña, Manuel/Bartolomé Cossío, Domingo Barnés, Jacinto Benavente, Federico García Sanchiz, Manuel García Morante, Gustavo Pittaluga, Adolfo Posada, Ramón M. del Valle Inclán, Miguel de Unamuno, Ulariaga, Julio Antonio y otros intelectuales liberales y de izquierda. Habría que agregar aquí los círculos políticos relacionados con esta generación como el partido progresista de Melquíades Álvarez, ciertos sectores del PSOE y, en general, todos los grupos de republicanos de izquierda contrarios a la monarquía. Sobre el papel específico de Ortega como líder intelectual durante casi cuatro décadas, sobre su ideología y modelo intelectual, y sobre sus empresas intelectuales y políticas es conveniente consultar los siguientes trabajos: Abellán (1966a, 1971), Lopez Campillo (1973), Marías (1960), Redondo (1970), Tuñón de Lara (1971a), Ferrater Mora (1963) y McClintock (1971) entre otros.

7. Los intelectuales de 1914 juegan un papel decisivo en el desgaste ante la opinión pública de la segunda etapa de la Restauración monárquica (1902-1923) y la Dictadura (1923-1929) y en su deslegitimación. Paralelo a esto, la generación de 1914 elaborará la crítica más dura a la ideología tradicional y a su apoyo institucional, la institución monárquica. Generalmente el punto de arranque de esta generación se cifra en 1914 con el discurso de Ortega y Gasset

en el Teatro de la Comedia titulado Nueva y vieja política, que encabeza, a su vez, el título de su famoso libro. El acto del Teatro de la Comedia viene a consolidar a la Liga de Educación Política (fundada en octubre de 1913) cuyo manifiesto fundacional fué suscrito por el propio Ortega y por Manuel Azaña, Luís Gancedo, Fernando de los Ríos, el Marqués de Palomares, Leopoldo Palacios, Manuel García Morante, C. Bernaldo de Quirós, y Agustín Viñuales. En la Liga se integrarían más tarde Luís de Zulueta, Salvador de Madariaga, Pablo de Azcárate, Luís Bello, Américo Castro, y Luís Araquistain. Como señala Marichal (1968) para Luzuriaga (formulador del título Generación de 1914, como Azorín lo fué para la de 1898) el manifiesto fundacional de la liga señala su aparición pública, pero su fuente intelectual inspiradora fué el libro de Ortega Meditaciones del Quijote (1913). La conocida tesis de que la segunda República española fué una república de intelectuales expresa ciertamente el papel decisivo que tuvo esta generación como legitimadora intelectual de la otra España, la España republicana y de la "idea" (según el poema de Antonio Machado); y como proveedora de buena parte de los cuadros de liderazgo político (principalmente republicanos) de la república. Los rasgos salientes de esta generación son su pluralismo político e intelectual; su carácter de frente intelectual deslegitimador de la monarquía; su emplazamiento en el profesorado universitario (muchos de sus miembros son ya en esta época catedráticos de universidad); su alta productividad intelectual; el hecho de que sus miembros han ampliado estudios en la Europa transpirenaica; su participación activa

directa en la caída de la Monarquía y en la vida política republicana. Por su producción escrita, compromisos, roles específicos y coherencia ideológica puede decirse que es la primera generación de intelectuales políticos del siglo XX español.

8. Para un análisis de la génesis, ideología y relaciones del pensamiento integrista español vease Javier Herrero, Los orígenes del pensamiento reaccionario español (1971).

En esta obra se desarrolla la tesis de que el pensamiento reaccionario aparece tan extranjerizante y sometido a las influencias ideológico-políticas de las corrientes intelectuales europeas como el pensamiento ilustrado.

9. Hay que citar aquí los nombres de Federico García Lorca, Rafael Alberti, Luís Buñuel, Vicente Aleixandre, Miguel Hernández, y Salvador Dalí. Todos ellos forman parte de una nueva orientación intelectual y política que, como señala Tusón de Lara (1971a) conjuga los valores estéticos de arcaísmo y casticismo con actitudes políticas e ideológicas de rebeldía y modernidad. La etapa republicana significó para esta generación su despeque definitivo. Su madurez se realiza en el exilio, después de la guerra civil. Un interesante testimonio sobre los inicios de esta generación y el papel intelectual y político de los intelectuales de 1927 en el contexto del Madrid republicano de 1931 a 1936, puede encontrarse en las memorias de Pablo Neruda, Confieso que he vivido (1974). Neruda fué amigo personal de varios de sus miembros, durante su etapa de cónsul chileno en Madrid.

10. Sobre las bases históricas del período republicano y la Guerra Civil, con referencia a las relaciones entre los ideólogos políticos, partidos y fuerzas sociales, y el poder, pueden verse las siguientes obras generales y monográficas: Ramos Oliveira, Historia de España. La Segunda República y la Guerra Civil (1952); Madariaga, España. Ensayo de historia contemporánea (1955); Brennan, The Spanish Labyrinth (1960); Thomas, The Spanish Civil War (1961); Rama, La crisis española del siglo XX (1960); Jackson, The Spanish Republic and The Civil War, 1931-1939 (1965); Tuñón de Lara, La España del siglo XX (1966); Secarud, La segunda República española, 1931-1936 (1967); Linz, "The Party System of Spain: Past and Future" (1967); Ignacio Fernandez de Castro, De las Cortes de Cadiz al Plan de Desarrollo (1808-1966) (1968); Gil-Roblas, No fué posible la paz (1968); Arrarás, Historia de la segunda República española (1969); Martínez Cuadrado, Elecciones y partidos políticos de España (1868-1931) (1969); Carr, Spain 1808-1939 (1969); Ramirez, Los grupos de presión en la segunda República española (1969); Jutolar, Ideologías y clases en la España contemporánea (1970); Malefakis, Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain: Origins of The Civil War (1970); Payne, The Spanish Revolution (1970); Ramos Oliveira, La unidad nacional y los nacionalismos españoles (1970); Carr (ed.), The Republic and The Civil War in Spain (1971); Chapaprieta, La paz fué posible (1971); Herr, An Historical Essay on Modern Spain (1971); Abella, La vida cotidiana durante la Guerra Civil (1973).

11. Por círculo intelectual entendemos aquí cualquier estructura de producción y/o transmisión de ideologías y productos intelectuales, como revistas, diarios, salones (como el Ateneo de Madrid, los círculos catalanistas, etc.). La característica de esos círculos es que están estructurados en forma de redes (vease Cap. 8). No existe, sin embargo un análisis acabado de los modelos ideológico-políticos en estrecha conexión con sus bases sociales, intereses, y alianzas, en la etapa republicana. Pueden encontrarse algunas ideas interesantes en Tuñón (1971a), Rama (1960), y Wilson (1967).

12. Aunque ciertamente el bloque de los ideólogos de la derecha no era homogéneo, puede afirmarse que, con algunas excepciones, la base ideológica de la derecha se va unificando progresivamente hacia el objetivo de evitar en España un proceso revolucionario, o una radicalización de la República.

13. Vease nuestra definición previa de anti-utopía y su función ideológica en la Nota 39 del Capítulo 2.

14. Recogido por Ricardo de la Cierva, Historia ilustrada de la Guerra civil (1970). Pemán uno de los legitimadores incondicionales de entonces, había corregido la respuesta del general Millán a Unamuno--"¡Muera la inteligencia!"--con un "¡No! ¡Viva la inteligencia! ¡Mueran los malos intelectuales!" La respuesta de los ideólogos en el poder a la actitud de Unamuno, fué a través de un artículo firmado por la Dirección General de Prensa del Cuartel General días más

tarde del incidente, titulado "Frente a los 'intelectuales': ¡Los 'místicos' de España!". En él se atacaba a los intelectuales como promotores históricos de distorsiones morales y causa de la crisis de la sociedad española. Utilizando argumentos de Hegel y con un tono fascista definido el artículo citado presentaba la historia intelectual española en su lado liberal como la de un conjunto de "heterodoxos, sofistas, herejes, bachilleros, pedantes, [e] intelectuales". Una crónica de la situación ideológica a través de la prensa, libros, y radio hacia 1938 se encuentra en Abella (1973), capítulo 23.

15. Boletín Oficial del Estado, 2 de enero de 1939. Recogido en el Resumen Legislativo del Nuevo Estado (1939), p. 451. Veanse también las Guías Oficiales de España de esos años. Estos documentos constituyen una fuente imprescindible de datos para el análisis de la situación de los intelectuales en este período.

16. Recogido por Abella (1973), pp. 302-304. Véase también el testimonio de Julio Caro Baroja en Los Baroja (1971b).

17. Esta Tabla pretende solamente dimensionalizar las diferentes etapas económicas, políticas y culturales, ofreciendo una base tipológica para un análisis integrado más amplio.

18. Para un análisis concreto de la estructura económica y determinados procesos sociales y políticos véase Ramón Tamames, La República. La era de Franco (1973), y Arando de Quirol, Manual de estructura social de España (1974b).

19. Esta tesis de Linz de la primacía de una mentalidad sobre una ideología no tiene en cuenta la relación orgánica entre los intelectuales y el poder. Si bien es cierto que en ciertas piezas clave del régimen como el Ejército y la élite autoritaria hay una ausencia de sistematización intelectual, de una ideología mínimamente compleja y explícita, también es cierto que no puede considerarse al pensamiento derechista y reaccionario español como una mera mentalidad. El concepto de mentalidad utilizado por Linz se basa en el modelo de Geiger, en On Social Order and Mass Society (1969), parte II. Véase Linz, "An Authoritarian Regime: Spain" (1964).

20. Véase fundamentalmente Elías Díaz (1973b), Ridruejo (1972a), y Sastre (1972).

21. Véase Elías Díaz (1973b).

22. Efectivamente, Escorial es desde sus inicios un círculo de intelectuales falangistas liberales muy conectado con ciertas individualidades liberales de la vida española. Ideológicamente el contraste de Escorial con otros círculos se pone de manifiesto en su Manifiesto fundacional (véase, Escorial Nº 1, 1940), e incluso en los posteriores alineamientos de algunos de los intelectuales influyentes que lo hicieron posible como Ridruejo, Laín, Torrente Ballester etc.

23. Véase concretamente el trasfondo ideológico del artículo de Ridruejo en el primer número de la revista Escorial,

"El poeta rescatado", donde presenta a Antonio Machado como un patrimonio de la cultura nacional.

24. Véase, Tamaros (1973), y Solé-Tura, Introducción al régimen político español (1978).

25. Esto es lo que algunos autores latinoamericanos llaman "tercerismo utópico", al analizar la base ideológica de algunos regímenes políticos de América Latina (como Brasil, y ciertas etapas de Argentina), como regímenes dependientes y periféricos, cuyas alianzas de clase y aparatos estatales, por razones de esa dependencia del imperialismo, no cristalizan ni en aparatos totalitarios, ni en típicas democracias burguesas. Para una interesante aplicación y documentación del concepto de tercerismo utópico, véase Amando de Miguel, Sociología del franquismo (1975), capítulo 24. Véase también Marsal, La sombra del poder (1975), capítulo 1.

26. Probablemente es ésta la última polémica en la forma clásica (de una interpretación tradicionalista y una liberal) que se desarrolla en el siglo XX. Ello no implica que la polémica vuelva a surgir con otras características. Véase Calvo Serer (1949), Tovar (1948), y Laín Entralgo (1962).

27. Se trata tanto de un proceso de internacionalización de las relaciones diplomáticas, como de un inicio de internacionalización de relaciones económicas y de defensa, a través de las cuales el régimen trata de consolidar su legitimidad exterior y, por tanto, su institucionalización y le-

gitimación interna. Véase sobre el papel de estos procesos Gallo (1969), Scorgol (1970), Oltra (1975), Soló-Tura (1971), y Tamames (1973).

28. Véase sobre este cambio de alianzas políticas, entre otros, Artigues (1971), Amando de Miguel (1975), Tamames (1973), e Ynfante (1970).

29. Sobre este punto véase Elías Díaz (1973b, 1973c, y 1973d), Marichal (1966), y el análisis de Marsal, La sombra del poder (1975), cap. IV.

30. Se trata del Boletín Informativo de Derecho Político de la Universidad de Salamanca. El Boletín de Salamanca representa desde sus inicios la consolidación de un círculo de intelectuales progresistas, intelectualmente cercanos en su primera etapa al modelo neopositivista. En una segunda etapa, algunos de ellos como Tierno y Morodo evolucionan hacia el marxismo. Entre los intelectuales de este círculo pueden citarse: Tierno Galván, Pablo Lucas Verdú, Raul Morodo, Fernando Morán, J.L. Fernandez Castillejo, Vicente Carrera, Manuel Medina, y Angel de Juan, entre otros. Véanse sobre esta etapa Elías Díaz (1973c), y Marichal (1966). En el plano de la evolución del contenido intelectual consultese el artículo autobiográfico de Tierno "Reflexiones sobre el proceso de mi evolución intelectual" (1973).

31. Marichal (1966).

32. Vease sobre estos acontecimientos los testimonios de intelectuales como Aranguren (1969b), Elías Díaz (1973c), Ridruejo (1962), Sopena (1970), Tovar (1968), y Tamames (1973). Veanse también los testimonios de Laín Entralgo en Porcel (1969), y de Ruiz-Gimenez en Porcel (1971b), y Sániker (1970b).

33. Vease sobre este punto Morodo (1970).

34. Vease el magistral análisis de Marx en El 18 Brumario de Louis Bonaparte (1852). Marx al acometer en este trabajo un análisis integrado del bonapartismo (es decir al combinar su modelo teórico--el materialismo dialéctico--con el análisis concreto de la lucha de clases y el Estado en la Francia de 1852) crea un tipo histórico de forma de estado basado en el "equilibrio catastrófico" (en términos gramscianos) de las clases en una etapa de transición entre modos de producción. Además avanza una metodología completa para el análisis de la clase, poder, e ideología en estadios históricos específicos.

35. Después de 1960 podríamos decir que hay dos momentos álgidos de conflicto interno entre los grupos del régimen: 1969, con la publicidad del affaire Matesa expresa una compleja lucha de poderes entre franquistas y falangistas con los tecnócratas (con predominio de estos últimos); y 1973 momento de crisis en la presidencia del Gobierno provocada por la muerte de Carrero Blanco en el que los ministros tecnócratas salen del gobierno, para consolidarse una élite

visiblemente franquista. Amando de Miguel denomina a esta etapa el funcionariado (1975). Vease nuestro análisis de la Tabla 4.1.

36. Iniciada a partir de 1964 fecha en que se publica el libro de Fernandez de la Mora, El crepúsculo de las ideologías. La contestación a Fernandez de la Mora vendrá de los intelectuales de izquierda. Veanse Morodo, "Los ideólogos del fin de las ideologías" (1965b), Ruiz García, "El principio y no el fin de las ideologías" (1967), Vidal Beneyto, "Las pobrecitas ideologías" (1965). Vease también Amando de Miguel "El orto de las ideofonías" (1972a: 311).

37. Vease García San Miguel (1972).

PARTE II

LOS INTELLECTUALES Y LA SOCIEDAD

CAPITULO 4  
EL CONTEXTO Y LOS PROCESOS  
DE SOCIALIZACION

Es observable historicamente que los intelectuales no surgen en las regiones marginadas por el desarrollo, sino en los grandes centros urbanos con una vida económica, cultural, o política floreciente. En el caso de los intelectuales políticos españoles, Madrid ejerce un papel decisivo, como contexto de socialización, tanto en sus biografías intelectuales como en sus compromisos políticos. No obstante, nuestro análisis sobre el inicio de una biografía intelectual no sería completo si no tuvieramos en cuenta sus orígenes de clase y el tipo y papel de las instituciones educativas en que se va decantando. La clase social de la que surgen los intelectuales políticos en España es preferentemente la clase media tradicional. Las instituciones en que tiene lugar su primera educación son las instituciones religiosas en que se educaron las élites dominantes durante la historia española reciente. Nuestro estudio está orientado al análisis de estos factores, que jun-

to con el efecto socializador del ambiente familiar ejerce, a veces, un efecto de rechazo en los intelectuales. La conciencia de los propios intelectuales sobre estas limitaciones y otras de la sociedad española, será el primer paso para liberarse de ellas; y, en última instancia, un requisito para el desarrollo de su papel como intelectuales.

### Madrid rompeolas de las ideologías

Cuando Madrid era preferentemente Villa y Corte, Antonio Machado, esa figura histórica que para muchos ha personificado el drama de la España liberal, dijo de la capital:

"En este remolino de España, rompeolas  
de las cuarenta y nueve provincias españolas,  
Madrid del cucañista, Madrid del pretendiente"

En estos versos mostraba el poeta su rechazo de la vida de Madrid y de la vida urbana en general. No obstante, la imagen poética es feliz, y refleja el papel que Madrid ha venido desempeñando en la marcha de la historia española contemporánea. Desde el punto de vista de los intelectuales políticos y de esos creadores y transmisores de ideas e imágenes que son los intelectuales en general, Madrid constituye un permanente polo de atracción y plataforma pa-

ra el desempeño de su papel central. No constituye un proceso azaroso el hecho de que gran parte de la vida intelectual, y especialmente el trabajo de los intelectuales políticos se concentre en Madrid, centro de la vida política y cultural, y del aparato burocrático del régimen. Madrid ha venido siendo invariablemente el contexto de los círculos culturales que producen la vida intelectual, aunque muchos de los intelectuales no nacieron, e incluso no se formaron en la capital.<sup>1</sup> Históricamente los hombres de letras e intelectuales han surgido menos de las regiones marginadas (como la costa norte-occidental de la península) o de ciertas zonas pobres del interior. Desde los siglos XVI y XVII los contextos en que surge y fluye la vida intelectual han sido centros urbanos y comerciales como Sevilla, Granada, y Cádiz; antiguas ciudades como Toledo, y ciertos centros burgueses de Castilla la Vieja; Barcelona como contrapunto burgués del resto de la península; y, cada vez más, Madrid como capital imperial. Como ha señalado Juan J. Linz "el mapa de las actividades económica e intelectual muestra parecidos sorprendentes" (1972: 71). En las dos últimas centurias, factores sociológicos muy concretos han llevado a Madrid a ser el centro principal de recepción de inmigrantes, el centro de la burocracia pública y privada (la burguesía financiera), la arena política del país, y el medio social donde surge la conciencia intelectual, en una competición histórica con Barcelona: la vieja capital regionalista de la burguesía hispana. Después de la guerra civil (1936-1939), Madrid comenzó poco a poco a perder ese tono indolente de "ciudad alegre y confiada" para convertirse en

una dasicora urbana rodeada de un cinturón rural subdesarrollado, o areocora según la terminología de Román Perpiñá.<sup>2</sup> La dasicora de Madrid aparece como una de las regiones metropolitanas más singulares de Europa, cuya estructura puede compararse al "desierto de París". Madrid concentraba 3.792.534 habitantes en 1970 (uno de cada diez españoles vive en Madrid) y la provincia un 12% de la población española (Barcelona otro 12%). La población activa está compuesta por una fuerza de trabajo relativamente joven en el sector servicios y una estructura industrial atomizada. Madrid y Barcelona forman una estructura real de doble capitalidad para el país entero, que puede ser comparada a los ejes Roma-Milán, y Lisboa-Oporto. Estas formaciones terciarias se están convirtiendo en los centros de una nueva clase media urbana dependiente, además de un creciente proceso de proletarización.

El viejo Madrid liberal y socialista acoge actualmente las instituciones políticas del régimen autoritario; los principales centros de decisión de las redes de la burguesía financiera; las instituciones culturales nacionales en torno a las tres universidades estatales, seis viejas Reales Academias, el prestigioso Ateneo republicano (hoy una institución burocrática más del régimen), siete periódicos diarios, y decenas de revistas intelectuales y profesionales. En resumen, Madrid parece que concentra buena parte de los círculos intelectuales españoles por la misma ley estructural que los concentra en París, Londres, Roma, o Berlín, e incluso Nueva York. Como señala Kadushin "Nueva

Yórk sigue siendo un imán [...] su preeminencia en la vida intelectual, así como el rumor de que esta preeminencia está declinando, puede ser señalada por el hecho de que un tercio de la élite intelectual americana realmente surgió en Nueva York" (1974: 22). La concentración de la vida intelectual en Madrid es evidente; dos ejemplos documentan nuestra afirmación: el 52% de los escritores <sup>3</sup> y el 62% de los sociólogos españoles de que poseemos información viven y trabajan en Madrid. <sup>4</sup>

Dado el diseño de nuestra investigación todos los intelectuales políticos de la muestra tienen su residencia en Madrid, pero sólo un 14% de ellos nacieron en la capital. Esto da una primera idea del alto grado de movilidad geográfica de los intelectuales. <sup>5</sup> La distribución del lugar de nacimiento de los intelectuales políticos, considerando las veinte regiones españolas es la siguiente (en porcentajes): <sup>6</sup>

Madrid	15%
Barcelona	9
País Valenciano	9
Andalucía Occidental	9
Galicia Costera	7
León	7
Sierra	7
Asturias	5
Aragón	5
Andalucía Oriental	5
Central	5
Galicia Interior	5
País Vasco	3
Resto de España	8

En general, los intelectuales políticos, vienen tempranamente a Madrid, a cursar estudios universitarios; pocos lo hacen durante el bachillerato. Algunos otros por motivos de realizar oposiciones a algún cuerpo de la Administración, o por motivos de traslado de sus padres, como es el caso de aquellos funcionarios que piden la plaza en Madrid o aquellos inmigrantes que se dirigen a Madrid buscando un mejor nivel de vida o mejor educación para sus hijos. La descripción literaria de esta problemática viene realizándose desde la generación del 98. En España como problema (1949) Laín retrató la llegada y el encuentro con Madrid, de los jóvenes de la generación del 98. En un sentido menos literario, pero no por ello menos real, la descripción puede aplicarse a las biografías de los intelectuales actuales. Dice Laín de los jóvenes del 98:

La llegada a Madrid y la experiencia de Madrid son dos pasos decisivos y hasta cierto punto terminales en la configuración histórica de nuestros jóvenes. Lo que ven, viven, oyen y leen en el Madrid de fin de siglo da último sentido a toda la experiencia anterior y pone último o penúltimo remate en la edificación de su individual personalidad. El recuerdo de la provincia nativa adquiere entonces el cariz que antes descubrimos; la disconformidad con la vida histórica de España, apenas esbozada antes del viaje decisivo, alcanza volumen visible y resuelta articulación. Ya están a punto todos los componentes necesarios para que cada uno va-

ya creando personalmente su propia vida; su peculiaridad individual, modalmente cualificada por el temperamento nativo y cincelada luego, más o menos eficaz y definitivamente por la educación familiar y social recibida durante los años infantiles; su personal experiencia de España, en su cuádruple dimensión física, histórica, provinciana y madrileña. Es, dichas las cosas en términos biográficos, el delicado momento en que la vaga ambición con que se inicia la adolescencia [...] se convierte en autoproposición clara y resuelta. De querer 'ser algo' pasa el joven a una resolución terminante: 'ésto quiero ser, ésto quiero hacer'.<sup>7</sup>

El lugar de nacimiento de los intelectuales políticos presenta una distribución heterogénea. Curiosamente los lugares de nacimiento de los entrevistados coinciden con las regiones con menos autonomía cultural y, en cierta manera, con las regiones menos desarrolladas. Con la excepción de Valencia, los casos de Andalucía, Galicia, León, Sierra, y Castilla son ilustrativos. Particularmente estas dos últimas, el "macizo de la raza" en la expresión de Antonio Machado, reúnen un 16% de los intelectuales. Estas regiones han desempeñado a lo largo de la historia de España un papel decisivo; algunas de sus ciudades brillaron en otro tiempo por una atracción y peso cultural, operándose en ellas en los últimos dos siglos un proceso de depresión. Estas poseyeron antiguamente una densidad cultural, mercantil y política importante; fueron los contex-

tos de formación de los primeros brotes de actividad burguesa; y representaron la consolidación de las clases medias tradicionales que desviaron el curso de los cambios sociales y de modernización. El caso de Barcelona en este contexto es poco significativo y tiene un interés, si se quiere, anecdótico. Es evidente que Barcelona ha logrado mantener contra viento y marea política su autonomía cultural, y que posee una nutrida pléyade de ideólogos políticos nacidos y afincados en la región. Juan F. Marsal ha estudiado al grupo de intelectuales políticos catalanes; de sus datos se desprenden algunas características diferenciales con el grupo de los madrileños, como son: el origen de clase, nivel de secularización, y comportamiento político. Estas variables reflejan una vez más la heterogeneidad estructural y el juego de los distintos procesos de cambio social en su desarrollo dentro del conjunto español. Cuatro de los entrevistados nacieron en Barcelona, pero sólo uno de ellos puede ser considerado como catalán en el sentido de que sus orígenes sociales sean catalanes, su medio de expresión bilingüe, y se identifique con la cultura y la vocación autonomista catalana.<sup>8</sup> Los otros tres casos están constituidos por altres catalans y son casos biográficos de personas que han ocupado u ocupan altos cargos en la Administración del Estado, no son catalano-parlantes, y su actitud es más bien centralista.<sup>9</sup>

Los intelectuales, en el sentido occidental contemporáneo de la expresión, son un producto urbano. Esto es bastante congruente con la propia función del intelectual:

necesita pensar en la ciudad y en la vida urbana, obtiene los medios necesarios (medios materiales de difusión y comunicación) para difundir sus ideas, y sobre todo para entrar en el proceso de socialización necesario que le califica luego como intelectual. Del total de entrevistados (todos ellos con edades superiores a los 35 años) el 80% nacieron en ciudades superiores a los 10.000 habitantes y el 66% en ciudades superiores a los 20.000. Si se piensa en la evolución de la estructura urbana y rural de la España desde 1898 (año de nacimiento del intelectual de más edad) hasta 1940 (año de nacimiento del más joven) y en sus consecuencias en el conjunto de la estructura social española, puede apreciarse la preponderancia urbana del grupo de intelectuales aquí estudiados.<sup>10</sup> Esta pauta del origen urbano de los intelectuales ha sido probada también por Linz para el caso de los siglos XVI y XVII. Sostiene Linz que los académicos y hombres de letras en esos siglos surgen "en los centros urbanos, particularmente en el rico emporio del comercio atlántico" (1972: 70). Es curioso observar el escaso desplazamiento regional en la evolución histórica de la intelligentsia. Ello coincide justamente con el declinar de ciudades que en otras épocas tuvieron un peso y jugaron un papel importante en la vida política del país y el surgimiento de otras nuevas. En conclusión, si la movilidad geográfica de los intelectuales es alta, este fenómeno es peculiar también de los intelectuales políticos. El grado de localización del poder condiciona la atracción de estos ideólogos. El hecho de que sea Madrid la capitalidad política de "las Españas" hace que sea

--parafraseando al poeta--una especie de rompeolas de los ideólogos y de las ideas. Por otra parte, puede decirse que el mapa de la España urbana, la España política, y la España intelectual coinciden en gran medida.

### Clase y socialización

A lo largo de las páginas que siguen analizamos la clase social del intelectual, tema ya clásico dentro de la teoría de intelectuales. En la Sociología marxista (fundamentalmente en Marx y Lenin) el problema de la intelligentsia se plantea como el de un grupo históricamente emergente con la burguesía, cuyo papel era parte integrante de la superestructura ideológica de las sociedades. En este paradigma la función del intelectual es la de explicitar y legitimar ideológicamente los planteamientos y objetivos globales de la burguesía como clase ascendente. La teoría marxista, preferentemente en Lenin,<sup>11</sup> asignó además un papel importante al intelectual en el proceso revolucionario de la clase obrera, y un lugar preeminente en el partido, arma política principal de la lucha de clases. Gramsci revisó con gran sentido sociológico estas tesis; para Gramsci son confusas las definiciones clásicas sobre el intelectual. Su aportación se detiene en el problema de la clase social en cuanto le sirve para explicar los tipos y papeles

de las intelligentsias históricas y el significado y organización de la cultura. El pensador marxista italiano distingue entre "intelectuales tradicionales", intelectuales ideológicamente al servicio de una clase hegemónica (ya sea la aristocracia o la burguesía); e "intelectuales orgánicos", intelectuales burgueses surgidos de las masas obreras que ponen su función ideológica al servicio del partido revolucionario y la revolución.<sup>12</sup> Paralelamente distingue dos tipos de ideologías: "ideologías orgánicas", que crean movimientos sociales y justifican su poder de penetración en el cambio social o el mantenimiento del orden social; e ideologías como meras elucubraciones ("voluntarias" en la terminología gramsciana). El propio Gramsci subraya que es un error despreciar estas últimas porque también juegan un papel importante y por tanto es útil su estudio como parte de la realidad ideológica y cultural.<sup>13</sup>

En la Sociología del conocimiento de Mannheim encontramos una notable aportación teórica al estudio de los intelectuales, pero impregnada (sobre todo en sus discípulos) de un fuerte matiz culturalista. En Mannheim la intelligentsia viene a ser como un "estrato intersticial", un grupo flotante entre las clases, con una función decisiva en el desarrollo de la conciencia social.<sup>14</sup>

Teniendo en cuenta las sociologías del conocimiento marxista y manheimiana C.W.Mills elabora los conceptos de "aparato cultural" y "trabajadores culturales" para estudiar a los intelectuales. Recoge de ambas líneas la fun-

ción revolucionaria y de conciencia social del intelectual, así como su función de legitimación y su situación a veces alienada dentro del aparato cultural que, según Mills, es también una parte de los sistemas establecidos (establishments) de las sociedades capitalistas. No obstante hay una cierta ambigüedad en Mills; el intelectual aunque es localizable en los estratos medios de la sociedad, no está sin embargo aliado a ninguna clase en particular. Una primera impresión caracterizadora del intelectual nos la muestra de esta forma:

La mayor parte de los hombres participan en algún grado en ese aparato [cultural], pero algunos se especializan en ese trabajo. Llegan a conocer el mundo de los significados para sí mismos, aceptando y rechazando deliberadamente lo que recibieron y buscan significados nuevos. Los producen, conservan y distribuyen [...]. Pero sobre todo, separadamente y en conjunto, influyen mucho más en la definición del mundo que los hombres conocen, y de los lugares de estos en esos mundos, a causa de las posiciones que ocupan en el aparato cultural, y a causa de lo que el trabajo que hacen allí significa para ellos, para sus destrezas, sensibilidades y capacidades de razonamiento, (1967: 406).

Según Mills esta capacidad del intelectual de ser experto en la manipulación de un tipo de símbolos, hace que, aunque por sus orígenes sociales, su situación económica, e inclu-

so por la valoración social de su status el intelectual aparezca situado en las clases medias altas, sin embargo su conciencia de clase y sus compromisos políticos no estén identificados con ninguna clase en particular. Empleando la metodología marxista, Mills sostiene que en realidad fueron los "trabajadores culturales" los que dieron expresión racional a la conciencia de clase, pero que ellos "no son una clase en sí mismos ni para sí mismos; sus adhesiones políticas no son homogéneas ni constantes; están dentro de todas las clases y partidos y entre ellos" (1967: 142-145). A pesar de la aparente influencia de Mannheim en la tesis de Mills, va más allá al asumir directamente la conexión potencial del intelectual con cualquier interés de clase; al situar el papel del intelectual dentro de los intereses de clase, y no por encima de ellos como acaba sosteniendo Mannheim.

#### El peso de la clase media tradicional

Nuestra hipótesis es que los intelectuales políticos españoles aquí estudiados tienen su origen en un sector concreto de la estructura de clases. Sus primeros pasos educativos, y puntos de partida intelectuales o no, se producen en sectores localizados del sistema de estratificación y de clases. Consecuentemente, sus intereses y com-

promisos no se fragmentan en intereses hacia todos los estratos que componen la estructura de clases, sino que es observable un constante apoyo a fuerzas de clase antagónicas, cualesquiera que sean las clases en pugna. En la historia española contemporánea podemos analizar una línea de "intelectuales tradicionales" y otra de "intelectuales orgánicos", siguiendo la metodología de Gramsci. Lo relevante es que esos tipos de intelectuales se definen específicamente en función de las alianzas y situaciones de hegemonía entre las clases y su expresión política. Analizamos aquí sus orígenes de clase y posición social, y posteriormente la definición política de su papel.

Está aún por hacer un estudio analítico completo de la dinámica de las clases sociales en España. No obstante a partir de ciertos trabajos de la sociología y la historiografía española actuales es ya posible obtener una idea somera. Puede deducirse de estas investigaciones la idea del importante papel que las clases medias, tradicional y nueva, han jugado en la historia contemporánea española, en sus relaciones con la burguesía y las fuerzas obreras.<sup>15</sup> En la estructura urbana de clases, el papel de las burguesías--financiera e industrial--y de la clase obrera ha sido desigual; otro tanto puede decirse de las clases rurales tradicionales, terratenientes, pequeños cultivadores y jornaleros. En cambio, dentro de esta estructura, las clases medias han protagonizado buena parte de la toma de decisiones políticas, culturales, y burocráticas en la España actual. El informe FOESSA señala que:

Los vicios y las virtudes de las clases medias han sido constantemente identificados en España con los de la sociedad toda. En este sentido la importancia social de la clase media es, desde luego, muy superior a lo que indica su peso numérico. En España se puede decir que lo llena todo. La mayoría obrera ha asistido siempre con una actitud pasiva (que repentinamente se trocaba en estallido revolucionario) al espectáculo de la vida económica, política, cultural, etc., que oficialmente se representaba por las clases medias como únicos intérpretes. Con todo, surgen críticas muy hondas de los que pudiéramos llamar "mito de las clases medias", (1970: 559).

En la España contemporánea no hay una clase burguesa lo suficientemente sólida económica, ideológica, y numéricamente <sup>16</sup> capaz de concentrar el poder económico y el político y protagonizar el desarrollo y el cambio social en la dirección de una revolución burguesa. La historia del siglo XIX español y de la primera mitad del XX son una prueba de ello. Sólo a partir de la década de 1950 puede afirmarse con cierto rigor el peso de la burguesía en la vida económica y política del país. En la España anterior a la guerra civil de 1936-1939 la caída de las estructuras semi-feudales del antiguo régimen no lleva consigo totalmente la hegemonía de la burguesía sino la de la clase media antigua o tradicional, que llena el vacío de la monarquía absoluta y las viejas aristocracias. A fines del siglo

XIX y en las primeras décadas del siglo XX el empuje agresivo de un obrerismo organizado, política y sindicalmente, y la presencia de unas precarias burguesías no hace, en el caso español <sup>17</sup> sino reforzar el papel de la clase media tradicional. Posteriormente, las tensiones sociopolíticas entre esta clase, la clase media nueva (cuadros medios y altos de la industria y los servicios no poseedores de los medios de producción, y profesionales) y la burguesía definirán el cuadro de fuerzas en que se basa en la España actual. Hacia los años cuarenta la estructura de clases sufre notables alteraciones en cuanto a su expresión política, con el fracaso de la experiencia republicana. Políticamente un sector importante de la burguesía permanece en condiciones de crisálida, y poco a poco va consolidando sus posiciones políticas, pero de nuevo, sin ser lo suficientemente hegemónica como para detentar el poder político total.

A partir de 1940 la clase obrera, la clase burguesa politizada conservadoramente (pero dentro del juego democrático), y la clase media progresiva, pierden sus cuadros de liderazgo, sus órganos de movilización social y, en suma, ven notablemente mermado su papel. El cambio viene definido por la presencia de la clase media-tradicional, de los propietarios de la tierra, y del sector más conservador de la burguesía industrial, de nuevo en el poder. La estructura política del estado franquista, primero mimetizada por los fascismos europeos, y más tarde española, deviene un autoritarismo corporativo que realiza una síntesis singular: la de integrar en este marco político al funciona-

riado, al Ejército, a la burguesía industrial y terrateniente, y a la jerarquía eclesiástica. En la década de los cincuenta el papel de la clase media tradicional comienza a decaer como consecuencia de la internacionalización del mercado español, las relaciones diplomáticas del régimen, y los procesos desagrarizador e industrializador. Comienza así a jugar un papel decisivo la clase media nueva en (cada vez más) estrecha relación con la burguesía. Como expresión política de estas alianzas aparecen los tecnócratas, ideólogos, y administradores de los nuevos intereses de clase. Hay así una clase que detenta la propiedad de los medios de producción industrial y financiera (la burguesía), y un bloque empresarial de los que no poseen esa propiedad material, pero que monopolizan cada vez más unos poderes específicos: la capacidad técnica, el conocimiento profesional, y el control burocrático de las organizaciones públicas y privadas en estrecha unión con la burguesía. La mejor prueba de esta dialéctica es la importancia que a partir de 1959 toman el desarrollo y la educación como objetivos ideológicos de las nuevas clases medias y sus fracciones burocráticas como elemento legitimador del régimen político. Como ha señalado Ridruejo, se hace muy difícil entender la caída de la república en 1939 y la duración del estado franquista sin tener en cuenta el papel de la clase media tradicional, sus transformaciones y sus alianzas con las otras clases dominantes.<sup>18</sup>

El papel y las biografías de las generaciones de intelectuales aquí estudiadas aparece coherente con la diná-

mica de clases anteriormente descrita. Un primer dato es el lugar de nacimiento de los padres de los intelectuales. En la Tabla 4.1 se observa que el origen de la generación paterna se distribuye a lo largo de la España rural, tanto de las formaciones de pequeña propiedad (Sierra, Aragón, León, Galicia) como de las estructuras latifundistas del sur. Además es destacable el peso relativo de Madrid y el área mediterránea (Barcelona y País Valenciano). Un 12% de los padres y un 7% de las madres de la muestra de intelectuales nacieron en Madrid. Recuérdese que en Madrid nacieron un 14% de los ensayistas políticos. Además un 16% de los padres de los intelectuales emigraron a Madrid. Del 72% restante que no nació ni emigró a Madrid encontramos alrededor de un 60% que tuvo que trasladarse al menos una vez a residir fuera de su lugar de nacimiento por motivos de trabajo. Lo anterior supone que la movilidad geográfica estaba ya en la anterior generación a la de nuestros ensayistas.

Un grado más de concreción del origen social del grupo estudiado viene dado por el nivel de educación de la generación paterna. Interesa tener en cuenta este dato no sólo como indicador de posición social, sino en la medida en que ayuda a entender el ambiente socializador de los futuros intelectuales políticos. El nivel de estudios alcanzado por el padre se distribuye en los siguientes porcentajes:

Tabla 4.1

Región de nacimiento de los padres  
de los intelectuales políticos

Región de nacimiento:	Del intelectual:	
	Padre:	Madre:
Madrid	12 %	8 %
País Valenciano	12	10
Sierra	10	8
Barcelona	8	10
Aragón	8	5
León	8	8
Galicia Interior	8	8
Andalucía Occidental	8	13
Andalucía Oriental	8	8
Navarra	2	3
País Vasco	2	5
Asturias	2	3
Galicia Costera	2	5
Extremadura	2	-
Central	2	3
Murcia	2	-
Baleares	2	3
TOTAL	100 % (39)	100 % (38)

Fuente: Encuesta a Intelectuales Políticos. Madrid, 1973.

No fué a la escuela	3%
Primaria completa	25
Bachillerato incompleto	5
Bachillerato completo	8
Estudios de grado medio	6
Estudios superiores	52

Es destacable el que una mayoría de los padres de los intelectuales políticos realizó estudios superiores. En la población activa la proporción de población con estudios superiores en 1970 era menor de un 3%. Lógicamente este porcentaje es incluso menor para la cohorte de la que estamos hablando. En general, la carrera más estudiada por los padres de los intelectuales, que tienen estudios universitarios, es la de Derecho. Obsérvese que la distribución de los porcentajes en los datos sobre nivel de estudios es bimodal. Ahora bien, el mejor indicador de origen social es la profesión u ocupación paterna. Las profesiones de los padres de nuestros entrevistados son, las típicas desempeñadas por la clase media tradicional en sus estratos alto y bajo; (en porcentajes):

Altos funcionarios	2%
Catedráticos de Universidad	9
Funcionarios de carrera y militares de alta graduación	25
Profesiones liberales	14
Grandes empresarios, gerentes, alta dirección	10
Grandes y medios propietarios agrícolas	5

Pequeños empresarios y comerciantes	11
Empleados de servicios	16
Pequeños agricultores, propietarios	5
Obreros manuales	2

Los orígenes de clase y las primeras etapas de la socialización aparecen nítidamente relacionados con los estratos más elevados de la clase media tradicional. Los orígenes de clase no son, pues, heterogeneos: altos funcionarios, funcionarios de carrera, y militares por un lado; catedráticos de Universidad por otro; y profesionales liberales, en tercer lugar, dan una idea de la relación del grupo de intelectuales políticos con la clase dominante en la España contemporánea. Se observa además el peso, relativamente débil, de la clase media nueva y/o sectores de la burguesía (9% de grandes empresarios, gerentes y alta dirección). El peso de los estratos medios de la clase media antigua también es notable, y, por tanto, coherente con la idea de partida.<sup>19</sup>

Estos datos básicos sobre los orígenes de clase de los intelectuales políticos españoles nos llevan a tomar con reserva la tesis de Mannheim de que las intelligentsias son una suerte de "estrato intersticial" por encima de las clases. Esto no se comprueba en la estructura española o en el mundo latinoamericano como ha demostrado Marsal. Mannheim analiza la intelligentsia como un grupo flotante entre las clases, situándolas en el proceso histórico que va de las antiguas aristocracias a las modernas burguesías:

"En cierto sentido, los intelectuales son renegados que han abandonado la condición social de sus padres. Este hecho nos obliga a tomar en consideración las circunstancias de su desvinculación social y las correlaciones subsecuentes a la apostasía de la primitiva clase". La conclusión que desprende esta tesis es que: "Los intelectuales, sin experiencia en el pensamiento sociológico, tienen que llegar a hacer frente a la alternativa clasista o no clasista, para descubrir su propia nulidad; pues desde el momento en que no constituyen ninguna clase, con seguridad tienen que ser una no-identidad social" (1956: 204 y 153). Hemos separado estos dos párrafos para evidenciar cómo Mannheim emprendiendo una línea de análisis fructífera (el intelectual apostatando de su clase de partida) cae en un idealismo que contradice sus propios supuestos (el intelectual como una no-identidad social). Indudablemente la coyuntura histórica desde la que Mannheim escribe condiciona notablemente su análisis; en aquellos años el desgaste de las democracias occidentales es creciente. Para los propios intelectuales la intelligentsia aparece como una clase internacional no ligada a los intereses del capitalismo y cuyo papel es el de ser autoconciencia (Mannheim) o subversión (Mills) del proceso histórico. Paradójicamente, Mannheim partiendo de unos supuestos estructurales marxianos para entender la vida intelectual, acaba adoptando un cierto reduccionismo culturalista cuya metodología no permite ir más allá de la estructura interna de un grupo intelectual o un estilo de pensamiento, a la hora de analizar al intelectual. Como ha señalado Marsal parece más útil analizar a los intelec-

tuales como formando una "subsociedad con algunas difusas tradiciones comunes [integrada] por un conjunto de grupos primarios ideológicos de diversa raíz social y opuestos entre sí" (1970: 147). Efectivamente los intelectuales políticos en España se presentan como una subsociedad o subcultura anclada en las clases dominantes. Es evidente que en determinadas coyunturas los intereses de los intelectuales pueden no coincidir con los de su clase de origen e incluso con su propia posición. Pero en ningún caso aparecen como una "no-identidad social" (Mannheim), o solamente condicionados por el "aparato cultural" (Mills). La posición del intelectual quedará enteramente definida por su socialización, profesión, y compromiso ideológicos y políticos.

#### Familia versus sociedad en la formación de la vocación

El análisis de cómo incide el proceso de socialización en las biografías de los intelectuales políticos exige dos respuestas previas. Desde el punto de vista de su "vocación" intelectual, analizar el papel que representa el ambiente familiar en ese proceso. En segundo lugar tratar de detectar qué grupos sociales o instituciones son los vehículos de ese proceso socializador, como complemento

de la socialización familiar o como punto de arranque de su biografía intelectual. Como vimos antes el marco general de clase en que siguen sus primeros pasos es el de la clase media tradicional en sus estratos bajos y altos. En principio, esto hace suponer que las motivaciones intelectuales en el marco familiar, dependieron de la profesión paterna y se orientaban en una dirección determinada (transmisión de valores de clase, motivaciones a alcanzar, el status paterno). Además hay que partir del hecho de que las posibles instituciones que intervienen en su proceso de socialización giran en torno a la situación de clase en que están inmersos. Vamos, pues, a detenernos en las autoimágenes de cómo y en qué contexto concreto comenzó a despertar el interés por la "vocación" intelectual o, como dice Mills, su especialización en los signos de continuidad y apoyo o crítica del aparato cultural.

Un primer grupo a analizar es los que declaran no haber tenido ningún contacto con la vida intelectual en su familia. Algunos de ellos realzan el papel que en sus respectivas vocaciones jugó la Universidad, preferentemente sobre otras instituciones. Dentro de este grupo, a unos el acceso a la vida intelectual les fué posibilitado por relaciones de discipulado; en otros mediante un trabajo de autodidactismo y contactos más o menos indirectos con otros grupos. Aranguren relata así su falta de relación con la vida intelectual en familia:

5 Nací en el seno de una familia burguesa acomodada [...] Mi vida transcurrió en la infancia sin la menor comunicación con la vida intelectual tomando la expresión en su sentido más amplio; y aunque personalmente mi recuerdo del colegio sea muy grato, no hay duda de que, salvo excepciones los jesuitas españoles entonces [...] no eran los más aptos para ampliar el horizonte intelectual de un chico estudioso y serio, a la vez que sumiso. Así, la primera autoliberación que hube de llevar a cabo fué del medio familiar y colegial, de la educación conformista y conservadora, estrecha de miras, de todo o casi todo lo que me había rodeado [...] Bueno o malo soy, pues, sin duda, el primer intelectual, cronológicamente de la familia. Pero ser intelectual ¿no consiste siempre, de pronto, en poseer la capacidad de independizarse del ambiente espiritual al que se pertenece y de ponerlo en cuestión? En mi caso se trataba de la situación familiar, de la educación recibida, del conformismo político--o apolítico como era uso en muchos hogares burgueses--y de la clase social. El proceso fué lento, (1969b: 35-37).

En otra parte de sus Memorias queda explícito el ambiente de su despegue como intelectual: la entrada en la vida universitaria, su autodidactismo (como el de tantos otros intelectuales españoles) sus contactos con D'Ors, y sus reu-

niones con escritores cuyos nombres pesaban en la vida intelectual del tiempo: Vivanco, Rosales, Valverde, Laín; así como el impacto de la Guerra Civil. Continúa Aranguren:

La Universidad me dió claridad de disciplina intelectual, me dotó de instrumentos mentales de trabajo, me abrió nuevas perspectivas espirituales [...]. Sin embargo hasta la guerra civil no logré la concentración, la, para repetir la expresión orteguiana, asistencia a mi propia existencia. La gran desgracia que fué la guerra constituyó inmensa fortuna para algunos: les dió promoción, honores, poder. También convirtió en intelectuales a muchos que no lo habrían sido nunca o habrían llegado a ser reconocidos como tales bastante más tarde, (1969: 38-39).

La biografía intelectual de Aranguren es típicamente universitaria y se desarrolla a partir de contactos con grupos de falangistas, católicos liberales, y otros círculos de la vida intelectual como la Revista de Occidente.<sup>20</sup>

Enrique Tierno Galván, también una biografía típicamente universitaria y autodidácta, expone su ambiente familiar de esta forma: "Originariamente pertenezco a una familia de campesinos de Soria [...]. Durante muchos siglos mis antepasados fueron una familia podríamos decir estática, ya que la primera generación que salió del pueblo fué precisamente la que corresponde a mi padre [...]. Estos labradores que eran mis padres se trasladaron a Madrid, sin más

bienes que los que les correspondían por la propiedad territorial y por una pequeña pensión que le daban a mi padre como ex-combatiente de la guerra de Cuba." La identificación ideológica de su medio familiar es la de "un liberalismo acentuado y crítico, como corresponde en cierto modo al campesino soriano, que ha sido siempre de una mentalidad crítica y liberal."<sup>21</sup>

A pesar de los diferentes currícula de Aranguren y Tierno, en ambos intelectuales coincide una notable preocupación por las ciencias humanas como método y plataforma de observación de la realidad, su compromiso político, una evolución intelectual radical, y una obra escrita influyente en las actuales generaciones universitarias. Ambas biografías se realizan al margen y aún contra su primera educación; se desarrollan a partir de la Universidad. En su madurez evolucionan hacia posturas radicales y críticas del orden social y político. La expresión que mejor sintetiza el doble papel de maestros e intelectuales jugado por Aranguren y Tierno es, la de maître à penser. Su papel aglutinante ha influenciado la filosofía y las ciencias sociales dentro del país.<sup>22</sup> Por otra parte habría que subrayar que con Tierno, junto con otros intelectuales como Manuel Sacristán, se inicia por primera vez en España, un pensamiento marxista y una observación de la realidad española desde ese punto de vista.

La influencia de Aranguren en filosofía y ciencias sociales cristaliza en discípulos como Rubert de Vantós,

García San Miguel, García Ortega, Gomez Llorente, Cerezo, Javier Muguerza, Sanchez de Zavala, Gracia, y Perez Diaz. Tierno ha contribuido, en la línea que especificábamos atrás a la formación de intelectuales como Morodo, o Elías Diaz.

Como señala Kadushin cada campo de la actividad humana tiene un método regularizado para identificar a sus miembros (1974: 8). Podemos así argumentar que la certificación de un intelectual se realiza a través de un círculo intelectual o de otros intelectuales, ya sea en el marco de la Universidad o fuera de ella. La diferencia entre ambos intelectuales (y su generación) con sus discípulos posteriores es que la guerra civil provoca en los primeros una ruptura con el pasado lo que les hace aparecer como una generación más autodidacta y sin raíces fuertes. Ello es evidente sobre todo en los intelectuales no republicanos o izquierdistas, o en los que aún no tenían claramente definida su vocación.

En el grupo de intelectuales típicamente universitarios tenemos ejemplos como: Marías, Garagorri, Elías Diaz, y Tamames. Marías es un caso ilustrativo de maestro universitario fuera de la universidad española; intelectual independiente integrado en círculos liberales como Revista de Occidente; discípulo directo de Ortega y codirector con él del Instituto de Humanidades (fundado en 1948). Marías ha expuesto brevemente sus relaciones intelectuales y humanas en su libro Filosofía española actual:

Unamuno, Ortega, Morente, Zubiri son--junto con José Gaos--mis maestros. Unamuno en su sentido más lejano, en la forma en que ha sido durante muchos años maestro de buen número de españoles, con una mayor cercanía procedente de algún trato personal, allá, en 1934, y de una tenaz meditación de sus escritos; los otros tres, en una relación asidua y próxima de muchos años, hecha de filosofía y amistad cordial [...]. Fué Ortega el llamado a realizar entre nosotros esa misión intelectual [...]. Por eso, desde él, hay filosofía rigurosa en España, y hay, por añadidura, esa forma de filosofar, la más eficaz de todas, que es la escuela, (1963: 9-12).

Dentro del grupo de intelectuales que se realizan preferentemente al margen de la Universidad, encontramos una serie de biografías diferentes y heterogéneas, que siguieron derroteros intelectuales diversos. Un denominador común es su despegue intelectual en la línea de un falangismo liberal. Los círculos intelectuales más conspicuos son las revistas falangistas Escorial, Alcazar, Destino, o las del SEU: Alferez, La Hora; e instituciones falangistas-oficiales como el Instituto de Estudios Políticos. Uno de los protagonistas de este grupo que evolucionó luego hacia posiciones democráticas y críticas es Ridruejo. En su Escrito en España (publicado en 1962), Ridruejo ha dejado el inventario de sus diversas experiencias socializadoras, sus primeros compromisos políticos e intelectuales con el

régimen, y su ruptura y evolución a planteamientos democráticos. Así, relata:

Tenía yo 18 años cuando fué proclamada en España la República Española, 21 cuando se fundó Falange Española--a la que prontamente dí mi adhesión-- , 23 cuando se desencadenó la guerra civil y 24 cuando cayó sobre mí--sin que yo lo desease ni poco ni mucho--el primer cargo ejecutivo de responsabilidad [...]. Mis primeros veinte años habían sido, por así decirlo, prehistóricos, desde el punto de vista político. Ni de mi casa, donde yo era el único varón, ni de mi pequeña villa episcopal, donde el correr de la historia era casi insensible, ni de los diversos internados donde había ido cursando mis estudios, incluidos los superiores, había podido yo recibir estímulos para interesarme por aquellos asuntos. Mi educación había sido tradicional y conformista y mis reacciones personales--como es normal--rebeldes e interrogantes [...]. Fué, sin duda, el clima de intensa politización desencadenada por la experiencia republicana el que, invasoramente, acabó despertando en mí las inquietudes de ese orden que sólo de un modo intelectual y abstracto--a través de mis desordenadas lecturas y de mi sentimentalismo generoso--se me habían insinuado, (1964: 11-13).

Siguiendo caminos diferentes y partiendo de distintos supuestos, pero siempre dentro de este contexto concreto de las revistas y círculos del falangismo liberal intelectual (como Escorial) aparecen en una primera generación intelectuales como Laín y Antonio Tovar. Paralela a ella podemos situar a Javier Conde, Jesús Fueyo, Manuel Fraga Iribarne, y Carlos Ollero en torno al Instituto de Estudios Políticos. Posteriormente surge una segunda generación que incluiría los nombres de José M<sup>a</sup> del Moral, Ruiz García, Juan Velarde, Alfonso Sastre, Josep Meliá, Gabriel Elorriaga, y Manuel Cantarero, de entre los intelectuales que constituyen nuestra muestra. Laín ha reflejado expresivamente el desencanto del intelectual socializado tradicionalmente y cuya única salida en el contexto de la postguerra parecía ser la lealtad incondicional al régimen: "Con ingenua ilusión adolescente comencé creyendo que el problema básico de la cultura y la vida española podría ser resuelto por la asunción unitaria de sus diversas tendencias en una empresa superadora. Viví luego, fugazmente, la esperanza--acaso ya táctica y mellada--de un pluralismo unitario o por representación. Y desde hace no pocos años, por obra conjunta de la experiencia y de la reflexión, he llegado a la firme convicción de que no puede haber verdad y calidad suficientes sin un pluralismo auténtico, tanto en la cultura como en la vida; esto es, sin un modo de la convivencia civil en el cual cada uno pueda ser públicamente lo que, realmente, es."<sup>23</sup>

La gama de instituciones que posibilitan la socialización de los intelectuales políticos de postguerra está

cooptada por el peso de la vida oficial del régimen. Como dice Ridruejo por esa época tanto la vida privada como las alternativas al poder político no eran viables, salvo como proyecto. Pero no hay que olvidar que el sustrato ideológico de la política de esa época estaba formulado precisamente por intelectuales políticos, algunos de los cuales se mantienen aún en sus posiciones primitivas. Otros, ocupan hoy diferentes lugares en la oposición al régimen. Las instituciones que integraron a los intelectuales de la muestra son, a parte de las citadas más arriba, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas o CSIC (y la Revista Arbor), los propios órganos de la Administración, los diarios, y las revistas y centros culturales no oficiales pero oficializados. Curiosamente esa gama de instituciones reunieron en torno a sí una notable proporción de ideólogos políticos. Como señala Elías Díaz: "Paralelamente a ese fuerte control y rígido dirigismo oficial (que intentará en cierta medida institucionalizarse a través de la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas), se fomentará asimismo en esos años una muy dura campaña, no sólo de crítica, sino también de directa acusación contra los intelectuales liberales de inmediato pasado español, críticas y acusaciones que con relativa frecuencia no se preocupan por ocultar su trasfondo indiscriminadamente anti-intelectual." (1973b: 113) Enseguida vienen a las mentes nombres que han madurado y comienzan a hacerlo en ese contexto y época: Juan Beneyto, Alfonso García Valdecasas, José Corts Grau, Torcuato Fernández Miranda, Rafael Calvo Serer, Florentino Pérez Embid, Fernández de la Hara,

y Adolfo Muñoz Alonso años más tarde, por el lado oficial e ideológico en el poder. Por ejemplo el menendez-pelayismo y autoritarismo ilustrado del joven Calvo Serer se gestó en este contexto y concretamente dentro del CSIC. El mismo reconoce sus orígenes: "Nacido en una familia de cristianos viejos, mi formación fué de signo tradicional. Hijo de un obrero metalúrgico, que había sido uno de los líderes del sindicalismo católico en Valencia y después creó una modesta industria, me eduqué entre gentes de derechas". (1968: 162) Calvo Serer evoluciona hacia posiciones críticas, y de oposición dentro del sistema. Su biografía intelectual representa el desencanto del intelectual político, característica común del grupo que venimos estudiando.

Una interpretación más meticulosa de la realidad intelectual de la España actual, nos lleva a ver que ni todos los intelectuales (que lo eran, qua ideólogos) eran legitimadores del régimen, ni todos los que hoy han arribado a posiciones críticas partían de una ideología izquierdista. Pero observando atentamente la evolución de las relaciones de la élite intelectual con la élite política es sostenible un cierto vacío intelectual progresivo del régimen, sobre todo a partir de 1950-al menos desde el punto de vista de una labor intelectual conspicua y de cierto peso en la comunidad internacional. Esto no quiere decir que el Régimen no pueda exhibir sus propios ideólogos actualizados y con notable consistencia ideológica; por ejemplo: Fernandez de la Mora, Lopez Rodó, Emilio Romero, Carlos Iglesias Selgas, Fueyo, Fernandez Miranda, Martinez Esteruelas, Blas

Piñar, y Adolfo Muñoz Alonso, entre los más representativos de una segunda generación. De dos de estos conspicuos ideólogos del régimen ofrecemos los testimonios de su ambiente intelectual de partida: Muñoz Alonso y Emilio Romero. Son personas de orientaciones diferentes, pero curiosamente unidos por sus relaciones con el mundo de la información, la organización sindical, y la Vicesecretaría de Educación Popular. Las primeras etapas de Muñoz Alonso quedan reflejadas en el siguiente texto biográfico: "A los diez años ingresa en el seminario de su provincia; más tarde siguió los cursos de filosofía y teología en la Universidad Gregoriana. No fué ordenado. En 1936 se le encuentra en las primeras filas del ejército de Franco. Una vez terminada la guerra civil se especializa en filosofía y obtiene el doctorado en 1944 con una tesis sobre La idea de Dios en los filósofos griegos."<sup>24</sup>

Otros casos de socialización intelectual extrafamiliar no encajables directamente en las líneas anteriores, pero ilustrativos por el rechazo (en el sentido de Aranguren antes expuesto) de ese ambiente y del contexto en que estaban insertos, son los de Carandell, o los del escritor católico Enrique Miret, ambos pertenecientes al círculo intelectual de la revista Triunfo. Carandell expresa así el inicio de su biografía profesional (Encuesta a intelectuales políticos, 1973):

Yo pertenezco a una familia de clase alta y tradicional en el contexto de la Barcelona de los años 30-40. La experiencia--como rechazo--que recibí de este ambiente es clave. Salí de Barcelona casi escapado y eso fué mi liberación.

Fuí y soy periodista--ese es mi género--recorrí un buen trozo de mundo y después empecé a componer y escribir Celtiberia Show, aunque no sé como llegué a esto. Quizás debido a mi indiferencia ante las cosas, la realidad, actitud que yo adopté sin esfuerzo y que significa intelectualmente distancia para comprender las cosas, y no desprecio por ellas.

Por otra parte el progresismo católico de Enrique Miret parece haber tenido un punto de partida congruente. Señala Miret (Encuesta de intelectuales políticos): "Yo viví de adolescente y de joven en mi familia un curioso pluralismo y contraste que, de una u otra forma, ha debido influir en mi biografía intelectual. Por los 16 años pude apreciar que una mitad de mi familia estaba constituida por personas clericales, de derechas, y la otra mitad por personas no clericales, aunque religiosas, y más abiertas. Un dato importante, las personas de derechas de mi familia no eran cultas, no tenían ningún atractivo intelectual. La otra mitad sí. Estas experiencias, mi formación tecnológica posterior, y el ambiente de la guerra civil y la postguerra decidieron mi sentido crítico y lo que hoy intelectualmente soy."

También en el grupo de los intelectuales que han tenido un ambiente familiar de motivación intelectual se observa una cierta heterogeneidad; siguen distintas líneas políticas e intelectuales y pertenecen a distintas cohortes. Reseñamos aquí el caso de José María Gil Robles, ex-ministro de la Segunda República, antiguo líder de la CEDA, y hoy líder de uno de los grupos democristianos de la oposición al régimen:

Mi formación intelectual la debo, primero, a mi padre aún cuando lo perdí de muy niño. Mi padre me inculcó la afición a los estudios clásicos y fué mi profesor de latín a los siete años.<sup>25</sup>

Pertenecía mi padre a la categoría de aquellos recios castellanos de inflexible firmeza de conducta [...]. Profesor de Derecho Político aceptó la representación que le brindaron los carlistas de Navarra y fué elegido diputado a Cortes por la circunscripción de Pamplona en 1903.

Sin mengua de su espíritu aquilatadamente selecto, era mi padre demócrata en lo más profundo de su alma.<sup>26</sup>

De estos testimonios pueden ser extraídas las siguientes conclusiones: en general, el contexto familiar en que se produce la primera socialización del grupo es, el de la clase media urbana tradicional, aunque ellos personalmente la llaman "burguesía media" o "ambiente burgués tradicional."

De los testimonios extraídos, la minoría que responde haber tenido un ambiente familiar que les motivó intelectualmente coincide en gran medida con el tipo de profesión paterna, en general, los profesionales liberales o altos cargos en la Administración. La conclusión principal es que el contexto familiar mantiene una relación causal menor con la ideología actual de los intelectuales que el proceso de socialización posterior. Esta relación es mayor en las cohortes más jóvenes.

El parón político y económico que representa la guerra civil de 1936-1939 atrasa la aparición de intelectuales provenientes del medio más burgués. Amando de Miguel lo ha sugerido con el grupo de sociólogos: "es en un medio burgués donde debe surgir con más probabilidad la Sociología, pero [...] en un país como España, sólo ha podido desenvolverse a partir de una élite intelectual de corte humanista y literario" (1971a: 71). Los intelectuales mantienen un carácter humanista pequeño-burgués normalmente reactivo contra su propia socialización. Esta afirmación se completa con el análisis de sus primeras experiencias educativas.

Conciencia y realidad de las primeras  
experiencias educativas

Las élites dirigentes--políticas e intelectuales--siguen la pauta general de una educación basada en modelos tradicionales e impartida por instituciones tradicionales (particularmente religiosas). Esta educación se basa en una cultura humanística congruente con el papel político a que esas élites están llamadas a desempeñar. En una sociedad en la que el sistema educativo ha venido siendo una de las piezas claves del poder autoritario, con el control directo de las instituciones religiosas, la educación aparece como el mecanismo más eficiente de transmisión de los valores, ideologías, e intereses de ese complejo sociopolítico y religioso. Como ha señalado uno de los intelectuales de la muestra el sistema educativo se caracteriza por su clasismo, ritualismo, y conservadurismo (A. de Miguel, 1974b: 429-30); es además una fuente eficaz de socialización los valores nacionales sobre la religión, la familia, la política, y una visión específica de la ciencia. En una palabra, montando el sistema educativo para la educación de las clases dominantes en el contexto de una estructura social tradicional, este sistema no transmite un cuerpo de conocimientos técnicos (en el sentido anglosajón de technical knowledge), es decir no es un mecanismo de cualificación de la población activa en todos sus niveles sino más bien un amplio canal socializador de unas minorías cuya posición en el sistema de status y poder está previamente

décidida por la posición social familiar y de clase de que parten. ¿Como se define pues la conciencia de los propios intelectuales sobre el sistema educativo en que han estudiado?

Relacionando el binomio instituciones-educación Arenguren sostiene que la ausencia de una educación creativa produce, en sistemas autoritarios, una mera cultura de adorno:

Si viviésemos en un país totalitario 'en forma', el Estado aspiraría a imponer a la sociedad una cultura (en el sentido axiológicamente neutral). Es lo que se intentó al acabar la Guerra Civil. Pero pasaron aquellos tiempos y el Estado se transformó en autoritario lo que, en este contexto, quiere decir que se valió de todo objetivo cultural positivo para limitarse al control [...] El objetivo negativo de impedir el cambio--político, social, económico--exige una detención de la cultura viva, lo que se consigue por la censura; limitándola a ciertas minorías consideradas irrecuperables mediante mecanismos que impidan su difusión [...] y junto a esta labor negativa, fomentando la cultura de adorno, que da prestigio y no molesta, (1968c: 169).

Esta situación, tiene raíces, consecuencias e implicaciones claras que están siendo sometidas a un proceso de cambio

social y crítica. En 1960 el sistema educativo permanece aún cualitativamente inalterable. La conciencia de la precariedad del sistema educativo español y, paralelamente, la de su valor como motor del cambio social es clara entre los intelectuales españoles desde los institucionistas y costistas del siglo XIX hasta los intelectuales actuales. La conciencia de la educación española reflejando el contenido de la estructura social misma ha sido una de las tesis de Tierno:

La Universidad [dice después de un examen del "principio de autoridad" en la educación] ha sido siempre disciplinadora y represiva; pero la represión ha tenido una justificación académica, social e ideológica que era aceptada por los alumnos. El profesor y el estudiante aceptaban de modo implícito que la Universidad reflejaba la estructura social, y que ésta poseía un orden permanente y progresivo. Si se acepta el orden que expresa la jerarquía de los valores tradicionales, resolviendo convencionalmente las contradicciones del sistema capitalista, se ha de aceptar la universidad establecida, (1972: 55).

Amando de Miguel ofrece una visión más concreta de las causas estructurales del sistema educativo; la clase dominante (concretamente la media urbana tradicional) y su sistema jerarquizado de valores es la raíz del problema.

Un análisis del "autoritarismo" y la "cultura de las formas" en la estructura social, explica la imposibilidad de los cambios y la permanencia de determinadas instituciones. No queda claro, sin embargo, que el autoritarismo político sea una consecuencia del sistema social. Según Amando de Miguel:

La cultura de las formas se inserta en todo un modo de convivir, que es el ámbito de la vieja clase media y que se podría sintetizar por la expresión cultura deferencial [...]. La forma es lo visible; la deferencia esconde el principio hondo de la sumisión a un sistema jerárquico. Los que mandan lo hacen siempre, esten o no de servicio. A este principio se ha venido sujetando la formación de la mayor parte de los españoles que han pasado por la escuela en los últimos cincuenta años [...]. todo lleva a pensar que en la temprana socialización de los españoles se han sembrado unos ingredientes autoritarios mucho más fuertes y congruentes de lo que luego se va a ver en el ejercicio del sistema político, (1972a: 119-20).

La hipótesis de este intelectual es que en el caso peculiar de España el autoritarismo social es mucho más fuerte que el autoritarismo político. Nos situamos, según este autor, ante una "sociedad autoritaria".

El peso de la enseñanza religiosa (mejor dicho, impartida por instituciones religiosas) es mayoritario en el caso de los intelectuales. La distribución porcentual del tipo de enseñanza recibida es:

Privada religiosa	75 %
Estatat	20
Privada laica	5

Además la enseñanza religiosa es en parte de élite: Jesuitas y Marianistas. En general el papel de la Compañía de Jesús a lo largo de la historia contemporánea ha sido muy relevante por su peso en la educación de las minorías dirigentes y su influencia en los centros de poder. Concretamente, las órdenes religiosas de que depende el centro en que estudiaron el bachillerato se distribuyen así:

Jesuítas	17 %
Marianistas	10
Otras órdenes religiosas	49
Institutos (estatales de Enseñanza Media)	20
Instituciones privadas laicas	5

Llama la atención que si el intelectual tiene por función la independencia, la crítica, la autoliberación personal como ejemplo de liberación colectiva, y en general, todo aquello que pertenece al mundo mítico de la insobornabilidad moral, en el caso español los supuestos de partida (clase, familia, socialización, y educación) son notablemente contrarios a esos valores éticos. La tesis de Aran-

guren es la necesaria autoliberación del medio familiar, educativo y político, como una necesaria catarsis del intelectual. Las heterogéneas biografías de los intelectuales políticos, ideológicamente dispares, nos ofrecen un abanico para controlar esta hipótesis. Esas autoliberaciones aparecen como el pre-requisito de su status intelectual una especie de "des-socialización" positiva, es presumible que acompañada de unos determinados costes personales. No se trata de presentar aquí la imagen del "ingenio iconoclasta y rebelde"<sup>27</sup> producto de una educación represiva, sino simplemente proponer que los procesos en las biografías de nuestros intelectuales políticos, son aparentemente contradictorios con los supuestos sociológicos desde los que esas biografías se proyectaron. Contradicciones que analizamos en el resto de este estudio.

#### Notas del capítulo 4

1. Nuestra intención no es transplantar mecánicamente las conclusiones que se extraigan del análisis de esta muestra al total nacional. Madrid como centro de las decisiones de la vida nacional en la historia contemporánea española constituye un contexto decisivo para acercarse a constatar empíricamente algunas líneas básicas de este sector de la intelligentsia.

2. Vease Román Perpiñá, Corolcía. Teoría estructural y estructurante de la población española (1964). Sobre los procesos y problemas de la urbanización en España puede verse también, Fundación FCESSA, Informe sociológico sobre la situación social de España (1970); Amado de Miguel, Manual de estructura social de España (1974b); Juan Díez Nicolás, "La urbanización y el urbanismo en la década de los 70" (1972); Mario Gaviria, Campo, urbe y espacio del ocio (1971); y Manuel Castells, Problemas de investigación en sociología urbana (1971).

3. Los datos que, a partir de ahora, citemos sobre "escritores españoles" proceden de la encuesta realizada por Ru-

bén Caba, Trescientos ochenta y nueve escritores españoles opinan (1971). Este trabajo está constituido por un conjunto de tablas estadísticas sin texto; recoge los datos biográficos básicos y las opiniones de una muestra estadística de escritores españoles "sobre candentes cuestiones de política nacional e internacional"--como dice el subtítulo--.

La muestra está constituida por 389 escritores, sobre un total de 1.251 escritores censados en la publicación Quién es quién en las letras españolas, editado por el Instituto Nacional del Libro español (1969).

4. Vease Jesús M. de Miguel et al. (eds.) Sociología española de los años setenta (1971), p. 24.

5. No es este un caso aislado y azaroso, sino una ley estructural y constante en las élites políticas, burocráticas, científicas, intelectuales, y profesionales dominantes en la vida española actual. En un trabajo pionero sobre las diferencias regionales en la estructura social española, Linz y de Miguel sostienen acerca del "madrileñismo estructural" de las élites que: "Las élites burocráticas y militar, que tan importante papel han jugado en la vida española, particularmente en el régimen autoritario, son reclutadas no tanto en la España burguesa, como en Madrid, en las clases medias tradicionales, y la baja aristocracia española. Grupos de élite, como el de abogados del Estado, son mas probablemente reclutados en Madrid." (1966: 301) La relación élite política-clase media tradicional con el peso de Madrid ha sido documentada en el trabajo del equipo DATA, Quién es quién en las Cortes (1969). Una de sus conclu-

siones principales es que: "Hay una cierta continuidad histórica que hace a Madrid el centro de la vida política y excluye a la región catalana; quedaba excluida también la región vasca en la Restauración, pero ello no es cierto ya por lo que respecta a la actual legislatura." Esta misma pauta se vuelve a comprobar en otros grupos profesionales, como en el caso de los ingenieros (vease FOESSA, 1970) y los sociólogos censados en Jesús M. de Miguel et alia (eds.), (1971) Para el caso de los sociólogos puede observarse que el 62 % tiene su residencia en Madrid y el 18 % en Barcelona, siendo así que sólo el 20 % y 13 % respectivamente nacieron en ambas capitales (p. 24).

6. Para la división en veinte regiones vease FOESSA (1970), capítulo 20.

7. Pedro Laín Entralgo, España como problema (1962), p. 444. Citamos aquí siempre la edición de Aguilar de 1962; la primera edición es de 1949.

8. Es bien conocida la figura intelectual de Carandell y sus aportaciones al análisis de la vida cotidiana, tradicional, y "celtibérica" españolas. El mismo considera que su nacimiento fué doble: "Nací en Barcelona en 1929, y volví a nacer en Madrid en 1947. Andando el tiempo, Madrid ha pasado a ser una ciudad española, pero en 1947 era todavía una ciudad separatista. Esta era, al menos, la sensación que asaltaba a los catalanes que llegábamos a la capital. Una ciudad que traía hortalizas de Valencia, el pescado de

Bilbao, la carne de Salamanca, el vino de la Mancha y los tejidos de Cataluña, y, sin embargo, ¡Una ciudad tan segura de sí misma!" Citado por Salvador Pániker en el prólogo a la segunda edición del libro de Carandell, Vivir en Madrid (1971: 5).

9. Nos referimos a: Laureano Lopez Rodó, Gonzalo Fernandez de la Mora, y Cruz Martinez Esteruelas. Lopez Rodó fué ministro del Plán de Desarrollo (1962-1972) y ministro de Asuntos Exteriores (1972-1973). Actualmente es embajador de España en Austria. Fernandez de la Mora es diplomático, fué ministro de Obras Públicas (1969-1972) y es actualmente director de la Escuela Diplomática. Hasta su cese han venido siendo los ideólogos tecnócratas y personas más influyentes del régimen. Martinez Esteruelas ha ocupado importantes cargos en la Administración Pública, y fué consejero del Banco de Crédito a la Construcción, de la Empresa Nacional Calvo Sotelo, y director gerente de la Fundación Juan March. Fué también Procurador en Cortes, Consejero Nacional del Movimiento por Teruel, y secretario del Consejo Nacional del Movimiento en la IX Legislatura. En junio de 1973 fué nombrado ministro del Plán de Desarrollo por Carrero Blanco. En el Gabinete de Arias Navarro figura como ministro de Educación y Ciencia. Está considerado como uno de los ideólogos y hombres eficaces (no tecnócratas) de la línea moderna del falangismo del Régimen.

10. Esto no presupone que el mundo rural no tenga sus ideólogos. La función ideológica aparece como algo estructu-

ral en cualquier grupo humano desde la formación social más primitiva a la más compleja. Ahora bien, la diferencia entre los ideólogos del mundo rural y la intelligentsia urbana en el sentido que aquí hemos dado al término es notablemente cualitativa. Además del grado de complejidad de las Weltanschauungen, y del grado de elaboración ideológica, los ideólogos en la ciudad escriben y difunden con los medios de comunicación sus ideas y en el mundo rural, por circunstancias obvias, la "sabiduría" y las normas son transmitidas oralmente, de una forma elemental, en el contacto directo de la vida cotidiana. Vease, sobre las diferencias entre los intelectuales rurales y urbanos, Gramsci, Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura (1971a), pp. 15 y ss.

11. Vease fundamentalmente Lenin, What is to Be Done? (1967).

12. Antonio Gramsci, Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura (1971a).

13. Antonio Gramsci, Il materialismo storico (1971c: 57).

14. Vease Karl Mannheim, Ideology and Utopia (1936), y "The Problem of the Intelligentsia" en Essays on the Sociology of Culture (1956).

15. De los últimos dieciocho años podemos citar como más significativos los siguientes trabajos sobre las clases sociales en España: Jaime Vicens-Vives et alia, Historia So-

cial y Económica de España y América (1957-59), vol.V; Francisco Murillo, Las clases medias españolas (1959); Antonio Perpiñá, "Cuantificación de las clases medias españolas" (1960); Francisco Fernandez, Las clases medias económicas (1961); Pierre Vilar, La Catalogne dans L'Espagne moderne (1962); Carmelo Viñas, La estructura dualística de España y sus posibilidades de reforma (1963); Juan J. Linz y Amando de Miguel, "Within-Nation Differences and Comparisons: The Eight Spains" (1966); Esteban Pinilla, "España: una sociedad de diacronías" (1966); Antoni Jutglar, Ideologías y Clases en la España contemporánea (1968 y 1969), vols.I y II; José Castillo, "Las clases medias ¿mito o realidad?" (1969); Fundación FCESSA, Informe sociológico sobre la situación social de España, 1970 (1970); José M. Maravall, El desarrollo económico y la clase obrera (1970); Antoni Jutglar, Historia crítica de la burguesía a Catalunya (1971 b); Miguel Artola, La burguesía revolucionaria 1808-1874 (1973); José M. Maravall y U. Martínez Lázaro, "Estratificación social y operacionalismo: unas notas críticas" (1972); Miguel Martínez Cuadrado, La burguesía conservadora 1874-1931 (1973); Salvador Giner, "Spain" (1971); Juan Díez Nicolás y Juan del Pino, "Estratificación y movilidad social en España en la década de los años 70" (1972); José Cazorla, Problemas de estratificación social en España (1973); José F. Tezanos et alia., Las nuevas clases medias (1973); Ignacio Fernandez de Castro y Antonio Goytre, Las clases sociales en España en el umbral de los años setenta (1974); Amando de Miguel, Manual de Estructura Social de España (1974b); José F. Tezanos, "Transformaciones en la estructura de clases de la sociedad española actual" (1974).

16. Esta es una de las tesis básicas de Jutglar; vease Historia crítica de la burguesía à Catalunya (1971b). El autor analiza los continuos repliegues de las burguesías hispanas y en especial de la catalana, precipitados por un lado por el agresivo jacobinismo de los gobiernos de Madrid, y por otro por la presencia de un obrerismo cada vez más potente (circa 1888 hasta 1936). Las causas hay que buscarlas en el nivel de desarrollo español y en los factores arriba citados. El resultado es la frustración sistemática de cualquier intento de revolución burguesa.

17. Dionisio Ridruejo describe así el papel histórico y peso del "macizo de la raza": "Esta gran masa media, no suficientemente levantada por la revolución liberal al nivel de masa ciudadana responsable, respiraba apoliticismo, apego a los hábitos tradicionales, temor a la mudanza, confianza en las autoridades fuertes y superstición del orden público y la estabilidad. Aparecía integrada por campesinos propietarios, pequeños y medios, por artesanos y pequeños industriales, comerciantes y rentistas, y asimilaba también en las provincias españolas a buena parte de la clase intelectual de las profesiones libres. Era el sector de la estructura general al que se solía llamar "el país" en los discursos electorales. Ocupaba el mayor espacio, y de su condición conformista, rutinaria, recelosa de toda idea nueva y de cuanto en la política fuera más que autoridad, orden y ordinaria administración, puede dar testimonio quien ha nacido en él. De este mismo ámbito sociológico se alimentaría por erosión, sin embargo, la lámina delgada de

burguesía y clase media ilustrada, intelectual o simplemente abierta a la erosión civil, que la revolución liberal había conseguido erosionar y distinguir del gran macizo inmovilista", (1964: 56-57).

18. Sostiene Ridruejo que el fallo definitivo de la República fue el ignorar el peso de esa clase tradicional: "Era un peso decisivo sin cuya valoración no es posible entender los acontecimientos de los últimos 35 años ni, particularmente, los de la guerra civil y la duración del franquismo [...] Cuando esa clase fué catalizada por los conspiradores antirrepublicanos con el instrumento del miedo a la revolución, exigió, como estaba en sus querencias, la aparición del taumaturgo violento que le devolviese la calma y no se limitó a pedirlo sino que se dispuso a pagar, con los restos de seguridad o comodidad que aún le quedaban, el precio que fuera necesario," (1964: 65).

19. El peso de las restantes clases es muy reducido. Hay que reseñar que sólo uno de nuestros entrevistados descende de una familia aristocrática; se trata de José <sup>de</sup> Areilza, conde de Motrico, líder de un sector de los monárquicos demócratas. Nacido en Portugalete en 1909, estudió Ingeniería Industrial en Bilbao, y Derecho en Salamanca. Intervino en el ejército de Franco, durante la guerra civil, como coordinador activo de las relaciones entre falangistas y carlistas. Fué alcalde de Bilbao en 1939 y desde 1947 hasta 1964 embajador en tres puestos clave: Buenos Aires, Washington, y París cesando de éste último cargo por renun-

cia personal. Fué también jefe del Secretariado político del Consejo privado de Don Juan, conde de Barcelona, hasta el momento de la disolución del mismo. Areilza describe su ambiente familiar verbatim: "Nací en el seno de una familia aristocrática y en el contexto de la joven burguesía provincial, industrial de España. La mía era una familia de médicos. Mi padre era médico amigo de Unamuno y de la generación del 98. Era un hombre liberal, excéptico, ponderado e irónico y un excelente profesional. Era además un hombre equilibrado, generoso y abierto con una excelente biblioteca (que hoy poseo) y una sólida formación intelectual. Este fué mi ambiente humano e intelectual y como consecuencia de él unos estudios, idiomas, viajes al extranjero y una línea humana abierta como correspondía al medio familiar en que me había educado." (Encuesta a intelectuales políticos. Madrid, 1973)

20. En este caso concreto remitimos a las Memorias y esperanzas españolas de José Luis Aranguren (1969b) donde quedan explícitas sus relaciones intelectuales, políticas y académicas, sus posteriores cambios, y su evolución intelectual al hilo de su obra.

21. Recogido por Sergio Vilar, "Enrique Tierno Galván" en Protagonistas de la España democrática (1968), p. 123.

22. Un análisis de la influencia de Aranguren y Tierno en las generaciones de sociólogos actuales se encuentra en Amando de Miguel, Sociología o subversión (1972b).

23. Recogido por Baltasar Porcel, "Pedro Laín Entralgo o las etapas de la esperanza" en Los encuentros. Primera serie (1969), p. 65.

24. J. Carreras y J. Tusquets, Apports hispaniques a la philosophie chrétienne de l'occident (1962), p. 194.

25. Recogido por Sergio Vilar, "José María Gil Robles", en Protagonistas de la España democrática (1968), p. 549.

26. José María Gil Robles, No fué posible la paz (1968), pp. 17-21.

27. Carandell siguiendo la tradición de la crítica social liberal, sugiere que: "En los colegios de chicos y especialmente en los internados de las órdenes religiosas se han fraguado grandes talentos escolásticos. Toda la clase dirigente española ha pasado por sus aulas y nuestra historia moderna está íntimamente ligada a estos grandes centros de enseñanza. De ahí han salido también muchos ingenios iconoclastas y rebeldes pudiendo afirmarse que, de no haber recibido en su juventud la educación que en aquellos colegios se impartía, serían hoy ciudadanos intachables". Luis Carandell, (1971: 42-43).

## CAPITULO 5

### LOS INTELLECTUALES Y EL MUNDO

#### ACADEMICO

Los intelectuales políticos aparecen no sólo como la fracción más educada del establishment intelectual español, sino que ellos mismos detentan, en buena medida, el poder educativo; en su mayoría poseen puestos académicos de alto nivel. Es observable una relación orgánica histórica entre los intelectuales políticos y la Universidad. De ahí que la Universidad analizada en su estructura docente sea algo más que un centro de producción y transmisión científica; es un eficaz mecanismo de producción y transmisión ideológica que un poder autoritario intentará utilizar para su legitimación. En España la Universidad se estructura, en determinados períodos históricos, como un aparato ideológico del Estado; pero, en determinadas coyunturas llega a ser un círculo de oposición ideológica al poder y a la propia sociedad. El análisis de las generaciones de intelectuales académicos no puede hacerse aislándolo de este contexto: las fuerzas ideo-

lógicas e intelectuales en juego, la política universitaria, la dinámica del poder, los cambios en la estructura de división del trabajo y, en general, en el modo de producción. Desde el punto de vista de su formación en la Universidad, los intelectuales exhiben dos actitudes: de un lado (preferentemente en los que estudiaron en la universidad anterior a 1940) reconocen el impacto que la universidad causó en sus vocaciones intelectuales; de otro, la crítica más consistente y sofisticada a la universidad es genuinamente una crítica de los intelectuales. Pero la crítica a la institución universitaria es al mismo tiempo de uno de los aparatos ideológicos del régimen autoritario. La formación universitaria y el papel docente de los intelectuales políticos no se reduce al marco de la universidad española; son también una élite educada, en parte, en el extranjero. Hay motivos estrictamente intelectuales y de conflictos con el poder (ambos imbricados) en las motivaciones de los intelectuales de salir al extranjero. Es observable un cambio relativo en los intereses de los intelectuales por los centros contemporáneos de producción cultural; frente al peso histórico de la cultura alemana en su formación, se va desarrollando el peso de las culturas anglosajona y francesa. Consecuentemente los métodos de observación y análisis cambian sustancialmente. Dado que los papeles de profesor e intelectual son diferentes, aunque profundamente relacionados, es preciso ensayar una tipología que refleje ambas características y su relación con la productividad intelectual. La relación intelectual-universidad-poder, bajo un régimen autoritario, es una relación dialéctica, de permanente con-

flicto ideológico ante la imposibilidad del régimen autoritario de cooptar el aparato intelectual entero. Es preciso explicitar cómo se definen las reacciones de poder con los intelectuales y cuales son sus consecuencias. Finalmente, es necesario definir qué costes lleva consigo la carrera del intelectual académico determinada por la constelación de factores expuestos atrás, teniendo en cuenta sus consecuencias para la situación de la vida intelectual y universitaria en su conjunto.

#### La universidad y las generaciones de intelectuales

Los intelectuales adquirieron uno de los rasgos definitivos de la formación que les caracteriza como tales en la universidad, y la función de creadores de ideologías--en este caso políticas--está en manos de profesores universitarios.<sup>1</sup> Esta hipótesis parece confirmarse plenamente en los ensayistas sociopolíticos de Argentina y México, los dos centros emisores de cultura más importantes en el área latinoamericana. Ello viene a configurar la relación intelectuales sociopolíticos-universidad como una relación de carácter estructural, al menos en estructuras sociales en desarrollo y de cierta consistencia cultural (Tabla 5.1). Esta relación entre los intelectuales y la universidad po-

Tabla 5.1

Situación universitaria y nivel educativo de los  
 intelectuales políticos en tres países,  
 Circa 1973

<u>Situación y nivel</u>	<u>Argentina(a)</u>	<u>México(b)</u>	<u>España(c)(d)</u>
Profesores	54 %	90 %	45 %
Estudios universi- tarios completos	17	10	50
Estudios universi- tarios incompletos	17	-	5
Otros	11	-	-
Total	100 %	100 %	100 %

Fuentes: (a) y (b) Juan F. Marsal, "Los ensayistas sociopolíticos de Argentina y México. Aportes para el estudio de sus roles, su ideología y su acción política." Pp. 129-156 en Juan F. Marsal (ed.), El intelectual Latinoamericano. Un simposio de sociología de los intelectuales (Buenos Aires: Instituto Torcuato di Tella, 1970), p. 139. Datos para 1970  
 (c) Encuesta a Intelectuales Políticos. Madrid, 1973.

Notas: (d) Datos para 1973. Tengase en cuenta que un 44% de los incluidos en universitarios completos fueron profesores más de un año, pero no lo son en la actualidad.

dríamos explicitarla como un proceso circular en la medida en que la función de transmisión del saber se realimenta de la función de producción de ideologías y viceversa. Por otra parte, esta afirmación desmitifica un tanto la idea de universidad como Alma Mater, y sitúa más bien a esta institución en función de las condiciones ideológicas, culturales, sociales, y económicas por las que ha atravesado la sociedad española.

Las dos generaciones de intelectuales políticos aquí estudiados viven el período universitario que va desde 1920 hasta 1970, como alumnos y como profesores. Período ciertamente crítico en la historia de la universidad española. La realidad universitaria española ha ido, o va, por detrás de las expectativas de nuestros intelectuales. Una suerte de atracción-repulsión ha caracterizado el diagnóstico de nuestros intelectuales sobre la universidad, actitud, por otra parte, congruente con su función crítica, y que desemboca (en algunos de ellos) en tesis radicales e irritantes para el poder establecido, y aún para la propia institución. Los intelectuales políticos estudiaron fundamentalmente en las facultades de Derecho, combinando, en su mayor parte, este tipo de estudios con otros de carácter más humanista como Filosofía y Letras, y cada vez más con disciplinas encuadradas en el ámbito de las ciencias sociales, como la economía, la ciencia política, o bien el periodismo y las ciencias de la comunicación. Veanse las siguientes distribuciones porcentuales:

Derecho	33 %
Derecho, y Filosofía y Letras	10
Filosofía y Letras	10
Derecho, y Ciencias Políticas	5
Derecho, Filosofía y Letras, y Ciencias Políticas	5
Derecho, y Periodismo	5
Medicina	5
Periodismo	5
Otros estudios universitarios	22

El profesor Aguilar Navarro (uno de los intelectuales expertos en política y relaciones internacionales) en una serie de artículos sobre los problemas universitarios afirma que la facultad de Derecho había sido "la escuela de mandos políticos del sistema", aunque, venía a concluir: "Uno de los fenómenos que más me ha impresionado, que al principio se resistían a todo esfuerzo que yo hacía por comprenderlos, es la poca influencia que han tenido los ministros de mi Facultad [la de Derecho] en la programación de la política universitaria"<sup>2</sup> Con la influencia o no, lo cierto es que la función de creación ideológico-política en España surge en el círculo intelectual de la universidad y, en buena medida, en el ámbito concreto de las facultades de Derecho. Evidentemente, en los últimos años hay un cierto desplazamiento en el tipo de estudios que realizan las élites pensantes (caída del enfoque jurídico en el estudio de los problemas sociales y políticos y surgimiento de otros enfoques: económico, sociológico) y del poder, pe-

no se puede decir que en el grupo aquí estudiado se observe un cambio total, dado que de los siete intelectuales más jóvenes, cuatro de ellos realizaron estudios de Derecho.<sup>3</sup>

En la historia de la universidad de estos últimos 70 años pueden distinguirse cuatro etapas definidas en función de las condiciones sociopolíticas por las que atraviesa el país.

La primera etapa enlaza directamente con el siglo XIX y va desde 1902 aproximadamente hasta 1936. Es, en general una etapa de universidad humanística, elitista, pero en la que existe una (paradójicamente) sólida y progresiva vida intelectual dentro y fuera de la universidad. Es una etapa que protagoniza y desarrolla la llamada generación de 1914 que, para algunos intelectuales se inicia definitivamente con el manifiesto Vieja y nueva política de Ortega y Gasset, pronunciado en el teatro de la Comedia y que --según Tuñón de Lara-- "quiere ser el primer paso de una entidad llamada Liga de Educación Política".<sup>4</sup> Aunque esta generación, en opinión de Luzuriaga, toma como punto de partida el libro de Ortega Meditaciones del Quijote, publicado por aquellas fechas. En cualquier caso es la figura de un intelectual político universitario, liberal, y europeísta como Ortega la que da sentido, y en cierta forma contrasta, con la Universidad y la España inmediatamente anterior) como una España pobre, oligárquica y rural, pero no subdesarrollada.

Lo que más interesa resaltar de este período de vida intelectual y universitaria es que el protagonismo de la generación de 1914 no se realiza ya al margen de la universidad (aunque tampoco completamente integrada). Es, como dice Marichal, "una generación de grandes universitarios [...] quizá la primera generación española plenamente universitaria: que se halla, para decirlo orteguianamente, a la altura de los tiempos de la civilización occidental de 1914. Y, particularmente, es la primera generación española en toda la historia intelectual de la España moderna que cuenta con un auténtico filósofo, José Ortega y Gasset." (1968: 68).

En general, esta época universitaria es vista por los intelectuales que se socializaron en ella como una época dorada, de florecimiento y pluralismo intelectual, contrastando esta imagen con la que tienen los intelectuales más jóvenes de su propia época.<sup>5</sup> José María Gil Robles y Quiñones, ex ministro de la República en el bienio derechista, y líder máximo de la CEDA retrata así el ambiente universitario salmantino que él vivió hacia 1919:

También la vida universitaria ha dejado en mí huellas igualmente profundas. Escasa la vida de la sociedad, reducida la actividad industrial a media docena de fábricas, confinadas en las dehesas las grandes familias de agricultores y ganaderos, que apenas acudían a la capital más que los días de la gran feria de Septiembre y

los de la más modesta de betuleros el centro de la vida de Salamanca en los años de mi juventud se polarizaba en la Universidad. El número de estudiantes era reducido, no existían los Colegios Mayores y faltaba el intercambio con escolares de otros países. Sin embargo, el alto nivel intelectual del profesorado, su permanencia año tras año en las mismas cátedras y su dedicación plena a las tareas docentes, mantenían incólume el prestigio de la Gloriosa Universidad, (1968: 23).<sup>6</sup>

Realmente la universidad de aquellos años fué no sólo rica en experiencias intelectuales para algunos de nuestros ideólogos, sino que posibilitaría el acceso a esferas de acción política práctica o de política intelectual, hechos claves en sus biografías. Así parece verse en los testimonios de otros dos de nuestros ideólogos, cuyas biografías son bien diferentes, pero que en la España actual coinciden en ser líderes de dos sectores de la oposición. Se trata de Joaquín Ruiz-Giménez, y Enrique Tierno Galván. En el siguiente texto de Ruiz-Giménez estudiante de Derecho en la universidad madrileña de los años treinta se capta bien la relación de las tres líneas, intelectual, política, y religiosa, de la biografía personal del líder de los cristianos de izquierda:

Los cursos 1933-1934 ya los hice en el Centro de Estudios Universitarios que acababa de crear la Asociación Católica Nacional de Propagandistas

(ACNDP) que presidía entonces Angel Herrera.

Tengo que decir que la figura de don Angel me causó una impresión muy grande: era todavía un seglar benemérito que vivía consagrado a la acción apostólica y también, por elevación, a la acción política a través de "El Debate", que yo leía con verdadera pasión, y a través de haber suscitado el movimiento de lo que fué primero Acción Popular, y después Acción Nacional, es decir, don José María Gil Robles [...]. En aquel tiempo yo estuve fundamentalmente en el campo del apostolado. Ingresé en la Acción Católica y trabajé intensamente como vocal del Consejo de A.C. Juvenil de la Parroquia de la Concepción. Allí entablé contacto con una serie de personas que han sido después para mí amigos entrañables. También ingresé en el Consejo Nacional de Jóvenes de A.C. como vocal universitario. Antes de esto tuve la experiencia de los estudiantes católicos, (s. Vilar, 1968: 499).<sup>7</sup>

En contraste con los testimonios anteriores encontramos el de aquellos (que más tarde serían intelectuales clave) cuya vida universitaria se trunca con la guerra civil, teniendo que rehacer una biografía comenzada en una época de pluralismo intelectual en una universidad controlada por un Estado autoritario. Tierno Galván relata los pasos claves de su vocación, acuñada en el difícil período de 1930-1950, de esta forma:

Después de pasar un tiempo en un campo de concentración y liquidar las consecuencias de la guerra civil, me dediqué a acabar las dos carreras universitarias que tenía empezadas, y a perfeccionar los instrumentos de trabajo. Mi conocimiento de idiomas me permitió fácilmente estar al día y profundizar en mis lecturas, y sobre todo seguir la obra de las grandes mentalidades vigentes, tanto en el orden de la continuidad como en el orden de la innovación. En el orden de la continuidad los liberales, y en el orden de la innovación, Marx, el marxismo, el socialismo científico. Desde luego, de la lectura de los clásicos del socialismo, de los empiristas, de lo que pudieramos llamar la multiplicidad de lecturas, en fin, vine a sacar una especie de tensión y en algunos casos hasta hostilidad a un exceso de intimidad y a un exceso de introspección. Las quejas de Unamuno, la filosofía de Heidegger, todo el movimiento llamado existencialista no me parecían sino testimonio de debilidad, un testimonio de debilidad ideológica, y el resultado sobre todo de la incapacidad de ciertas personas, que se habían formado en el mundo liberal, para aceptar la crisis y la transformación del liberalismo. Esto me empujó más a la lectura del marxismo, lectura concienzuda, hecha con cuidado, que me permitió después dar bastantes cursos sobre esta materia, y profundizar más en ella.<sup>8</sup>

Una segunda etapa (1938-1951) de la vida universitaria puede cifrarse en dos fechas, una clave, la otra más o menos convencional, pero decisiva, en la que afloran conflictos que habían estado latentes los años anteriores: 1938, ministerio Sainz Rodríguez; y 1951 fecha en que es nombrado ministro Joaquín Ruiz-Gimenez, después del largo período ministerial de Ibañez Martín (1940-1951). Es una etapa universitaria de un país que sale de una guerra civil y que ha sido caracterizada por alguno de los ideólogos que protagonizaron esos años como la "era azul".<sup>9</sup> Es una etapa de sueños imperialistas y totalitarios y realidades autoritarias, autárquicas y de reconstrucción. Intelectualmente supone una vuelta al pensamiento agrario-tradiciona- lista de la Restauración.

Desde el punto de vista universitario, tres grupos concretos protagonizan simultáneamente el control de la educación y la vida universitaria: los ideólogos de Acción Española (hasta 1941 con Sainz Rodríguez), falangistas, y católicos (con Ibañez Martín hasta 1951). Es también una época en que hay algunos brotes de vida intelectual al margen de la Universidad protagonizados por intelectuales "falangistas-liberales", pero que se trunca sistemáticamente ahogado ante las dificultades de pervivencia de una vida intelectual en un contexto autoritario.<sup>10</sup>

Esta etapa de la vida universitaria se caracteriza por el peso de los "católicos" en la Universidad. Realmente hay cuatro grupos que se debaten, más o menos abiertamen-

te , por la hegemonía ideológica sobre la vida intelectual universitaria; sobre el alumnado, cátedras, puestos clave, y medios de comunicación. Son la derecha católica (antigua CEDÁ, y más tarde ACN de P, y Acción Católica), tradicionalistas católicos (menéndez-palayistas), falangistas católicos, y un grupo nuevo de hombres afiliados al Caus Dei que controla una institución cultural decisiva: el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; caracterizado por su tradicionalismo intelectual y religioso junto con un cierto pragmatismo ideológico y político. Pero sin ninguna fracción política concreta logra la hegemonía ideológica sobre las demás, puede decirse que hay una ideología dominante sobre la cultura y la sociedad; es la ideología católica, común denominador de las fracciones descritas atrás. Esta nueva emergencia de la ideología católica sobre la universidad y la vida intelectual entera reproduce la pauta de los siglos XVII, XVIII, y buena parte del XIX. En el siglo XX y hasta 1939, los católicos pierden en buena medida el control sobre la universidad, orientándose a las enseñanzas primaria y secundaria. El surgimiento del régimen autoritario posibilita de nuevo el acceso de los grupos católicos al poder, concretamente al poder sobre la educación y la cultura. Antonio Fontán <sup>11</sup> testigo directo de la nueva situación y miembro de uno de los grupos (el Caus Dei) ve así el proceso:

Durante los años republicanos y los primeros de postguerra se fué perfilando entre los católicos españoles una gama de orientaciones y actitudes

diversas que tenía como nota común la atención preferente a la Universidad, a la conciencia y a los problemas culturales. En un ensayo de sistematización de esas corrientes y de determinación de las características específicas y diferenciales de cada una de ellas, se pueden distinguir unas actitudes polémicas, otras pragmáticas, otras políticas y otras, en fin, teológicas. Tras cada uno de estos adjetivos hay grupos, señeras personalidades y dirigentes, y, lo que es importante, textos en que se definen hasta constituir una verdadera literatura. Consecuencia de este conjunto de movimientos diversos, apoyada en el impulso renovador que inspira en los años inmediatos a 1939 a los vencedores de la guerra, es la masiva penetración de elementos católicos activos en la Universidad española de postguerra", (1961: 28-29).

Realmente la "consigna de la época" en cuanto a la vida universitaria es el control de los puestos clave de la misma (cátedras, colegios mayores, cargos educativos, instituciones como el CSIC, Consejo Nacional de Educación, Ministerios etc.) como puede comprobarse en determinados pasajes de la obra Ideas claras de Fernando Martí-Sánchez Juliá (1956) y algunos otros ideólogos de diferentes tendencias, dentro del catolicismo.

En los primeros años de esta segunda etapa (1938-1941), etapa Sainz Rodríguez sólo se intenta mantener un cierto control, y "revisar" lo que quedaba de la labor republicana-

na. Fontán diagnostica finamente las líneas generales de esta etapa concreta de ésta suerte: "La etapa Acción Católica (Pomán, Suñer, Sainz Rodríguez), coincidió íntegramente con la guerra, que mantenía cerradas las Universidades y a los estudiantes movilizados en el frente. No hubo, pues, reforma de la Enseñanza Superior. Tan solo fueron reorganizadas -y esto en parte por razones de prestigio y de propaganda exterior- las Academias, que se integraron, a imitación de Francia, en un Instituto de España que aún subsiste y cuya actividad corporativa permanece, prácticamente, todavía sin estrenar [...]. Se pretendía aumentar la futura educación superior en los saberes humanísticos y tradicionales." (1961: 69-70).

Los testimonios que poseemos de la segunda parte de esta etapa (1941-1951), etapa Ibañez Martín, son escasos y no completamente objetivos. Ello sugiere el hecho de que la floración ideológica en este país siempre ha sido más fuerte que el testimonio y no digamos el análisis científico. Ello puede verse en un texto de Fontán en el que -no por azar- "se olvida" de la influencia de un grupo clave (el Opus Dei) en una institución clave (el CSIC) y cuyo diagnóstico es polarizado en términos de alabanza para la persona del ministro, y crítica para dos grupos concretos: falangistas y congregaciones religiosas; crítica que parece extensiva a otros grupos religiosos. En suma, expresa, en parte, la realidad aunque "calla" procesos clave que se estaban fraguando y sin los cuales sería difícil entender épocas posteriores. El testimonio de Fontán sobre esto

ministerio es como sigue:

Los primeros años del nuevo ministerio [habla de la etapa Ibañez Martín] se caracterizaron por un indudable dinamismo creador [...]. La indudable capacidad táctica y el sentido de compromiso que caracterizaban al ministro le permitieron navegar entre las presiones políticas y sociales más diversas: desde la corriente -principalmente de Ordenes y Congregaciones religiosas o de Asociaciones familiares católicas- que pedía la extensión de la instrucción universitaria y superior del espíritu de libertad de la Ley de Enseñanza Media de 1938, hasta las tendencias totalitarias de ciertos sectores falangistas que aspiraban al monopolio político de la Universidad y hasta a una especie de militarización civil de los estudiantes y aún del profesorado en el seno del Sindicato escolar y de las organizaciones docentes del partido." (1961: 72-73)<sup>12</sup>

La tercera etapa se inicia con el ascenso de un grupo de católicos y falangistas liberales a los puestos claves del control de la educación nacional. Con el nombramiento de Ruiz-Giménez para el ministerio de educación se inicia una etapa de distensión del control semitotalitario sobre la vida intelectual y universitaria, nueva para el régimen. Esta etapa es importante para nuestro grupo de intelectuales, toda vez que los que ya eran catedráticos consolidan

su posición y papel como intelectuales; otros acceden a los primeros puestos de poder o los consolidan (Fernandez de la Mora, Fraga, Areilza, del Moral); otros consiguen cátedras (el propio Aranguren) o comienzan su currículum docente (Velarde); y otros, los más jóvenes realizan sus estudios universitarios, coincidiendo, a veces, con el final de esta etapa, pero viviendo ya un ambiente universitario irreversible (Elorriaga, Morodo, Tamames, Sastre, de Miguel, Meliá, Miguez).

Unánimamente por ideólogos de muy diferentes tendencias ha sido caracterizada esta etapa como de "liberación", dentro de las coordenadas del régimen político. La liberalización hay que entenderla como un proyecto frustrado del propio ministro y parte de su equipo--Laín, Tovar--, pues como veremos luego las directrices clave de la política interior no habían cambiado demasiado. Así para Amando de Miguel la universidad de esos años es algo al margen de la vida del país, una especie de ghetto que no tenía mucho que ver con otras estructuras: "La Universidad de los años 50 -la mía, porque la Universidad es la que se experimenta como estudiante- trataba de formar hombres cultos. Pocas becas y matrículas baratas. Los alumnos venían de los colegios de pago. El catedrático era un ser superior. Texto único y apuntes. Nada de limitar el número de admisiones -esta palabra no existía-. Los licenciados pasaban a ser miembros de la élite. El optimismo educación-empleo llega hasta nuestros días," (1972a: 154). Esta situación de élite privilegiada que tenía la universidad a sus niveles

docente y discente se refleja en la situación de la conciencia política del estudiantado. De un largo período de control ideológico comienzan a reflejarse en la universidad los primeros brotes del conflicto de los intelectuales con el poder. Uno de los intelectuales, estudiante por entonces señalará "que la juventud de aquella época vivía una situación de confusión total. Eso se vió luego en 1956: protestábamos de una forma muy vaga, muy confusa y sin saber realmente lo que se quería; se gritaba "libertad". Seis o siete años más tarde ya se grita libertad sindical." <sup>13</sup>

Respecto de este contraste de confusionismo crítico de los estudiantes y ciertos intelectuales con la ideología del sistema académico establecido refiere Alfonso Sastre esta expresiva pintura: "Adictos más a la conversación tabernaria--al banquete socrático--que a la Universidad, donde viejos espectros escolásticos recorren los pasillos, según un poema mío de por aquel entonces, andábamos de aquí para allá". <sup>14</sup>

Sastre identifica este período de la vida intelectual española como de "anecdótico" en relación con el resto de los procesos sociales que operan en el país. Este análisis esparpéntico de Sastre (congruente con su mirada de dramaturgo) expresa el marasmo ideológico de la sociedad española de 1940 a 1960 y en cierta medida el papel dramático (en el sentido de los análisis de Geffman y en el de la hipótesis de Goldmann) de los intelectuales. En suma, es claro que la crisis de esta etapa tenía que llegar y se produjo en lo que podríamos llamar la crisis de los intelectuales y políticos liberales de este período (1956) que tiene su punta de iceberg en la salida de Ruiz-Giménez del sistema-

rio de Educación, y de Laín y Tovar de los rectorados de Madrid y Salamanca.

No vamos a entrar a considerar la tercera y cuarta etapa (Ministerio Rubio y Lora Tamayo--1950-1968--y Villar Palasí--1968--respectivamente) en este momento, sino más adelante en la medida que necesitamos tratar otros aspectos de las biografías de nuestros intelectuales. Baste ahora con decir que las etapas subsiguientes están caracterizadas por la tensión entre el mantenimiento del orden escolar y los conflictos cada vez más agudos en el orden universitario e intelectual. El sistema educativo y particularmente la universidad entra así en un proceso conflictivo y ello va a afectar sobremedida a la conciencia política de los intelectuales. Concretamente, los ministerios Rubio y Lora Tamayo, hasta la etapa de Villar Palasí significaron en la esfera universitaria el "antídoto" del intento de "liberalización" universitaria e intelectual <sup>15</sup> de la etapa anterior.

#### De la Waltanschauung al Know How

Wright Mills afirmaba que, en cierta forma, los intelectuales se han caracterizado por ser personas con una cierta capacidad para situarse por encima de los acontecimientos insensatos y captar los significados de la realidad en que viven. Este tipo de hombre social, difiere de los

otros en que llega a especializarse en la sensibilidad de "elevarse por encima de su vida cotidiana y darse cuenta de la importancia de los acontecimientos en un horizonte más ancho" (1971: 89).

El papel de autoconciencia y conciencia social que se atribuye a los intelectuales se realiza en un doble proceso. Por un lado, mediante un proceso de socialización característica a través del cual el intelectual se especializa, es decir aprende el código (lenguaje) y contenido propio que le incluye en ese grupo; a través de este proceso alcanza conciencia y capacidad de manipular signos y contenidos de su propia cultura. Pero por otro lado, su proceso de socialización necesita ensancharse. Y de hecho, ello se realiza a través -y por consecuencia- de las experiencias intelectuales y vitales en otras estructuras culturales. Por la primera vía el intelectual llega, normalmente, a definir su "vocación" y a tomar conciencia de su papel. Por la segunda arriba a la facultad de contrastar elementos culturales y su propio papel y al "privilegio" de la autoconciencia en un marco cultural y espacial más amplio.

La idea de que el intelectual viaja y recorre otros países, otras culturas, es muy característica de su papel. No hablamos del intelectual viajero dieciochesco o decimonónico, cultivador de la literatura de viajes sobre países excitantes. De ello hay sobrados ejemplos, incluso en la España de la postguerra como el de Gerald Brenan, probablemente el último "viajero" que nos dejó un pintoresco testi-

monio con su libro La faz actual de España, escrito en la década de los años cuarenta. Parece conveniente entender el dato de los viajes y estancias en otros países de los intelectuales políticos como una experiencia clave en sus biografías intelectuales.

La tendencia de los intelectuales a experimentar otros países y otras culturas se produce con relativa independencia del nivel de desarrollo socioeconómico y del grado de aislamiento cultural de la estructura social en que están inmersos. La evolución histórica de las intelligentsias, su propia dialéctica interna les lleva a ello. Por eso cuando Lewis Coser sostiene que "desde el momento en que los intelectuales están fuera de tono con las tendencias políticas nacionales, están dispuestos a buscar una armonía más afín en el extranjero" (1966: 238), está resumiendo un hecho histórico característico. Para buena parte del grupo analizado aquí podría decirse que no sólo los intelectuales buscan otras experiencias cuando "están fuera de tono" con la sociedad en que viven, sino cuando el tono educacional, cultural, político y moral de una sociedad no puede intelectual y humanamente satisfacerles. En cierta medida, la salida voluntaria al extranjero por una larga temporada va acompañada de una necesidad crítica.

La incorporación de modelos culturales por parte de los intelectuales a sus propios intereses teóricos y políticos o la pauta de vivir esos modelos constituye un aspecto muy propio de su función. Respecto de los intelectuales

españoles de los siglos XVI y XVII, sostiene Linz que la característica de su alto grado de movilidad y la frecuencia de sus viajes al extranjero viene a ser como "un reflejo del carácter imperial que tenía España", (1972: 71). Posiblemente ahí está la clave para entender esta pauta. El imperialismo político y económico de España en esos siglos, el imperialismo revolucionario y cultural de Inglaterra y Francia en los siglos posteriores, hasta los imperialismos de nuestros días explican bien la comunicación de las intelligentsias con culturas extranjeras como algo independiente del desarrollo tecnológico de las comunicaciones, aunque es obvio, que en nuestro siglo ese proceso se acelera. Es muy sorprendente el hecho de que en los siglos XVI y XVII casi la mitad de la intelligentsia española viajó al extranjero por motivos políticos, diplomáticos, o estrictamente intelectuales (Linz, 1972: 74). Según datos de la Encuesta de Caba a escritores españoles, un 87% ha salido alguna vez al extranjero y la mitad de los entrevistados entre cinco y veinte veces (Caba, 1971).

Los intelectuales políticos se presentan como un grupo con un alto grado de movilidad pero sobre todo altamente experimentado en su contacto con otros países y otras culturas. Al conjunto de intelectuales elegido para este estudio, les formulamos varias preguntas tratando de registrar cuántas estancias habían tenido en el extranjero no inferiores a seis meses. Se trataba de eliminar los casos de estancias breves por objeto de turismo, y de recoger el posible empleo intelectual o político (o ambos) de ese

tiempo y las posibles influencias que ello hubiera podido tener en sus biografías. Del total de entrevistados el 70% han residido más de seis meses en algún país extranjero. El 30% restante sólo en más de tres ciudades españolas además de Madrid. En cuanto a la frecuencia global de viajes al extranjero, la totalidad del grupo había viajado más de cinco veces al extranjero, por unos u otros motivos, con estancias cortas. Los países y áreas culturales donde han residido seis meses o más en su último viaje son los siguientes (en porcentajes):

Estados Unidos	28 %
América Latina	24
Italia	17
Francia	14
Extremo y Medio Oriente	7
Inglaterra	3
Alemania	3
Grecia	3

Es observable una particular atracción del grupo de intelectuales políticos madrileños por las Américas (los USA y el continente latinoamericano) como lugares preferentes de sus viajes y estancias (28% han residido por última vez en USA seis meses al menos y 24% por diversos países de Latinoamérica). Dentro de Europa, Italia y Francia figuran en lugar preferente a otros países. Hay un cierto desplazamiento de Alemania y la cultura alemana en las expectativas de los intelectuales políticos, y paralelo a ello una creciente atracción por Norteamérica y Latinoamérica. Desde otro punto de vista el continente americano ofrece a los

ensayistas políticos españoles una estructura material (en cuanto a medios de investigación o estudio, en el caso de Norteamérica, y en cuanto a demanda de profesorado o de experiencias intelectuales por parte de Latinoamérica) más que considerable para satisfacer sus intereses intelectuales.<sup>16</sup>

Por último, las preferencias de viajar a Norteamérica y Latinoamérica se explican porque para este continente, las bocas que financian estudios e investigaciones son más frecuentes y mejor dotadas que para Europa (por ej. las dotaciones de la embajada USA en España; las de las fundaciones privadas americanas y españolas, Fulbright, Ford, March). Quizás con la excepción de Inglaterra, normalmente las becas para países europeos suelen ser para períodos cortos de tiempo. En última instancia, las razones de todo ello habría que buscarlas en los programas especiales que, son fomentados o planeados por el gobierno americano.

De los trece casos que no han residido al menos seis meses en el extranjero (30% del total) diez de ellos poseen una biografía política muy ligada al régimen español. Todos ellos han ocupado cargos claves en el poder, tales como ministros, subsecretarios, consejeros nacionales del Movimiento, gobernadores civiles y altas autoridades académicas. La explicación de que este subgrupo no siga la pauta general tan característica del rol general de intelectuales, hay que buscarla en sus lealtades y adhesiones políticas. Ello no quiere significar que su actividad viajera quede

5  
mermada. Lo que interesa, desde el punto de vista sociológico son dos cosas: de un lado, que sus contactos con otros países son preferentemente políticos (y al servicio del régimen español) y no preferentemente intelectuales.

Veíamos al principio que, los países a que se dirigían los intelectuales de los siglos XVI y XVII españoles eran los que correspondían al mapa de los intereses políticos y económicos de la España Imperial (América, Italia, Países Bajos, Alemania, Francia etc.). Se apuntaba que la historia de la decadencia de los Austrias coincide con el incremento del aislamiento cultural español (Linz, 1972: 71); paralelo a ello con el descenso de intercambio cultural, concretado en una menor movilidad de la élite intelectual. Todo ello tiene unas consecuencias sociopolíticas y culturales importantes. El hecho de constituir la España de esos siglos un mundo que se abre--y que se interrumpe más tarde--a procesos de comunicación cultural, implica, en cierta medida, para la élite intelectual la existencia de un déficit de autonomía. Los profesionales del pensamiento y la palabra escrita (philosophes, ilustrados, más tarde ideólogos, e intelectuales) se verán fuertemente condicionados a las exigencias de los intereses políticos nacionales (absolutismos) o religiosos (Inquisición).<sup>17</sup>

En general, los motivos del alto grado de movilidad de este grupo está en función preferentemente de su papel como intelectuales. A diferencia de los intelectuales de los siglos XVI y XVII españoles que viajaban a otras socie-

dades preferentemente por motivos político-religiosos, (Linz, 1972: 75). Los viajes de los intelectuales políticos tienen como objetivo el estudio, la relación intelectual, el contacto con formas de organización social de otras sociedades, el desempeño de funciones profesionales coherentes con su papel (periodismo, docencia). Los motivos por los que los intelectuales políticos residieron más de seis meses en el extranjero en su última estancia son los siguientes (en porcentajes):

Estudios, investigaciones personales, conferencias, contactos culturales	28 %
Estudios universitarios	17
Enseñanza	14
Información periodística	14
Exilio, autoexilio, razones derivadas de conflictos con el poder, o coactivas	14
Misiones diplomáticas	10
Asuntos privados no específicos	3

Como puede apreciarse, en el contexto político español, en la decisión de salir al extranjero por una larga temporada también juegan un papel importante las relaciones conflictivas con el poder como exilio, autoexilio, presiones políticas, etc. En general, en el caso de los intelectuales políticos se hace a veces muy difícil saber donde empiezan y acaban los motivos coactivos de los estrictamente intelectuales. Ambos suelen ir subsumidos, aunque no por ello dejan de ser una consecuencia del papel y posición del intelectual.<sup>18</sup>

Interesa ver ahora, brevemente, cuantos de ellos fueron al extranjero para realizar estudios universitarios y sobre todo las variaciones entre cada generación de intelectuales, en cuanto al tipo de estudios realizados y los países de estancia. El número de intelectuales entrevistados que han realizado estudios universitarios en el extranjero es, según nuestros datos, relativamente alto (26% del total), sobre todo si lo comparamos con otras élites profesionales.<sup>19</sup> Este hecho no es de extrañar si pensamos en que constituye una pauta específica observada en las diferentes generaciones de intelectuales en España, pero especialmente en la generación de 1917. Como afirma Marichal: "Si tenemos presente la formación académica [de los miembros de la generación de 1917] se destaca un rasgo común: han hecho o han ampliado sus estudios en la Europa transpirenaica. Esto dá a los componentes de la generación de 1917 un primer parecido histórico mucho más marcado que el inicialmente observable en los hombres de la generación anterior, la de 1898" (1970: 35).

Una diferencia importante entre la generación de 1917 y los intelectuales políticos actuales es el tipo de estudios, las materias y enfoques intelectuales. Si para la generación de 1917 las preocupaciones intelectuales podían cifrarse en tres tipos de materias: los estudios jurídicos (Azafía), filosóficos (Ortega), históricos (Americo Castro); para los intelectuales actuales hay además otras materias que comienzan a atraer su atención. Son las materias que constituyen el corpus de las llamadas Ciencias Humanas y Sociales, es-

pecialmente la Sociología y la Economía. Incluso esta irrupción de ciencias nuevas llega a penetrar en ámbitos científicos más o menos tradicionales como el del Derecho, tal es el caso del enfoque sociológico aplicado al derecho político. Según nuestros datos un 45% de los que realizaron estudios en el extranjero hicieron estudios de ciencias sociales (Sociología y Economía) frente a un 36% que hicieron estudios jurídicos. Estos cambios de formación inciden necesariamente en sus producciones intelectuales, hasta el punto de que puede afirmarse que la pauta cada vez más evidente en la producción ensayística es la de incorporar hábitos, métodos, técnicas, y enfoques de la sociología, la economía, y la ciencia política, a la hora de emprender su análisis de las relaciones poder-sociedad o en general su crítica social. Basta echar una ojeada a la producción de los ensayistas aquí estudiados de los últimos cuatro o cinco años para darse cuenta de ello: el ensayo tiende más a ser un ensayo "científico" (more sociológico, económico, de ahí la literatura-informe, el libro documento, el ensayo-testimonio). Todo ello tiene unas raíces en la influencia de ambientes intelectuales extranjeros. Por estas razones se puede afirmar que los intelectuales actuales son (o parecen) más científicos sociales que litterati.<sup>20</sup>

La hipótesis inicial sobre cambios en las orientaciones y métodos intelectuales tiene su incidencia, como es lógico, en los países o "culturas" en que estos métodos han nacido o se han desarrollado. En general, en la gene-

ración de ensayistas aquí entrevistados, se observa muy bien el cambio: la cultura anglosajona crece en sus expectativas de viajes y curiosidad intelectual, siguen teniendo influencia los dos países clásicos (Francia e Italia), y desaparece casi por completo el peso de la cultura alemana. Efectivamente el 45% de los que hicieron estudios en el extranjero los realizaron en una universidad norteamericana o inglesa (especialmente la primera), habiendo estudiado el resto en una universidad italiana y francesa (por este orden). Los datos de la Tabla 5.2 ayudan a comprender el cambio de influencias culturales en el grupo intelectual aquí estudiado. En general, e independientemente de los estudios universitarios, puede afirmarse que las preferencias de nuestros ensayistas se orientan al bloque anglosajón o latinoamericano. Queda (en lo que tiene de pauta tradicional) atrás la cultura alemana y persisten dos países europeos, que por su proximidad geográfica y cultural son interesantes laboratorios de experimentación: Italia y Francia. La edad marca una línea divisoria importante. Intrageneracionalmente son los ensayistas más jóvenes los más orientados (por diversos motivos--interés intelectual, curiosidad, medios) al bloque americano (Norteamérica y Latinoamérica).

Tabla 5.2

Países en que han residido más de seis meses  
los intelectuales políticos según grupos de edad

<u>Países y Areas culturales</u>	<u>Grupos de edad</u>		
	<u>Hasta 40 años</u>	<u>De 40 a 50 años</u>	<u>De 51 y más años</u>
Latinoamérica	57 %	22 %	21 %
Norteamérica	29	23	23
Extremo y Medio Oriente	14	11	-
Italia	-	22	23
Francia	-	11	15
Alemania	-	-	9
Inglaterra	-	-	8
Otros países europeos	-	11	-

Fuente: Encuesta a Intelectuales políticos. Madrid, 1973

## Papeles intelectuales y académicos

Los intelectuales políticos aparecen como una élite definida dentro de la élite intelectual. Ello se aprecia en el nivel y características de los estudios que han alcanzado, pero específicamente en una nota poco usual: su posición y papel de profesores dentro de la universidad. Su relación con la universidad para el total de la muestra queda expresada en los siguientes porcentajes de docencia:

Catedráticos de universidad	28 %
Profesores agregados	2
Profesores no numerarios	5
Profesores en instituciones educativas no universitarias	5
Profesores en el extranjero	5
Han sido profesores más de un año, pero ahora no lo son	43
No son, ni han sido, profesores	12

De ahí que comenzáramos hablando de un proceso de feedback entre intelectuales políticos y universidad; es decir, de una relación orgánica por la que la universidad en cuanto círculo intelectual e ideológico produce creadores y transmisores de ideologías; y a su vez la vida universitaria (como proceso educativo y social) se realimenta de su producción intelectual (en sentido amplio). La pregunta básica podría formularse así, ¿Porqué los intelectuales políticos son o han sido alguna vez profesores universitarios, dedicando parte de su función a la transmisión de una dis-

ciplina científica en ese contexto? Veamos algunos datos iniciales. El cuadro de materias que enseñan aparece muy coherentemente relacionado con su caracter de intelectuales políticos. Son las ciencias sociales (preferentemente la ciencia política o el derecho político) las que constituyen la especialidad universitaria más frecuente. Veanse los siguientes porcentajes sobre las materias impartidas por los intelectuales políticos que son profesores:

Ciencias y/o Derecho Políticos	29 %
Ciencias Económicas	14
Literatura y/o Lengua	14
Historia	11
Sociología	11
Filosofía y/o Teología	8
Ciencias Jurídicas	5
Psicología, Psiquiatría	3
Otras materias	5

A nuestro juicio hay tres razones sociológicas claras a tener en cuenta para entender la relación entre los intelectuales políticos y la enseñanza universitaria. En primer lugar, el hecho de que la universidad ha sido y es una plataforma tradicional y prestigiosa para la transmisión del saber, para la relación y comunicación intelectual. Es evidente que hay otros canales (periodismo, literatura) pero evidentemente el ser profesor universitario, y más catedrático, confiere un cierto carisma en diversos planos de la vida social. En segundo lugar, la universidad ofrece un ambiente idóneo para la función típica de los intelectuales.

tuales políticos (el pensar y dar alternativas a las relaciones del poder con la sociedad y ejercer la crítica o justificación de esta relación). Desde un status económico más o menos alto, una cierta libertad de expresión, y una no exigencia de productividad científica sistemática. Aquí habría que incluir el poder y/o la capacidad de actuación social que confiere la pertenencia al grupo de catedráticos y la inmunidad que este status lleva consigo. En efecto y de ahí la tercera razón el cuerpo de catedráticos es en sí mismo un grupo destacado de la élite política; los que mandan en el país. En suma, si en el caso de los escritores españoles es condición determinante de su status el tener una obra escrita más o menos original (y avalada a ser posible por algún premio literario), en la carrera de los intelectuales políticos es importante el tener una producción escrita o desplegar un activismo ideológico, y también el ser catedrático o profesor de universidad.

Si combinamos la posición universitaria de los entrevistados (concretamente si son o no catedráticos) con el hecho de poseer o no una producción escrita y tratamos de aplicarlo al grupo de intelectuales políticos aquí estudiado, obtenemos cuatro tipos ideales que explican las diferencias de este grupo con los restantes que componen el mundo de la intelligentsia. Vease nuestra tipología en la Tabla 5.3.<sup>21</sup>

La categoría Impulsores incluye aquellos catedráticos de universidad cuya función ideológica e intelectual no es

Tabla 5.3

Papeles intelectuales y académicos

<u>Status académico</u>	<u>Papel como escritores</u>	
	Poca producción escrita (ágrafos)	Mucha producción escrita (escritores)
Son catedráticos	IMPULSORES	MAESTROS
No son catedráticos *	ACTIVISTAS IDEOLOGICOS	ESTUDIOSOS

\* Pueden ser, sin embargo, profesores de universidad.

preferentemente escrita. Esto que puede parecer una paradoja--dado que al principio considerábamos intelectuales a aquellos que tienen una obra escrita--sin embargo no lo es en España. Más adelante veremos que es uno de los costes que pagan determinados catedráticos por su status. Baste ahora con señalar que también la función de este tipo ideal es transmitir ideologías. Es función intelectual de impulsar empresas intelectuales que despliegan el desarrollo de nuevos ideólogos. La característica de ágrafos no presume que no tengan un mínimo de producción escrita, sino que la función ideológica no cristaliza principalmente en la producción de libros o artículos, encuadrables en la categoría del ensayismo político. Sin embargo, su función intelectual la ejercen a través de la enseñanza y/o promoviendo actividades típicamente intelectuales como es un círculo intelectual (una revista, una cátedra universitaria), o cualquier tipo de proyecto que va más allá de la esfera de las relaciones privadas.<sup>22</sup>

La categoría Maestros incluye aquellos catedráticos universitarios que han desarrollado su función ideológica preferentemente como escritores, ensayistas, y, en general, como publicistas. Además son maestros en el sentido de que han creado un grupo más o menos definido o amplio de discípulos en torno a ellos, que se encauza a través de su influencia y formas de hacer creando un círculo intelectual, aunque luego abandonen esta línea. Todos ellos (a pesar de pertenecer a diferentes fracciones políticas) se caracterizan por desempeñar una cátedra universitaria, tener un

mayor o menor círculo de discípulos, y haber producido una considerable obra ideológica escrita al margen de sus trabajos científicos. Más adelante tendremos ocasión de detenernos en un análisis de estos aspectos.<sup>23</sup>

En la categoría Activistas ideológicos encontramos aquellos intelectuales cuya actividad no es preferentemente escrita y que se desenvuelve al margen de una carrera académica completa (aunque hayan tenido contactos esporádicos con la universidad). La característica fundamental de estos intelectuales es que llevan a cabo su función a través de un activismo ideológico (tanto en las esferas oficiales como en las de la oposición), es decir a través del contacto verbal en reuniones, actos sociales oficiales o privados, o a lo sumo a través de canales periodísticos.<sup>24</sup>

Por último, en el grupo de Estudiosos propiamente dichos incluimos aquellos intelectuales cuya actividad es eminentemente escrita y en cuanto a su relación con la universidad va desde una ausencia total de contacto con esta institución, hasta niveles relativamente marginados como profesores no numerarios. Son preferentemente periodistas, literatos, y ensayistas.<sup>25</sup> Todos ellos tienen filiaciones políticas en grupos de poder o la oposición. Los intelectuales de esta categoría oscilan entre el rol-modelo de "estudioso", en la medida en que incorporan a sus trabajos ensayísticos o periodísticos métodos y documentación propia del métier del científico social;<sup>26</sup> y el del "escritor", en la medida en que utilizan para su elaboración ideológica

instrumentos como la imagen literaria en su sentido estricto, la utilización técnica de un estilo literario por encima de la sistematización encayística y, en general, un género literario específico (novela, drama, poesía).<sup>27</sup>

Ahora bien, ¿cómo se produce y qué consecuencias tiene la relación intelectuales políticos-vida universitaria? O dicho más concretamente ¿qué obstáculos encuentran en sus biografías los intelectuales para llegar a ser profesores universitarios en un sistema educativo controlado por un estado autoritario? ¿Qué problemas tienen aquellos intelectuales que han alcanzado el status de catedrático? ¿Qué costes y ventajas llevan consigo el desempeño del rol de profesor junto con el de intelectual? ¿Qué polémicas ideológicas e intelectuales básicas reflejan la situación a que venimos aludiendo? Las respuestas a estas preguntas tienen que partir de la adecuada situación del grupo aquí estudiado con respecto a las ideologías hegemónicas en la sociedad civil, y con respecto al poder político. Quizás algunas de esas preguntas no tuvieran sentido en otras estructuras sociales, pero lo tienen plenamente en la de la España contemporánea.

Para entender los problemas del rol del intelectual y universitario (papeles que se dibujan como muy conflictivos y con altos costes personales) hay que tener en cuenta, por lo menos, tres variables básicas, que interactúan de forma muy determinante en las biografías concretas de cada uno de ellos.

En primer lugar, la propia dinámica de la vida universitaria y por extensión la de la vida cultural e intelectual, en general, del país. Esta dinámica constituye un constante input para el grupo intelectual. El paso de una universidad minoritaria cuya función era formar las élites dirigentes del país (esta función se mantiene hasta los primeros conflictos estudiantiles de 1956 e incluso hasta la Reforma Educativa de 1970) a una universidad masiva y con pretensiones de adaptación a las necesidades de desarrollo y modernización de la sociedad española (hacia 1960 con el acceso de amplios sectores de las clases medias a la universidad); el tránsito de una cultura minoritaria producida por y para literatti, a una cultura de divulgación, de consumo (o "de adorno" como la ha denominado Aranguren); el creciente proceso de conflictividad que ha llegado a ser uno de los rasgos definitorios de la universidad actual; todos estos hechos dibujan un cuadro de fuerzas que determinan y explican las actitudes de los intelectuales.

En segundo lugar, la naturaleza autoritaria del régimen político español produciendo una situación de semi-libertad o libertad moderadamente permisiva para con los intelectuales, cuando no de hostilidad.<sup>28</sup>

En tercer y último lugar habría que tener en cuenta la situación, alternativas, y posibilidades del propio trabajo intelectual en el marco de la estructura profesional española. Ya tendremos ocasión más adelante de referirnos a este tema y ahora lo enunciaremos a modo de punto de parti-

da para clarificar algunas de las razones de la situación de los intelectuales.

### La lucha por la vida intelectual

En la España actual--y sobre todo en la de las décadas de los cuarenta y los cincuenta--, la consecución de un status universitario (o el mantenimiento en él) no es tarea fácil para los intelectuales políticos que no están en (o apoyan a) los grupos de poder. Ello tiene una evidente explicación política. Pero lo más interesante de todo es que si bien se produce en la situación política española a partir de 1967 (fecha en que se promulga la Ley de Prensa) un cierto ensanchamiento de los cauces de expresión, al mismo tiempo que una cierta liberalización en la universidad, congruente con la política tecnocrática de búsqueda de nuevos elementos de legitimidad para el régimen (el desarrollo, la educación), la realización de la vida intelectual en el marco de la universidad sigue siendo sustancialmente un proceso conflictivo. Podría decirse que la vida intelectual en la España actual es uno de los indicadores más expresivos de las contradicciones entre el Estado y la sociedad civil.<sup>29</sup>

Las biografías universitarias de los intelectuales políticos exhiben diversas formas de conflicto con el poder;

puede hablarse de tres tipos de biografías intelectuales universitarias accidentadas: (a) intelectuales cuyo acceso a la vida universitaria ha sido sistemáticamente obstaculizado; (b) intelectuales cuya posible carrera académica ha sido frustrada; y (c) intelectuales que han alcanzado un status universitario determinado, siendo posteriormente separados de su función y expulsados de la universidad. Se admite, pues, toda una gama de represión.

El grupo primero está constituido por aquellos intelectuales que han realizado enormes esfuerzos para conseguir el status de catedrático, agregado, o profesor no numerario. En general, han alcanzado ese status a cambio de pagar unos costes en su vida privada, social, e intelectual. La energía invertida en la consecución ha sido más o menos alta en función del volumen, calidad, audiencia, y objetivos de sus acciones (críticas a determinadas instituciones, adscripciones a estrategias concretas de oposición al poder, liderazgo político o su inclusión en grupos políticos de oposición no tolerada). Si bien a todos ellos les ha costado llegar a la característica fundamental de estos intelectuales es que alcanzan un status como profesores más o menos sólido y seguro. Están -diríamos- impartiendo sus enseñanzas en la universidad a pesar de su ideología. De los intelectuales aquí entrevistados encontramos cuatro casos representativos, todos ellos con menos de cuarenta años y con una actividad intelectual y/o política notable. Hablamos de un sociólogo, un historiador del pensamiento, un especialista en derecho político, y un economista. En

todos ellos se dan razones biográficas más o menos similares para incluirles en este grupo. Además en todos ellos incide una coyuntura del Régimen que hemos denominado más arriba de "semilibertad" bastante congruente con su carácter autoritario. Aquí reside la razón de que hayan conseguido el status que perseguían.<sup>30</sup> Veamos estos casos con más detalle.

CASO 1: Catedrático de sociología; treinta y ocho años. En 1970 era profesor adjunto por oposición en un departamento de sociología y desempeñaba el cargo de profesor agregado interino. En diciembre de ese mismo año publicó en una revista un artículo<sup>31</sup> donde sometía a crítica una homilía de fuerte matiz político nacionalista dada por un capellán catalán. Dicha homilía era considerada por este intelectual como una extemporánea exaltación del patriotismo monopolizándolo a un grupo del régimen. La tesis del autor venía a recordar lo que tantas veces se ha sostenido desde esferas oficiales sobre el apoliticismo del ejército, exigiendo la consiguiente congruencia entre este tipo de declaraciones y las tesis oficiales. Su autor venía a concluir que: "Ya no están los tiempos para Cruzadas. Vamos a respetar todas las ideologías, hasta las más excéntricas, pero, ¡por favor! que no se utilicen las instituciones públicas, apolíticas, como es el Ejército, para que se difundan. Eso no es justo. Una de las tareas más honrosas e influyentes del Ejército es esta de educar a los soldados. Todos debemos cooperar a que se haga con eficacia y equidad" (1970: 142)

El artículo fue atacado duramente desde una revista de extrema derecha en un artículo significativo titulado "Lo que

se ataca y lo que se permite" <sup>32</sup> cuyo autor acusaba de anti-patriótico e irrespetuoso el artículo del citado intelectual; y denunciaba ante las autoridades públicas este tipo de "insolencias" de algunos intelectuales. En efecto, había ataques más o menos velados contra intelectuales liberales como Ruiz-Gimenez. Venía, con calculado propósito denunciante, a decir: "Tenemos por tanto una ridiculización de los ideales de nuestra Cruzada y del espíritu de la misma [...] Esto exige no permitir que se ataquen dichos principios y que se margine absolutamente a las antiguallas, fantasmones y beaterías progresistas." <sup>33</sup> La "revisión", "máxima potencia", y "marginación" pedidas por el articulista tuvieron el efecto querido. Ello demuestra que la represión de ideólogos e intelectuales progresistas en regímenes autoritarios se realiza a través del control que ejerce en denuncia de ideólogos del sistema establecido; lo que Simmel denomina "chivato" y "chivo expiatorio". El 18 de febrero de 1971 este intelectual es llamado a la Dirección General de Seguridad para comunicarle que se encontraba detenido por orden de la autoridad militar de Cataluña. Se trasladó a Barcelona y después de un día de retención fué puesto en situación de prisión atenuada, en esa ciudad, situación en la que permaneció cinco meses. <sup>34</sup> En julio de 1971 se celebró la vista del consejo de guerra en Barcelona cuya sentencia lo condenaba a seis meses de prisión, cinco de los cuales había cumplido ya en prisión atenuada. El mes restante hubo de pasarlo en la Carcel Modelo [sic] de Barcelona (agosto de 1971). El Ministerio fiscal había basado la tesis para su acusación no en la tesis crítica global del artículo ya que, según

constaba en la sentencia, el texto de la homilía era "opinable".<sup>35</sup> La acusación y el veredicto del Tribunal de Oficiales Generales le condenaba por lo "irrespetuoso" y "difamante" que era para las Fuerzas Armadas, ciertas expresiones del artículo en que se aludía a un supuesto mal uso de los fondos públicos.<sup>36</sup> Anteriormente su autor, en junio de 1971, había opositado a cátedra de Sociología; el tribunal le propuso, por unanimidad, como catedrático de Sociología de una universidad española. No obstante, no pudo tomar posesión de la cátedra por no haberse publicado el correspondiente y (en principio) automático nombramiento ministerial. En febrero de 1973 la cátedra de Sociología que le correspondía fué desdotada "por necesidades de la enseñanza". Meses antes el Consejo de Estado había rechazado casi en bloque la propuesta de cátedra pendiente de resolución desde agosto de 1971. Finalmente en julio de 1974 fué publicado su nombramiento y pudo tomar posesión de su cátedra. Se habían sucedido dos ministros de Educación y un presidente de Gobierno desde su propuesta en 1971.

CASO 2: Profesor de filosofía del Derecho. Cuarenta y un años. El caso de este intelectual especialista en Sociología del derecho y del pensamiento, director de una revista intelectual importante, y colaborador asiduo de otras, miembro de un círculo universitario de la oposición al régimen y profesor visitante de universidades extranjeras, es también indicativo, a otro nivel y por diferentes motivos que en el caso anterior, del conflicto entre los intelectua-

los progresistas y el régimen y la incidencia en sus carreras académicas. Este intelectual mantiene una postura política claramente definida en la línea socialista,<sup>37</sup> según su propia autodefinición. El mismo describe su situación de la siguiente forma: "Mi papel como profesor de una Universidad española me ha acarreado no pocos conflictos en los últimos años debido a mi actitud política y sobre todo a mi libro Estado de Derecho y sociedad democrática que, como sabes, fué secuestrado. Ello se ha reflejado en la imposibilidad de realizar una oposición, no digamos de cátedra sino de adjuntía. Los miembros del tribunal en la última oposición a adjunto de cátedra que realicé me vetaron para acceder a ella. No daré nombres, dá igual [...] al sistema una serie de personas le molestamos profundamente, aunque no representemos un peligro para él."<sup>38</sup> Este intelectual fué nombrado profesor adjunto de universidad, y en 1974 ha sido propuesto como catedrático de filosofía del derecho de una universidad española, después de una oposición. A pesar de su labor en el campo de la historia de las ideas españolas y la filosofía política su acceso a la cátedra universitaria ha sido una constante carrera de obstáculos estrictamente políticos. Notese que los obstáculos provinientes del poder establecido, han sido directamente ejecutados por intelectuales legitimadores de ese poder (concretamente por otros intelectuales de su propia especialidad).

Los dos siguientes casos ofrecen rasgos comunes con los anteriores, aunque ambos intelectuales consiguen pronto un status como profesores más definido (agregado y catedrático).

tico por oposición respectivamente). Las causas de los avatares de ambos intelectuales provienen de un cierto liderazgo intelectual comprometido con una línea política definida, en torno al socialismo, según autodefiniciones propias,<sup>39</sup> y que tiene sus raíces en su etapa de estudiantes.

CASO 3: Profesor de derecho político y abogado. Cuarenta años. La biografía pública de este intelectual se remonta a los acontecimientos de los primeros meses del año 1957, fecha que manifiestamente marca el inicio del conflicto poder-universidad. Con motivo del cierre de una universidad española, este intelectual participa (siendo profesor ayudante) en una campaña de recogida de firmas en solidaridad con los estudiantes de la universidad. Ello llevó al cierre total de la universidad y a la expulsión de este intelectual de la misma: "al parecer querían detenerme, pero lo deseaban hacer sin que yo fuera profesor".<sup>40</sup> No obstante consiguió una adjuntía de derecho político en la universidad de Madrid. Después de un viaje por varias universidades extranjeras regresa a España opositando en 1964 a una cátedra de derecho político. Según refiere el propio intelectual la oposición se convirtió en un acto político en el que afloraron polémicamente las distintas tendencias e ideologías políticas representadas por el opositando y los miembros del tribunal.<sup>41</sup> La cátedra quedó desierta. Según su propio testimonio a partir de esos acontecimientos recibe las más variadas presiones para impedirle el acceso a más altos puestos académicos. No obstante consigue una agregaduría por oposición de derecho político. En febrero de 1969 fué nuevamente detenido

(a raíz del estado de excepción) y deportado en el interior de España por dos meses. En 1972 es nombrado secretario de la recién creada facultad de Ciencias Políticas y Sociología pero, según su propio testimonio, se le presiona sistemáticamente (en forma incluso de llamadas telefónicas de altos cargos policiales) para que no oposite a cátedra con promesa de que nunca accederá a este rango universitario.<sup>42</sup>

CASO 4: Catedrático de economía; cuarenta y dos años. Algunas de sus experiencias coactivas surgen de su época de estudiante universitario y llegan hasta su etapa de profesor en la Universidad. En la universidad siempre se relaciona con grupos políticos de las más variadas familias, pero desde 1956 (fecha en que comienzan sus experiencias) los grupos que tenían más influencia cubrían la gama que vá desde liberales hasta socialistas y extrema izquierda. En este año se celebró el congreso de escritores jóvenes. Este episodio y los acontecimientos de febrero de 1956--que tenían por objetivo buscar alternativas al sindicato oficial (SEU)--motivaron el encarcelamiento de una serie de personas, entre las cuales estaba él (y entre otros: Sanchez Mazas, Dionisio Ridruejo, Pradera, Mújica, Gabriel Elorriaga, y Ruiz Gallardón). Estaba en estrecho contacto con la universidad--en 1957 fué ayudante en la Facultad de Derecho. Después vino su oposición al cuerpo de Técnicos Comerciales del Estado. Su testimonio es que encuentra muchos problemas en la recepción de la instancia de presentación y en la oposición. Ello sin contar los innumerables avisos y sugerencias de "vacaciones" a lo largo del desempeño de su función. De 1962 a 1968 fué adjunto de Estructura Económica, pero cuan-

do se le plantearon serios problemas fué a la hora de opositar a cátedra en 1968. Uno de sus libros y varios artículos sobre el desarrollo español habían tenido mala acogida, sobre todo en la comisaría del Plan de Desarrollo. Pero lo decisivo fué que diez días antes de las oposiciones le secuestraron un libro, recibiendo avisos de pasar el caso al Tribunal de Orden Público. Literalmente la edición de ese libro fué triturada. Todo pudo resolverse más o menos felizmente, siendo nombrado catedrático. Los problemas del momento de la oposición--bastante aireados--fueron de otra índole. Luego cuando solicitó el traslado de una universidad a otra fué respondido con "silencio administrativo" (autológica figura jurídica española). "Entonces me trasladé a Madrid, sin más acuerdo que el que existía con el decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la universidad Autónoma, produciendo así una situación de derecho de lo que era una situación de hecho."<sup>43</sup>

En un segundo grupo estarían situados aquellos intelectuales políticos que no han logrado desempeñar ningún cargo docente en la universidad española por razones preferentemente políticas, pero que han sido profesores en universidades extranjeras. Decimos que la razón por la cual no figuran en los cuadros docentes españoles es política en la medida en que por razones de adscripción a grupos políticos y/o intelectuales de no apoyo al Régimen han sido vetados de entrada (a veces sin ellos proponerse competir). Además los casos biográficos que aquí ofrecemos como ejemplo coinciden con una etapa compleja del régimen (la década

1950-1960) caracterizada por intentos de distensión y liberalización de la década anterior (sobre todo en el plano educativo con la presencia del ministro Ruiz-Giménez 1951-1956) e inmediatamente por el desencadenamiento de factores de retroceso a etapas pasadas (principalmente en los planos educativo, libertad de expresión). En nuestra muestra encontramos dos intelectuales representativos de este grupo: un filósofo, y un médico psicosomático también ensayista. Ambos tienen algunos puntos en común: son intelectuales liberales, aunque sus biografías intelectuales y políticas arrancan de troncos diferentes. Han elaborado ensayos con diagnósticos notables sobre la sociedad española actual.<sup>44</sup> Igualmente han impartido sus enseñanzas en universidades extranjeras. No consta que ellos hayan intentado competir para la consecución de puestos docentes (aunque éste es de por sí un dato revelador), pero el hecho de haber sido llamados por universidades no españolas y sus propias declaraciones hace que podamos incluirlos en una línea de profesores españoles cuyos conocimientos eran objetivamente necesarios en la universidad española, pero que debido a circunstancias políticas en dos coyunturas poco favorables (1940-1960), no pudieron seguir una carrera académica en España.

CASO 5: Filósofo. Sesenta y un años. Discípulo de Ortega y Gasset, es un intelectual que está más cerca de esa generación (la de Ortega) que de la actual, en cuanto a especialidad y método. Su actividad política se centra en un nivel intelectual, tanto como ensayista como en sus

relaciones con el grupo intelectual de discípulos de Ortega que se reúne en torno a la Revista de Occidente.<sup>45</sup> Hay dos razones básicas concretas para entender por qué este intelectual no pudo desempeñar un cargo docente en España: primero, por ser un "intelectual liberal" (especie contra la cual el Régimen ha desatado las más desaforadas de sus críticas y condenas) segundo, por no estar dentro del juego de fuerzas de los grupos intelectuales o políticos (fundamentalmente católicos) una de cuyas estrategias era la "ocupación" de puestos docentes universitarios como forma de control y garantía de que la educación impartida respondía al modelo de nacional-catolicismo (en sus versiones tradicional o tecnocrática) de los grupos que componían la base del Movimiento. En definitiva, el control a éste como a otros muchos intelectuales políticos les viene no sólo del poder, sino de los otros intelectuales políticos que apoyan al poder y giran en torno a él. Este intelectual declara encontrarse al margen de la vida oficial y universitaria desde 1942. Se licenció en Filosofía en 1936 y en 1942 tenía acabada su tesis doctoral. Por sus relaciones con algunos falangistas liberales de la revista Escorial le fué ofrecida la publicación de su trabajo en la editorial de la revista. La presentación de la tesis la realizó en galeras de la edición a punto de salir. No obstante, una orden oficial prohibió el que figurara la palabra Escorial en la portada del libro. El considera que éste fué el segundo aviso recibido. La tesis fué rechazada no pudiendo ser doctor por esos años hasta 1951 en que, por sus relaciones personales con el (por entonces) decano de la fa-

cultad de Filosofía, pudo presentarla y fué aceptada. Estos hechos encadenan con diversas consecuencias para su biografía. Ortega y Gasset fallece en 1958 en Madrid saliendo a concurso-oposición su cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid. Según su relato, algunos ideólogos del régimen pensaron que se presentaría a la oposición: "Nada más lejos de mí. Nunca quise ni querré formar parte de una universidad en la que no hay libertad de pensamiento. En fin, corrió el rumor y empezaron a ponerme obstáculos absurdos e infundados, pues yo no tenía la intención de opositar. Pero fué todo un síntoma."<sup>46</sup> Efectivamente, uno de los (por entonces) ideólogos oficiales publicó un artículo periodístico en el que se atacaba velada pero eficazmente a este intelectual. La tesis del artículo trataba de alertar el "peligro" que llevaba consigo dar una cátedra a un intelectual liberal. Venía a concluir el articulista que sólo intelectuales que apoyaron a un régimen que "reconstruyó físicamente" la universidad española deberían ser llamados a restaurarla intelectualmente. El artículo es una prueba diáfana de cómo los intelectuales en el poder sirven, a veces, para reforzar su legitimidad no sólo creando una ideología, sino denunciando las ideologías contrarias. Reseñamos aquí algunos pasajes de este artículo sin ánimo alguno de desempolvar polémicas pasadas y entre personas que ya no mantienen sus posiciones y compromisos iniciales:

Don José [Ortega y Gasset] ha dejado un gran vacío, vacío que administrativamente hay que llenar. ¿Cual es la orientación que se espera del nuevo titular de la cátedra de Metafísica? [...]

Evidentemente presionan las herencias de los titulares anteriores, y puede rebrotar algún epígono de Ortega, dentro de la homogeneidad de una filosofía antitradicional del pensamiento moderno revolucionario. El sentido político de este peligroso juego ya sabemos cual sería: La República. Ahora bien, ¿no entran también en liza intelectual las fuerzas que vencieron sobre los escombros de la Facultad? ¿Cómo es posible que quienes fueron capaces de reconstruirla materialmente no lo sean también de restaurarla filosóficamente [...] Determinados ruidos y determinadas actitudes obligan a hablar alto y claro. [...] Por fortuna, están en plena acción creadora nuestros filósofos dedicados a la Metafísica--Gonzalez Alvarez, Bofill, Millán, García Lopez, Montero Moliner; a la Cosmología--Pániker, Saumells, París; a la Lógica--Palacios, Candau, Bueno, Pardemo; a la Psicología--Yela, Pinillos, Siguán; a la Pedagogía--García Hoz, Pacios, Artigas; a la Historia de la Filosofía--Cruz Hernandez, Láscaris, Market [...]. ¿Sería positivo enfrentarse con este vigoroso movimiento de renovación filosófica, para sembrar la discordia con la resurrección de la corriente cultural derrotada y en decadencia? [...] El ministro, el rector, el decano, el director del Vives pueden contestar con su actuación a esta pregunta; muchos, yo entre ellos, ya hemos con-

testado de palabra y por escrito. La gravedad de las consecuencias prácticas --e inmediatas de la decisión que recaiga en cuestión tan aparentemente en las nubes me ha obligado a este planteamiento seco y cortante. Ahora bién--y espero se me comprenda--no he luchado, ni combato contra personas. Me mueve la defensa de un sistema de ideas sobre el hombre, sobre ~~la~~ patria y, ¿por qué no?, sobre la política.<sup>47</sup>

Hay razones para pensar que la denuncia implícita en este texto no iba sólomente contra el intelectual cuyo caso analizamos sino contra la política global de liberalización llevada a cabo en esa época (1951-1956) por el equipo ministerial que presidía Ruiz-Gimenez. Literalmente se exige una intervención ministerial de forma pública en la medida en que se suponía que el ministerio apoyaba las pretensiones de los intelectuales liberales. Sólo así pueden entenderse los recelos e históricos rencores entre los propios intelectuales entre sí, en buena medida no resueltos aún.

CASO 6: Médico. Setenta años. En este caso no se produce ningún factor concreto que impida su acceso a la universidad, sino que la propia situación política le empuja desde el primer momento a no competir para el acceso a un puesto universitario. Es el caso típico del científico-intelectual que por su falta de apoyo a una de las fuerzas que posibilitaron el régimen y por sus compromisos liberales anteriores a 1936 decide proyectarse intelectual y académi-

camente en el ámbito internacional, ejerciendo su trabajo en consulta privada en España.<sup>48</sup> Su testimonio sirve para entender un caso de conflicto ab ovo entre el intelectual y el poder y sus consecuencias para la vida universitaria e intelectual. El problema es presentado por este intelectual de la siguiente forma: "La coacción se ha ejercido contra mí de una forma muy sofisticada, pero clara: no he podido acceder a la Universidad. Realmente no se han metido conmigo, no han ejercido contra mí ningún tipo de represión salvo ésta--lo que para un intelectual supone mucho: no me han dejado comunicar mis experiencias científicas, lo que yo sé, en la Universidad de mi país. Claro que lo he hecho en otros. He dado cursos de patología psicosomática en Uruguay, Brasil, Argentina [..]. En el fondo mi caso es como el de que descubrí una mina de oro (la medicina psicosomática) y no le es permitido comunicarlo, compartirlo. Es mejor para él, pero esto referido a la actividad científica resulta un poco triste ¿no?".<sup>49</sup>

Para dejar constancia del caso de los intelectuales del grupo tercero, el de aquellos catedráticos que, por diversas razones fueron excluidos de la Universidad, habría que detenerse a considerar brevemente tres fechas que demuestran lo que podría denominarse los momentos de máxima conflictividad entre los intelectuales españoles en general y de los políticos en particular y el poder; y que constituyen eslabones de la cadena sin los cuales no podría entenderse la situación de aquellos.

La primera, obviamente, coincide con el final de la guerra civil (1939) fecha en la que, por razones evidentes, son desposeídos de sus cátedras universitarias una pléyade de catedráticos que habían constituido, en buena medida, la base intelectual y/o política del régimen republicano. Unos emigraron previamente a que el conflicto tocase a su fin--Ortega, Marañón, Américo Castro, Fernandez de los Ríos, Ayala, Recasens, J. de Asúa, Alberti, Martí-Ibáñez. Otros fueron desplazados de distintas formas--Besteiro, Gil Robles. Ello ocurrió no sólo entre catedráticos sino en gran parte de científicos, artistas, escritores, y otros escalones de la intelligentsia española. Los aceptados, como señala Ridruejo "quedaron bajo la campana neumática de una hipótesis loca: la de restablecer un firmamento credencial sin contradicciones, homogéneo, inspirado en el dogma católico y en el idealismo nacionalista del Régimen" (1962: 166). Es decir que el poder político del nuevo estado y con él el poder religioso se impusieron la tarea de borrar de la arena intelectual todo vestigio de liberalismo, acorralándolo al exilio, o reduciéndolo a crisálida en el interior.

La segunda fecha indicativa del conflicto intelectual-poder tiene por escenario el marco concreto de la universidad; es la de 1956 fecha en que cesa como Ministro de Educación Joaquín Ruiz-Simenez y su equipo cuyos intelectuales más representativos eran los, por entonces, falangistas liberales Pedro Laín Entralgo--como rector de la Universidad de Madrid--, y Antonio Tovar--en el rectorado de la Universidad de Salamanca. Independientemente de la evaluación

objetiva de lo que supuso esta etapa para el desarrollo de la calidad de la educación en España, lo cierto es que implicó un período de cierta liberalización, reconciliación y relativo pluralismo en la vida universitaria española. Este proceso fué interrumpido a raíz de los famosos acontecimientos de febrero de 1956, en que en el enfrentamiento entre fuerzas de choque estudiantiles opuestas resultó gravemente herido un estudiante falangista. Ello no constituía sino el desbordamiento de un mar de fondo, la manifestación de profundas causas latentes: el temor de la clase dirigente a una posible ampliación de un tímido proceso liberalizador y por tanto la incompatibilidad de formas autoritarias con ese proceso. Los acontecimientos de febrero de 1956 muestran un conflicto entre los intelectuales y el poder con la consiguiente respuesta autoritaria por parte del poder a dos niveles: a nivel del gobierno y a nivel de las fuerzas derechistas de choque ("falangistas de obediencia" les llama Ridruejo) que apoyaban al régimen. Cabe la interpretación de considerar estos acontecimientos como la expresión de un conflicto más profundo entre el Estado y ampliar capas sociales con conciencia y proyecto de cambio pero sin base social orgánica suficiente para provocar un cambio real. El testimonio de Ridruejo (1962) y el comportamiento de los grupos que participaron ayudan a delinear una serie de fenómenos decisivos para explicar acontecimientos posteriores: en primer lugar que un régimen autoritario sin mantener una tensión totalitaria permanente funciona por ciclos represivos (este era el segundo; el primer ciclo se cierra en 1945 después de la caída de los totalitarismos),

es decir por distensiones disuasorias, con la consiguiente represión cuando las fuerzas de conflicto se organizan; en segundo lugar, que el "pluralismo limitado" (que Linz señala como característica de los regímenes autoritarios) a nivel de Estado y Gobierno se rompe cuando una de las líneas contradice la posible congruencia del autoritarismo. Se podría decir que en el punto álgido del ciclo represivo se rompe el "pluralismo" del bloque en el poder y hay tendencia al unitarismo de fuerzas en el poder. Así se explica la salida de Ruiz Gimenez y la ruptura con su proyecto revisionista; en tercer lugar, la especial agresividad contra los intelectuales muestra que no hay una mera causa irracional o anti-intelectualista en el poder para proceder de esa forma sino una calculada conciencia de que el papel de los intelectuales puede servir de disparador de acontecimientos sociales más amplios, dada su capacidad de legitimar y racionalizar la protesta social y, en definitiva, de ayudar a la formación orgánica de fuerzas de oposición al sistema. Parecen deducibles dos consecuencias, entre otras, que juegan parte de la historia de estos últimos veinte años: de un lado el juicio de un movimiento sistemático de protesta en los medios universitarios, que más tarde (1964) conectará con otros movimientos similares en el mundo occidental; de otro, el punto álgido del proceso de desencantamiento de los intelectuales con respecto al régimen, la consiguiente ruptura de muchos de ellos con el poder y la conciencia de amplios sectores de intelectuales de que la única alternativa al régimen no está en el régimen mismo sino en una salida democrática. Puede ser ilustrativo de esta conclu-

sión el convencimiento de uno de los intelectuales que participaron en esos acontecimientos: "El sacrificio de Ruiz-Gimenez en el Ministerio de Educación fué simbólico en cuanto suponía la respuesta del Gobierno y de todas sus fuerzas de sustentación a la propuesta de la reforma gradual y evolutiva que muchos habíamos mantenido. Ya no quedaba otra solución [..] que tratar de totalizar un frente lo más amplio y complejo posible para desgastar, y en su día debelar, al Gobierno y para dibujar ante los españoles la imagen de su régimen futuro."<sup>51</sup>

La fecha de 1965 (tercer momento de conflicto manifiesto), y los acontecimientos que en ella ocurrieron, enlazados directamente con las situaciones de las décadas anteriores nos dá pie para hablar del caso de los intelectuales aquí estudiados que fueron excluidos de la universidad. Después del cese de Ruiz-Gimenez, le sucedió en el Ministerio Jesús Rubio García Mina (1956-1961) etapa que, en líneas generales, iba a suponer un intento de las autoridades de poner en orden la revuelta vida universitaria. Con relación a esta etapa el período ministerial de Lora Tamayo (1961-1963) y bajo el que ocurrieron los acontecimientos que aquí nos sirven de marco implicó por lo menos--desde el punto de vista de la politización de la universidad--tres cosas: una relativa distensión de la etapa anterior y un cierto cambio de rumbo de la política universitaria coherente con la nueva línea gubernamental de orientación tecnocrática y desarrollista, (luego--1965--endurecimiento como puede demostrarse por la entrada definitiva de la policía en la universidad y su

permanencia en ella). Por otra parte supuso una cada vez más intensa politización de la universidad, movilización de grupos políticos universitarios, y descrédito del Sindicato oficial estudiantil (SEU), (que terminó feneciendo en 1965 y fué sustituido por las APE, tampoco aceptadas por los estudiantes y más tarde--1968--por un decreto que concedía "libertad" de asociación reglamentada desde el Ministerio de Educación). En último lugar una vinculación cada vez más intensa entre intelectuales y universidad (se suceden en esta etapa y las posteriores las "asambleas libres" en que intervienen profesores, escritores) y una conexión de los grupos políticos del país con las asociaciones estudiantiles no oficiales.

Los acontecimientos de los primeros meses del año 1965, en la universidad, vuelven a poner de manifiesto fuertes conflictos latentes. A raíz de una serie de asambleas en las Facultades de Filosofía, Ciencias Políticas y Económicas, en las cuales pedían los estudiantes la constitución de asociaciones independientes al margen del SEU además de otras reivindicaciones académicas y políticas, se centró la atención en una celebrada el 23 de febrero de 1965 en la cual los estudiantes del distrito se proponían realizar una marcha silenciosa al rectorado de la universidad para entregar un escrito con los acuerdos tomados en ella. A los acuerdos de esa asamblea se unieron (como caso extraordinario) varios catedráticos de universidad: José Luis L. Aranguren, Mariano Aguilera Navarro, y García Calvo con los que más tarde se solidarizaron Tierno Galván, y Santiago Contreras Díaz.

Aranguren relata cómo transcurrieran los acontecimientos que, más tarde, le llevarían a su situación de "excluído" de la universidad: "Naturalmente fui a la Facultad y después tomé parte en la Asamblea donde no sólomente conseguí, como ya dije, que se modificasen los acuerdos que, en concepto de peticiones, querían presentarse colectivamente al rector, sino que esta marcha colectiva se hiciese en forma silenciosa, sumamente disciplinada y solemne, para que los estudiantes mostrasen así su grado de madurez y responsabilidad cívicas y su activa voluntad de no violencia. Dije en todas las declaraciones y sigo pensando que fué aquel, y no por nosotros, los profesores, un acontecimiento memorable. Pero el Ministerio no lo entendió así. No se trataba, ni muchísimo menos de una revolución y, por tanto, apenas tiene aplicación aquí lo [de la] no-violencia colectiva que, para funcionar, tiene que ser aceptada por el adversario, respetada como una regla de juego" (1959b: 170-171). José Luis Aranguren intervino en el encabezamiento de la citada manifestación pacífica y de ahí su posterior separación de cátedra previo expediente académico y resoluciones del TOP y del Tribunal Supremo. Aranguren después de su exclusión de la universidad impartió sus enseñanzas en el Centro de Estudios e Investigaciones Sociedad Anónima [sic], o CEISA, un ensayo de institución universitaria al margen de la universidad oficial, y promovida por intelectuales como José Vidal Beneyto.<sup>52</sup> Pero la salida definitiva era la lógica para un intelectual español de prestigio: el extranjero. A partir de 1967 Aranguren visita cincuenta universidades y centros en el norte de Europa, Estados Uni-

dos, Puerto Rico, México, Francia, e Italia. Fué profesor entre otras en la Universidades de Texas (Austin), California (San Diego), e Indiana. Actualmente es profesor en la Universidad de Santa Bárbara, en California (USA).

Independientemente de los acontecimientos el problema de fondo, como decimos, apunta a una incompatibilidad radical de la vida política del país en determinadas coyunturas con la actitud ética de nuestros intelectuales políticos tanto si nos referimos a los que desarrollan una actividad a nivel intelectual, como si ella se orienta más a un nivel de integración en un grupo político.

La identificación del rol de intelectual (crítica y ética) con el de universitario (compromiso) y ambos con el de ciudadano (participación) está bien expresado en las siguientes palabras de Aranguren: "Yo estoy absolutamente convencido de que mi separación de cátedra, en definitiva fué una especie de liquidación de cuentas de un régimen que estaba un poco cansado de mi actitud en la cátedra. Pero como ya he dicho, esa era una actitud obligada: una cátedra de Etica y Sociología, me hacía imposible que yo permaneciese en el plano de una enseñanza abstracta, tenía que tomar posición. Eso, por una parte, por la otra todas las manifestaciones culturales que se producían en el seminario que yo dirigía, manifestaciones siempre con un criterio de apertura. Eso molestaba mucho a las autoridades académicas y consiguientemente a las políticas. Pero tal como yo la veo, la misión de la Universidad es ésa. Para hacer otra

cosa a mí no me interesa la Universidad." (S. Vilar, 1968: 181-182).

Una posición más orientada hacia el estricto compromiso político en el marco de un grupo y que expresa la ideología contraria a la independencia del intelectual se aprecia en el siguiente testimonio de Tierno Galván, donde se ven las razones de su exclusión de la universidad:

En Salamanca las clases se hacían muy numerosas, se convertían en un centro de expansión política, se profundizaba en las relaciones con los elementos de base, y tuvo otra presión gubernamental que me obligó a marchar a la Universidad de Puerto Rico, en donde estuve medio curso (1962-1963). Pero al volver de este viaje se inició una lucha abierta, manifiesta, en la que yo era consciente de que tenía que acabar con mi expulsión de la Universidad. Mi conciencia de este hecho, por otra parte, casi me llevaba a desearlo, porque comprendía que en los cuadros de la Universidad, tal y como está construída, era una voz que se licuaba y que no daba ejemplo suficiente. Podía hacer mucho pero en el fondo era negativo, porque estaba siempre condicionado a la contrapartida. Para poder hacer un testimonio más explícito --pensé-- lo mejor sería en un momento dado ponerse al lado, de un modo abierto, de lo que yo creía que beneficiaba al país, que era un retorno a la situación de libertad y democracia. Y

sobre todo abrir el camino a las soluciones socialistas. Efectivamente participé en unas asambleas libres de estudiantes, lo cual motivó mi expulsión, (citado en S. Vilar: 1968, 127-129).

¿Qué consecuencias pueden deducirse de esta tipología de conflictos de los intelectuales-universitarios con el poder? A nuestro juicio pueden concretarse los cuatro siguientes: (a) Un régimen autoritario tolera difícilmente a los intelectuales. No sólo a los que se sitúan en la oposición política lo cual es lógico o en la crítica intelectual del mismo, sino a los que giran en las áreas de poder que componen los grupos base del Régimen, caso de los intelectuales liberales falangistas en la década 1940-1950; como Laín o Ridruejo, o de los por entonces tradicionalistas como Calvo Serer; (b) La no coherencia absoluta en las decisiones políticas parece haber producido una relativa distensión. Los intelectuales políticos más jóvenes parecen haber tenido cuantitativa y cualitativamente menos dificultades, dato que coincide con una cierta evolución política (a partir de 1960) aunque los ciclos represivos del régimen parecen reproducirse. (c) Una realización coherente y compatible del rol de intelectual político y de profesor universitario es altamente improbable, aunque es real. En consecuencia, la tesis de que el cuerpo de catedráticos en España es una institución funcional para evitar las intromisiones del poder puede ser ideológica, (como racionalización de los que se encuentran en esa situación). Es evidente que los intelectuales políticos son profesores universitarios pero la

productividad a un área (especialidad) intelectual, única forma conocida para la posibilidad de una ciencia, corriente o escuela intelectual. Ahora bien el argumento de la falta de libertad intelectual puede significar, efectivamente, una realidad personal que proviene de la carencia de motivaciones, ambiente cultural, indefinición de ocupaciones o confusión de papeles. Está fuera de toda duda que una de las condiciones básicas para que se produzca una vida intelectual pluralista es la existencia de libertad específicamente política. La existencia de libertad en un triple sentido: vital, a nivel de la elección de opciones y existencia de garantías para salvaguardarla; teórica, a nivel de ejercicio de la función de crítica e innovación intelectual; e instrumental, a nivel de la elección de medios están fuertemente condicionadas por la existencia de libertad política. No obstante como señaló Gramsci la existencia de un desarrollo ideológico e intelectual no sólo es expresivo de un proceso de pluralización de fuerzas sociales en ascenso sino que de alguna forma ese desarrollo ideológico es decisivo a la hora de definir y hacer explícita (en cuanto a conciencia social) una situación de pluralismo. Entre los intelectuales políticos Elias Díaz ha señalado en esta línea que "la actividad intelectual no es sólo, ni siempre, el resultado mecánico de una previa libertad de expresión en el orden de las ideas. Una y otra-- aunque no sea ésto, claro está, lo deseable-- pueden darse disociadas. La libertad ha sido siempre en la historia una conquista y puede también accederse a ella a través del esfuerzo intelectual." (1975b: 107).<sup>53</sup>

probabilidad de realización de uno de los roles en detrimento del otro es probable. Así parecen demostrarlo los casos anteriormente expuestos; (d) Esto nos lleva a ver que la función social del intelectual que al mismo tiempo tiene un cargo universitario debe llevar consigo altos costes personales que afectan básicamente a la situación de la vida intelectual en su conjunto. Veamos algunas de ellas.

### Los costes del intelectual académico

El primero y grave coste que pagan los intelectuales políticos aquí estudiados que tienen cargos docentes en la universidad incide en su productividad intelectual. Aunque dé un modo aproximativo, del total de intelectuales entrevistados un 40% responden que podrían haber producido más en su línea intelectual de haberse cumplido dos condiciones básicas: un ambiente de libertad intelectual y política, y una dedicación exclusiva a la actividad intelectual a la que ellos les hubiera gustado dedicarse. Aún a riesgo de esquematizar la realidad este dato puede servir de punto de partida para una comprensión de la situación en España. No vamos a detallar ahora el volumen de la producción global del grupo. Además el problema no atribuye tanto en el volumen mismo cuanto en la calidad y aún podría decirse que no sólo en ella sino en la "concreción" de esa

Un segundo coste, sobre todo a nivel global, para la vida intelectual está en la difusividad de escuelas y en la inexistencia de discípulos continuadores y críticos al mismo tiempo de la labor pionera de aquellos intelectuales en plena madurez. Más adelante iremos detallando con datos reales este hecho, basta ahora con apuntar el fenómeno. Las razones son obvias. En el marco universitario la parquedad de los medios, la falta de exigencia de una productividad, de ambiente intelectual e incluso la falta de appeal de determinadas líneas incide en la continuidad crítica (así al menos se entiende el discipulado, palabra por otra parte un tanto religiosa) de la labor intelectual. Es curioso que sea uno de los pocos intelectuales que han logrado consolidar un mínimo grupo de trabajo ejerciendo una labor de magisterio, José Luis L. Aranguren, quien sostenga esta afirmación: "No sé si ésto es bueno o malo, pero lo cierto es que nunca quise tener discípulos en el sentido de fundar una escuela. Y ésto no sólo por conciencia autocrítica sino, aún en el supuesto de que fuese alta, que no lo es, mi autovaloración intelectual, porque concibo la labor del profesor de Etica como ayuda al alumno para que encuentre su propio camino".<sup>54</sup> Todas esas razones anteriores apuntan a una esencial: el aislamiento, la falta de comunicación intelectual (nacional e internacional) de la vida intelectual española; su situación de dependencia y periférico.

El tercer coste que aparece relevante apuntar, deriva en cierta forma de los anteriores. Se trata de la indefi-

nición de especialidades. En principio parte de un círculo vicioso: como no hay especialidades claras en la vida intelectual española (en particular en el campo de las ciencias sociales, ello es palpable) la indefinición se produce y a raíz de ésta no puede darse aquella. En nuestro país es frecuente encontrar entre los propios intelectuales fuertes diatribas contra la "misericordia del especialismo", cayendo así en el elitismo culturalista ortegiano. Creo que la realidad socioeconómica contradice esto; y es precisamente la ideología que podríamos denominar un "indefinido generalismo culturalista" la que late en ésta crítica, tan difundida entre los intelectuales liberales de la vieja escuela. Es Paulino Garagorri (con cierta razón teórica, aunque inconcreta) quien arremete contra los males del especialismo siguiendo a su maestro Ortega: "No es dudoso [...] que el especialista constituye un factor del genial proceso contemporáneo, pero también lo está siendo, por las razones apuntadas, del descenso en el nivel mental de las minorías que, por inesperada paradoja, convive con la afortunada elevación del nivel de vida de las mayorías. Sería una trágica ironía de la historia que el hombre se viese exfisiado por la incontenible multiplicación de sus inventos, como el aprendiz de brujo en la balada de Goethe cuando el maestro se hallaba ausente." (1967: 72-75). Es indudable que en una sociedad como la española con acusados rasgos de culturalismo periférico en la ciencia y en la vida intelectual, la crítica al especialismo constituye una ironía. No parece ocioso recordar que el problema no está tanto en la alternativa generalismo-especialismo, como en la existencia

de una vida intelectual y científica pluralista y progresiva capaz de romper los estrechos moldes del provincialismo y la dependencia existentes. Esta definición de papeles intelectuales lleva a una mala inversión de los talentos de nuestros mejores intelectuales. Así ha ocurrido, en ocasiones, en los casos de Aranguren, Marías, Tierno Galván, o Ridruejo, y aún otros, al impartir sus enseñanzas en universidades extranjeras. Todos ellos figuran a veces en los Departamentos de Español de las universidades americanas, hecho que no parece incoherente, pero resulta serlo al no ir acompañado de la dedicación a otros departamentos en los cuales, a buen seguro, podrían aportar y recibir notables experiencias.

Entramos así en el cuarto coste que parece relevante apuntar: la cada vez más creciente incomunicación (por insatisfacciones cada vez mayores) de no pocos de nuestros intelectuales universitarios entre un poder que no está dispuesto a permitir demasiadas veleidades y un alumnado hipercrítico y--al menos como pretensión--hipercongruente y dispuesto a exigir sus reivindicaciones here and now (como van subtítulos algunos posters contraculturales).<sup>55</sup> Habría que buscar las razones de este tipo de situaciones en un proceso de confusión de los roles (y hasta cierto punto de incompatibilidad) de intelectual ~~político~~ con el de líder político. En principio son roles diferentes aunque pueden aparecer imbricados en sociedades con inexistencia de canales de expresión, representatividad y movilización. Tal es el caso de España y ahí puede residir una explicación al problema.

En último lugar cabría apuntar (aunque ello es más difuso, pero no menos real) como un coste más, la pérdida de energías y la función esterilizadora para la vida intelectual que suponen los conflictos, odios, recelos y rencoros entre los propios intelectuales. Ello proviene de la convivencia necesaria en un medio no favorable y a veces hasta hostil, y en este medio podrían incluirse no sólo la vida política, sino la propia vida intelectual, así como de la lucha por el acceso a bienes escasos (cátedras, prestigio intelectual, poder y control de ciertos medios de producción).

En conclusión, visto que la relación intelectuales políticos-universidad, en el contexto de la sociedad española actual, es una relación en buena medida conflictiva, y que además lleva consigo unos costes, cabe preguntarse ¿Por qué los intelectuales políticos se integran en la universidad?, ¿Por qué esa constante atracción (lucha por el status a pesar de los costes que lleva consigo) y repulsión (crítica de la realidad universitaria desde dentro)? Habría que buscar las razones en el hecho de que los papeles de intelectual y profesor universitario constituyen la alternativa socialmente menos conflictiva, más funcional para el grupo; habría que partir de la escasez de alternativas que da la sociedad española para el trabajo intelectual y por el contrario, sería necesario tener en cuenta el prestigio (en su sentido más lato y determinante) que produce el status de catedrático universitario, la comodidad y situación privilegiada que produce la no competitividad intelectual en la universidad española, para entender esta

integración histórica de los intelectuales en la universidad. Lo que es evidente es que la universidad aparece como uno de los círculos básicos de producción orgánica de vida intelectual. Este proceso que comienza en las universidades renacentistas y contemporáneas, se hace mucho más claro como producto del desarrollo económico, científico, y tecnológico del mundo occidental en el presente siglo. Es evidente que el ascenso de grandes corrientes de pensamiento como el socialismo utópico, el materialismo dialéctico, el evolucionismo, el existencialismo, y el psicoanálisis surgieron no sólo al margen de la universidad, sino, en muchas ocasiones como sistemas intelectuales e ideológicos orgánicos relacionados con el ascenso de un nuevo bloque histórico, y contradiciendo acerbamente el sistema académico establecido. No obstante la misma dinámica histórica que llevó al surgimiento de los grandes intelectuales contestatarios (Comte, Darwin, Marx, Nietzsche, Kierkegaard, Freud,<sup>56</sup> Lenin, Gramsci) ha llevado al desarrollo de sus teorías en el marco de círculos culturales concretos, entre los cuales destacan las instituciones universitarias. Ello se hace aún más patente en el campo de las ciencias físicas y naturales. Como señala Coser en Men of Ideas: "Los genios pueden en ocasiones trascender las limitaciones y seguir adelante sin la protección de las órdenes institucionales, pero los intelectuales comunes y corrientes, como los hombres comunes y corrientes, necesitan instituciones que los sostengan. Es probable que la Universidad continúe como una institución tal en el futuro. Mientras existían las universidades libres, las oportunidades para el intelecto siguen estando